

Jerzy Pilch
Casa del Ángel Fuerte

TRADUCCIÓN DE JOANNA ALBIN

Lectulandia

La desesperación y el alcohol corren por la garganta de Jorge hasta alcanzar el núcleo reparador, el sosiego. La vida le ha extirpado la voluntad y ya son dieciocho las veces que ha estado ingresado en la unidad de alcohólicos. Entre el reportaje y la ficción novelesca, su día a día borracheras decadentes, relaciones sentimentales echadas a perder, la amarga compañía del resto de internados fluye y se transforma de un continuo letargo de ebriedad en una afirmación vitalista. La pregunta «¿por qué no bebes?» encuentra su respuesta en el bálsamo del que Jorge toma sus fuerzas para abandonar la bebida, su «último amor antes de morir».

Lectulandia

Jerzy Pilch

Casa del Ángel Fuerte

ePub r1.1

Titivillus 19.06.15

Título original: *Pod Mocnym Aniołem*
Jerzy Pilch, 2001
Traducción: Joanna Albin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL VESTIDO AMARILLO

Antes de que los mafiosos aparecieran por mi piso acompañados de Alberta Lulaj, la poeta de tez morena, antes de que me arrancaran de mi étlico sueño y antes de que comenzaran a exigirme —primero con súplicas hipócritas, después con amenazas sin miramientos— que mediara en la publicación de los poemas de Alberta Lulaj en las columnas de *Tygodnik Powszechny*, antes de que acontecieran los borrascosos sucesos que deseo relatar, hubo una vigilia de los sucesos, hubo una aurora y un ocaso del día precedente, y yo, desde la aurora hasta el ocaso del día precedente, estuve beborroteando vodka de melocotón. Sí señor, bebía vodka de melocotón, añoraba como un animal un último amor antes de morir y estaba hundido hasta el cuello en la vida disoluta.

Por la mañana aún no había ocurrido nada, reinaba la continencia e incluso un moderado ascetismo. Por la mañana estuve remoloneando en el sofá, leyendo periódicos y escuchando un disco con grabaciones de Feliks Slovák, un saxo tenor checo. Alrededor del mediodía, no obstante, de entre toda una gama de melodías interpretadas por Slovák empezó a recortarse en mi conciencia una sola pieza, era la composición de Karel Svoboda *Where've you got your nest, little bird?* Escuchaba y trataba de imaginar cómo sonaría esto en el original checo: «Kde je tvoje hnízdo, ptáčátko?», o quizá «Kde je tvoje hnízdo, ptáčku?», pero no fui capaz de concluir cuál de los diminutivos, el más débil: *ptáčku*, o el más fuerte: *ptáčátko*, sonaba mejor y más adecuado, así que, dominado por la sensación de impotencia lingüística (aunque siempre admirado), me levantaba una y otra vez del sofá, iba al tocadiscos y ponía sin parar esa pieza que me conmovía profundamente.

Era un hermoso día de julio, desde el duodécimo piso veía nítidamente los bordes de las colinas que rodeaban la ciudad, más allá: las llanuras, los campos, los postes eléctricos, las vías de tren, el río del apaciguamiento llevando sus claras aguas, las montañas en el horizonte, el Vístula como un guijarro blanco en el fondo del valle conífero, la fonda Piast y el jardín de la fonda que olía como a primera siega, nubes de abejas y de mariposas encima de las jarras de cerveza. El encanecido pastor alemán del doctor Swobodziczka bebe a lengüetadas de un cazo de hojalata su asignación; el doctor hace un año que ha muerto, pero el perro, fiel a su costumbre, cada día se acerca a la fonda y los que siguen vivos llenan su cazo de cerveza Zywiec de barril, vertida con equidad de sus jarras.

Lo veía todo nítidamente, como si estuviera allí; y aquí, donde estaba, también lo veía todo: las ventanas de las casas estaban abiertas, algún que otro coche de arcaica línea aerodinámica avanzaba por las calles, delante del cajero automático había una

mujer con un vestido amarillo de tirantes. Desde las alturas me pareció hermosa y prudente. De pronto, tuve la certeza de que ella, precisamente ella, iba a ser el último amor de mi vida. Era una certeza que me embargaba por entero, no sólo mi parte ebria, sino también mi parte sobria, además de todas las partes de mi alma indefinidas e insondables desde el punto de vista de la sobriedad, que también parecían tener esa certeza. Debía inmediatamente vestirme con velocidad de rayo, ponerme colonia y, sin esperar el ascensor, bajar corriendo por las escaleras y lanzarme tras sus pasos. Durante un rato sopesé completamente en serio la posibilidad de hacerlo, pero el cajero, el cajero arruinaba este amor. Si realmente hubiera corrido escaleras abajo y me hubiera lanzado tras sus pasos, habría actuado como siempre: la seguiría con paso elástico e implacable de asesino en serie, la seguiría astuta y tenazmente, la seguiría hasta que se percatara, hasta que adquiriera la certeza llena de pánico de que alguien inflexiblemente seguía su rastro. Después, todavía durante un rato, ya visto y descubierto por ella, continuaría la persecución callejera con la determinación de un malhechor desenmascarado, hasta el momento en el que su inquietud, su miedo y su curiosidad empezaran a mezclarse en una sustancia explosiva... Entonces —evitando el estallido—, avanzaría decididamente y, alcanzándola, haría un ademán galante y le diría, sacando de mi voz un tono grave machuno:

—Le ruego que me disculpe usted, le ruego que me disculpe, pero hace tanto tiempo (aquí mi voz grave machuna se quebraría, supuestamente por timidez), pero hace ya tanto, tanto tiempo que sigo su rastro, que he decidido confesarlo...

Entonces ella, infaliblemente, prorrumpiría en una risa argentina en la que una saciedad canina se uniría al alivio, pues quien la perseguía no era un cruel pervertido que lo hiciera por concupiscencia, sino un conocedor exquisito que lo hacía por anhelo de belleza.

—¿Por qué razón, ah, por qué razón corre usted detrás de mí de esta manera? —preguntaría sonriendo encantadora, aunque en su voz se notarían aún unos ecos de nerviosismo.

—¿De veras..., acaso es tan difícil de comprender? —contestaría con brío, y con gran vigor comenzaría a hablarle, y mi parloteo sería como un poema amoroso que paraliza con la fuerza del ritmo y de las metáforas; entonaría para ella un canto persuasivo y, ya después de unas estrofas, la conduciría, completamente convencida, dispuesta, sumisa, perdidamente enamorada y mía, mía para siempre, por el claro sendero de nuestra vida en común.

Pero, desgraciadamente, no podía actuar de esta manera, no podía desplegar en aquel momento este clásico juego de artimañas. ¿Cómo seguir los pasos de una mujer que acaba de retirar dinero en metálico de un cajero? ¿Cómo explicarles después a los policías, avisados por ella, que no era la criminal avidez de parné, sino el amor a primera vista el que dirigía mis actos? No había nada que hacer, no había nada que intentar, tiré la toalla, me rendí y observé melancólico desde el duodécimo piso cómo la mujer que debía convertirse en mi esposa y en la madre de mis hijos se marchaba.

Con gran pena contemplaba cómo el último amor de mi vida se alejaba del cajero, iba andando todavía un trecho más por la calle Juan Pablo II y, para siempre, para siempre, giraba en Pańska. Una vez más en la historia, un gran amor sucumbía ante el dinero. De pronto, me entró una terrible rabia, estaba mosqueado con los cajeros, que hacía unos años aún no existían. Me dominó la furia, recordé la caída del muro de Berlín y estuve en contra de la caída del muro de Berlín, todos los entusiastas que rompían con martellinas el muro de Berlín me quitaban a la morena del vestido amarillo, y estuve en contra de Solidaridad, porque Solidaridad me quitaba a la morena del vestido amarillo, y Juan Pablo II clamando: «Veni, Creator» me quitaba a la morena del vestido amarillo, y el Espíritu Santo viniendo y renovando la faz de la tierra me quitaba a la morena del vestido amarillo. Dios mío, Espíritu Santo, pensé, si todo fuera como antes, si el comunismo no hubiera caído, si no hubiera mercado libre, si en esta parte de Europa en que nací no hubieran tenido lugar numerosos cambios, no habría ahora aquí cajeros automáticos, y si no hubiera cajeros automáticos, todo entre la belleza de pelo oscuro con vestido amarillo y yo iría como es debido.

Pero nadie, ni tan siquiera el Espíritu Santo, volvería el curso de los tiempos, nadie ni nada harían volver a la morena, que estaría llegando ya seguramente a la esquina de Pańska y Żelazna —quedaban sufrimiento, dolor y amargura por la separación del cuerpo moreno envuelto en el vestido amarillo—. No obstante, no pude dejar de notarlo: el dolor y la amargura de la separación agudizaban la belleza circundante. Penetrante y quejoso, e incluso más penetrante y quejoso, seguía sonando el saxo tenor de Feliks Slovák. Alcé la vista, un tranvía atravesaba la hierba, tan alta que podría ocultar a un rocín junto con su jinete, más acá, en los imponentes bloques de oficinas que rodeaban la rotonda de la ONU, dos guardias uniformados iban de una sala a otra, encendían y apagaban las luces, me miraban a través de las ventanas venecianas; por encima de los tejados y de las antenas avanzaba una nube clara, era un gran día en mitad del verano. Era un día de los que se esperan todo el año, o tal vez toda una serie de años, era un día de éstos en que uno en cualquier momento puede dejar de beber.

Me volví de la ventana y miré la habitación que llenaba el sonido del saxo, en la botella que había sobre la mesa quedaba aún mucho vodka de melocotón, me acerqué, me serví, bebí y experimenté una iluminación. Dios mío, ¡pero qué iluminación experimenté, tan a juego con lo excepcional del día! Mis entrañas resplandecieron con una luz uniforme y amigable, mis pensamientos inmediatamente se traducían en frases primorosas, mis gestos eran infalibles. Me duchaba, me lavaba el pelo, me vestía, me ponía colonia, sin esperar el ascensor bajaba corriendo y me lanzaba tras los pasos de la hermosa y prudente morena del vestido amarillo de tirantes. Estaba dispuesto a recorrer Pańska, Żelazna, Żłota, Sienna, todas las calles, estaba dispuesto a registrar la ciudad entera, a asomarme a todos los portales, a llamar a todos los pisos, sabía que la encontraría. Sabía que la encontraría en la tierra, no en

el cielo, en la vida, no después de la muerte, en la vigilia, no en los sueños.

EL LUCHADOR DE PIEL OSCURA

Soñé que estaba buscando objetos en el fondo del océano, soñé que un luchador de piel oscura me quitaba de delante de mis narices, para regocijo del vulgo, una jarra llena de cerveza; en el sueño yo no sabía que él era luchador, quise humillarlo, en vano, en vano; fue él quien me humilló a mí, y en el sueño sin terminar y en la vigilia sin empezar fui humillado. Los sueños de un borracho los separa de la vigilia una pared de cartón, por la noche el borracho sueña con lo vivido durante el día, o hay que decir más bien: por la noche se le aparecen al borracho sus delirios diurnos. Pujaba, nadaba, me ahogaba en un mar de alcohol de cuarenta y cinco grados, me despertaba empapado en un sudor pardo, miraba el reloj, eran las cuatro de la madrugada, la esfera del reloj transpiraba el vodka Zoladkowa Gorzka.

Dieciocho veces estuve ingresado en la unidad de alcohólicos, al final el doctor Granada, por majestad de sus poderes y por majestad de su atlética complexión, dispuso que no se me admitiera más. Era un incurable, ¡bah!, fruslerías, nadie es curable (y menos curables son aún los sanos), pero yo no ofrecía buen pronóstico, no había en mí voluntad de mejora, no quería no beber. De los cuestionarios, complicados como la física cuántica, que las loqueras, apaciguadas y física y espiritualmente firmes, les hacían rellenar a los alterados pacientes, se concluía que yo tenía tendencias suicidas.

—¿Es que quiere usted palmarla bebiendo? —preguntó el doctor Granada.

—Ni lo confirmo, ni lo desmiento —repliqué, ya que en ninguna situación he sido capaz de renunciar a una fineza. Demasiado tarde entendí que esto no era una virtud, sino más bien una maldición. Cada conversación telefónica se me convertía en un diálogo novelesco, cada saludo en un aforismo poético, cada pregunta por la hora en una cuestión teatral. Mi lenguaje anhelante de superioridad o, quizás, incluso, de inmortalidad, me gobernaba. Estaba poseído por el lenguaje, estaba poseído por las mujeres, estaba poseído por el alcohol.

—Ya que quiere palmarla bebiendo, ¿por qué nos importuna usted con su persona supuestamente desesperada? ¿Por qué fatiga a mi personal? ¿Para qué asiste a las conferencias y a las sesiones de grupo? ¿Para qué escribe las confesiones delirantes y lleva un diario de sentimientos? ¿Para qué carajo la enfermera Viola pincha sus venas de insecto? ¿Para qué bombeamos por su debilitado cuerpo hectolitros de sueros vivificadores, si tiene la consciente intención de alejarse de todo lo que es vivificador?

—Si yo no quiero morir.

—¿Sabe usted, J., que esto, en cambio, suena un pelín ambicioso?

—No quiero palmarla bebiendo, al menos no por ahora. A decir verdad, preferiría palmarla bebiendo después de una larga y feliz vida.

—Tiene usted mentalidad de crío y, además, de crío poco espabilado.

—¡Ay, doctor!, si ya sé, si sé perfectamente que no se puede, que no se puede tener una larga y feliz vida bebiendo, sobre todo en mi caso. ¿Pero cómo se puede tener una larga y feliz vida sin beber?

Generalmente, me gustaban las conversaciones con el doctor Granada, aunque a veces se acababan transformando en la pesadilla de la forma hueca. El estado de la realidad más lacerante: la averacidad asintomática. El doctor Granada pronunciaba sentencias cuerdas, pulidas y, aparentemente, convincentes, dignas del director de la unidad de alcohólicos. Yo, solícitamente, lanzaba toscas paradojas, como si deseara atestiguar —cuanto más rotundamente mejor— que una parte de mis células cerebrales padecía necrosis y que su lugar lo ocupaba el inactivo tejido conjuntivo llamado glía. Ninguno de los dos tocaba el quid de la cuestión, los dos éramos conscientes de no tocar el quid de la cuestión, los dos estábamos martirizados por lo inefable del quid de la cuestión. Pero, por otro lado, un borracho, e incluso el médico de un borracho, que quiera tocar el quid de la cuestión suele encontrarse en una situación difícilísima. Shakespeare tocó el quid de la cuestión, Newton tocó el quid de la cuestión, Tolstói tocó el quid de la cuestión, Einstein tocó el quid de la cuestión. ¿Y el borracho? El borracho lo tiene siempre más difícil.

—¿Cómo se puede tener una larga y feliz vida sin beber? —Pronunciaba esa frase llena de ingenio de barra, mi cara adquiría una expresión jocosa y en seguida deseaba escupir en el mismo centro de mi alma desarreglada por el aguardiente. Naturalmente, sabía muy bien que se puede, se puede, sí señor, se puede tener una larga y feliz vida sin beber. Yo mismo conocía a gente que sin beber tenía una larga y feliz vida. E incluso si no los conocía personalmente (porque es posible que personalmente no conociera a nadie feliz, aunque tampoco quería conocerlo; cuando oía decir de alguien: ése sí que es feliz, a ése sí que le va bien, ése sí que lleva una vida satisfactoria, huía de tales afortunados, huía como de la peste), incluso si no los conocía personalmente, otros los conocían, e incluso si no los conocían otros, esos afortunados existían de todas maneras. Existían y existen. Al fin y al cabo no hay que exagerar con lo de los borrachos, los borrachos suponen un margen, la proporción predominante de la humanidad no bebe. Aunque, pensándolo bien, no se sabe exactamente por qué. ¿Por qué, pensándolo bien, la predominante proporción de la humanidad no bebe? ¿Cuáles son las razones? He aquí una de las célebres cuestiones fundamentales. Cuestiones dragones. Mamarse es un tema tan creativo que en cualquier momento puede presentársenos alguna cuestión fundamental. Adondequiera que vuelvas tu rostro, en cualquiera de los senderos entre cenagales que escojas, podrás toparte por doquier con el ángel de la espada flamante, y te hablará el ángel (y su voz será cual la voz de muchas aguas), te preguntará: ¿por qué no bebes, ¡oh!, hermano mío? Y si tú, hermano mío, contestas que no bebes porque

no tienes tal necesidad, o que no bebes porque no te sabe bien el vodka, o, no quiera Dios, contestas que no bebes porque no te hace falta ningún estimulante artificial, o dices algo igual de estúpido, dices, por ejemplo, que no bebes porque te las arreglas estupendamente sin el alcohol, si tú, hombre pecador, dices algo así en tu ingenuidad, mas también en tu insolencia, entonces has de saberlo: severo será tu castigo. Y como dicen las Escrituras: el castigo por el pecado es la muerte.

Dieciocho veces estuve ingresado en la unidad de alcohólicos, sutiles cicatrices de disulfirán cosido adornan mi cuerpo como las agujas adornan las coníferas, mi hígado tiene una fragancia única a mezcla de perfumes, aguas de colonia y alcohol farmacéutico; pero existió también en mi vida esa asombrosa época en que yo decía: no bebo, en que mi hígado no olía a perfume y en que mi piel era lisa. ¿Y por qué no bebes, ¡oh!, hermano nuestro?, preguntaban sentados a la barra aquellos mis hermanos, y estaban mosqueados, y el espíritu de Venedikt Erofeev se cernía sobre sus cabezas, y sus lenguas inertes hablaban su lengua, y yo también anotaba algunas líneas bajo su influjo y, habiéndolo adorado, me liberaba de su influjo. Porque entre la literatura, incluso la más hábil, y la vehemente sencillez del propio espanto no hay elección. ¿Por qué no bebes, hermano nuestro?, preguntaban los sentados a la barra. No bebo, contestaba yo, porque no me apetece, porque no me sabe bien, no me hace falta ningún estimulante artificial, me las arreglo estupendamente sin el alcohol. Contestaba eso, y era la verdad, sólo que hasta un cierto momento. Hasta el momento en que sonó la hora del trago fatídico. Hasta el momento en que me asomé a las fauces de la botella fundamental. Lo contaré cuando llegue el turno de la historia del triunfante trago reparador, de la botella fundamental y del vaso, todavía sin apurar, de la bebida pesada como una losa. Sobre la superficie inmóvil, clavada en una rodaja de limón, gira una pequeña sombrillita negra.

EL DOCTOR GRANADA

—¿Sabe usted, señor J., estoy completamente seguro de que ni uno solo de entre las decenas de pájaros ingresados actualmente en mi unidad y de que ni una sola de las pocas pájaras que hay aquí volverá a remontar el vuelo. Ninguno de ustedes sanará, ninguno de ustedes dejará de beber. Ni su compañero de habitación, Colón el Descubridor, ni Simón Todo Bondad, ni Donjuán Ziobro, ni el Rey del Azúcar, ni el Trabajador Socialista Más Destacado, cuyo viviente cadáver nos volvió a honrar con su presencia ayer, sin ir más lejos; ni la Reina de Kent, ni Fanny Kapelmeister, ni Juana, ni Mariana; ninguno de ustedes, seguro, dejará de beber. Aunque no vale la pena ni gastar saliva en el mencionado y venerable areópago. Al fin y al cabo, ni siquiera los debutantes tienen posibilidades, claro que hasta los que vienen a verme por primera vez ya no son debutantes, generalmente son unos artistas consumados, a los verdaderos debutantes, a los que ahora están descorchando la primera botella en una plazoleta de barrio, ni se les ocurre pensar que un día llegarán a ser beneméritos clásicos.

El doctor Granada miraba el mundo con un solo ojo, el segundo (¿o quizás el primero? ¿Cuál de los ojos es el primero y cuál es el segundo? He aquí el típico ejemplo de una cuestión beoda: todos sus aspectos se pueden indagar, entre sorbo y sorbo, de forma realmente sutil), el segundo, o quizás el primer ojo del doctor lo cubría una nube, una afección más bien superficial y fácil de eliminar por algún colega cirujano, sin embargo, el doctor hacía bien no sólo no eliminando, sino, incluso, cultivando su tortedad. Le dotaba de un carisma de liderazgo, en nuestros agujereados cerebros se reavivaban las reminiscencias de los libros de piratas leídos en nuestra infancia, las enfermeras ante el ciclopismo del jefe reaccionaban desfalleciendo: hace tiempo que noté que una clara asimetría de la anatomía masculina refuerza en las mujeres una lánguida benevolencia, pero no es posible deshacer el nudo de esta perversión sin ebrias hipótesis, de momento lo dejo de lado.

El doctor Granada me recordaba al doctor Swobodziczka de Wisła: el mismo olor a colonia antediluviana, un aspecto similar, una perceptible analogía en lo osado de sus apellidos, una similar actitud altiva frente al mundo («desde la altura os hablo»), una similar o puede que, incluso, idéntica voz, estentórea y tronante, una similar tendencia a pronunciar paradojas adornadas y rudas a la vez, una gemela tortedad. Éste tiene el ojo izquierdo cubierto de una blanca nube, aquél llevaba en la cuenca derecha una prótesis de cristal. Deliro, aunque no sé qué significa delirar. Tengo una fiebre terrible, yazco en la cama de mis padres, grande como un trasatlántico, la lámpara se enciende y se apaga, el doctor tuerto se inclina sobre mí.

—Pero hay en ellos ciertas esperanzas, algunos por lo menos se dejan llevar con todas sus fuerzas por el poder de sus ilusiones —el celeste del único ojo del doctor se espesa como el Absolut helado—. Por lo menos ellos ahora creen que no van a beber más, están firmemente convencidos de que no beberán en su vida ni una copa, se lo prometen honestamente. No estarán a la altura, como es obvio, las garras del vicio tarde o temprano se apretarán alrededor de las sedientas gargantas; ahora, tras la desintoxicación, son abstemios, o digamos que casi abstemios, saben irrefutablemente que es bueno no beber, y si, mamándose una vez más, no mueren de entrada, al menos durante algún tiempo estarán rememorando esta sobriedad clínica e incluso la breve sobriedad postclínica. Se agitarán, se agitarán vanamente entre el beber y el no beber, pero, al menos, su vana agitación será signo de alguna lucha, perdida por perdida, pero lucha, signo de algún movimiento. Les darán una paliza, pero saldrán a la cancha. Sin embargo, usted, señor J., ya ni sale a la cancha. Usted está quieto, usted ha quedado petrificado en la botella como un insecto en el ámbar. Usted está completamente consumido por dentro. En su interior hay rescoldos y son unos rescoldos gélidos. Un incendio completamente apagado por lluvias torrenciales. Aparentemente, está usted sentado aquí, en mi despacho; aparentemente, está hablando sobre algo, incluso por un momento se podría tener la equivocada impresión de que habla usted cuerdamente, aún lleva usted puesto el pijama del hospital, pero en realidad usted ya no está aquí, usted, elegantemente vestido con traje de visita, está ya sentado en una barra, usted ya está bebiendo, señor J. A finales de semana saldrá de aquí en una espléndida forma, inflado de vitaminas, con la carencia de magnesio más o menos suplida, fortalecido con sustancias fortalecedoras y sedado con remedios sedantes, saldrá por su propio pie, porque hemos hecho que se tenga en pie, ¿por enésima vez?, ya no recuerdo, y ¿adónde dirigirá sus infalibles pasos? ¿Acaso tengo que preguntar? ¿Acaso tengo que fatigar mi voz con la entonación interrogativa? Acudirá usted presto a la taberna más cercana o a la más cercana tienda de licores.

El doctor Granada tenía toda la razón. Siempre después de la salida de la unidad de alcohólicos dirigía mis pasos a la taberna más cercana o a la más cercana tienda de licores. Para ser exactos, primero acudía a la taberna, y para ser más exactos aún, tengo que recalcar que no era la taberna más cercana, sino que era la taberna más cercana a mi piso en la rotonda de la ONU, el piso abandonado por mis mujeres. Sí señor, salía de la unidad de alcohólicos, acudía a la parada de taxis más próxima y en taxi me dirigía a las inmediaciones de mi bloque, me sentía más seguro en mi zona, hogar, dulce hogar. Y entraba en la taberna Casa del Ángel Fuerte, y para ordenar las ideas me tomaba cuatro chupitos. Después, en una tienda vecina, compraba una botella de vodka y hacía frente al desbarajuste de las cosas, porque estando sobrio no era capaz de afrontar el desorden que incesablemente desbordaba el piso abandonado por mis mujeres, aunque lo intentaba con asiduidad, pues tengo el carácter

extremadamente meticuloso.

EL BILLETE DE CINCUENTA ZLOTYS

En la unidad de alcohólicos estalló un conflicto por plagio. Cuando aparecí aquí por primera vez, dicho sea de paso, no tenía la menor idea de que cruzaba el umbral de una casa de escritura creativa, de que entraba en un círculo de gente de letras, de escritores que constantemente creaban autobiografías delirantes, que anotaban sus emociones más ocultas en unos toscos cuadernos de sesenta hojas, llamados diarios de sentimientos íntimos, que componían arduamente sus confesiones alcohólicas. Por la mañana, hasta el mediodía, los alcohólicos escribían o daban vueltas por los pasillos durante horas enteras esperando la inspiración, con los manuscritos cada vez más voluminosos, a medida que pasaba el tiempo de su estancia, bajo el brazo. Por las tardes, mantenían conversaciones terapéuticas con las loqueras, con el doctor Granada o con el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol, escuchaban conferencias y asistían a los coloquios, y por las noches solían hacer veladas de autor, después de las cuales estallaban encarnizados debates. Durante uno de éstos, el numeroso público reunido le echó en cara a la alcohólica Mariana que su confesión escuchada hacía un instante se parecía como dos gotas de agua a la confesión de la alcohólica Juana, leída una semana antes. Ya que ambas partes se defendieron por medio de recíprocas acusaciones, la cuestión de si la alcohólica Mariana había copiado la visión de su ebria noche de la alcohólica Juana, o al revés, no se pudo solucionar fácilmente. La comunidad de los alcohólicos exigió por unanimidad que al día siguiente se realizara un careo, que las dos leyeran sus trabajos, acto seguido, en una votación precedida por un debate, se dictaría la sentencia.

El trabajo de la alcohólica Mariana rezaba más o menos así: «Todo ocurrió el día 21 de diciembre del 1985. Me desperté en mitad de la noche. Tenía una resaca horrible, sudaba y temblaba toda. No tenía un céntimo. Sabía que mi marido, que dormía en la habitación de al lado, sí tenía dinero. Entré sigilosamente, registré su ropa y en el bolsillo trasero de su pantalón encontré la cartera. Saqué cincuenta zlotys, me vestí en silencio y salí a un 24 horas que me pillaba muy cerca. En la tienda compré champán y me lo llevé a casa. En la cocina, sin encender la luz —había allí suficiente claridad, ya que vivimos en la planta baja y justo detrás de la ventana hay un luminoso—, en la cocina abrí el champán, aunque todo el tiempo tenía miedo de que el corcho saltara y el ruido despertara a mi dormido esposo. Pero todo fue bien, abrí la botella sin hacer ruido y en media hora me la bebí entera. Me sentí bastante mejor. Surgió en mí el característico atrevimiento, y ya sin tomar ninguna precaución e incluso encendiendo con osadía la luz del pasillo, salí de casa decididamente para tirar la botella al contenedor. Sin embargo, por el camino se me

pasó por la cabeza que me vendría bien una reservita para el resto de la noche, y ya que aún me quedaba dinero, me dirigí otra vez al 24 horas y ahí compré un cuarto de vodka puro. Esta vez, de vuelta en casa, fui de nuevo a la cocina, pero ya no tenía la intención de beber allí. Saqué de la vitrina una botella de medio litro de zumo de frambuesa, que por cierto había preparado yo misma de las frambuesas recogidas en verano de nuestro huerto. Tiré al fregadero la mitad del contenido de la botella de zumo y a la mitad restante, con un embudo, le añadí el cuarto de vodka adquirido en la tienda. Bueno, no todo, porque al tirar el zumo al fregadero me sentí triste y le di directamente al vodka un buen trago antes de preparar la mezcla. Agité bien la botella varias veces, tanto para que el vodka se combinase bien con el zumo, como para que pareciera que en la botella había sólo zumo puro. Tenía, pues, la intención de llevármela a mi cuarto, acostarme y darle unos tragos en la cama. Sabía que eso me sentaría muy bien, que dormiría a gusto y que cada vez que me despertara podría beber en cualquier momento, lo cual me ayudaría. Pero tomaba en cuenta la posibilidad de que podría quedarme profundamente dormida y quería, por si acaso mi marido se despertaba antes y encontraba la botella al lado de mi cama, que pensara que era zumo puro. No tiré a la basura la botella vacía de vodka, la escondí detrás de la cama nido. Me acosté y de vez en cuando me despertaba, pero entonces echaba un trago y todo el tiempo me sentía muy bien. Por la mañana, mi marido no notó ni las botellas, ni que yo por la noche hubiese tenido que salir, comprar y beber alcohol, pero notó la falta de cincuenta zlotys en la cartera y empezó a hacerme violentos reproches. Como de nuevo tenía una terrible resaca teñida de agresión, le monté una escena, me vestí, hice una pequeña maleta y así empezó mi vagabundeo por el país, que en realidad fue una gigantesca y continua borrachera».

Mariana leyó su trabajo con voz quebradiza, secándose cada dos por tres las supuestas o quizá verdaderas lágrimas, con todos los medios a su alcance daba a entender que ella había sido la robada, que su trabajo era el que había copiado Juana.

—Siento muchísimo —dijo para acabar— que se me haya robado mi vida. Dentro de un rato escucharé mi vida robada y no sé si sobreviviré —esta vez la voz se le quebraba de manera totalmente incontrolable y esta vez, fuera de toda duda, estalló en un auténtico sollozo.

Pero su adversaria actuó de un modo idéntico.

—Ha sido a mí a quien le han robado su vida —dijo Juana— y cuando hace un momento alguien con toda la desfachatez del mundo leía sobre mi usurpada vida, pensé que me moría. —Y Juana leyó su confesión ética de un modo idéntico al de Mariana, se le quebraba la voz de un modo idéntico, con idénticos gestos se secaba idénticas lágrimas supuestas o reales, es más, para reforzar la grotesca simetría, las dos se secaban las lágrimas con idénticos pañuelos de encaje rosa pálido.

La versión de Juana rezaba más o menos así: «Ocurrió a mediados de noviembre del 1997. Me desperté a las tres de la madrugada y estaba en un estado fatal. La resaca era terrible, nada de extrañar, porque todo el día anterior había estado

bebiendo. Estaba toda temblando y empapada en sudor. Sabía que no tenía nada de dinero. Vivía entonces con mi hermana y su marido, y presentía que mi cuñado tenía dinero. Él casi nunca bebía y siempre tenía dinero.

»Con cuidado, para no despertarlos, abrí la puerta de su habitación y entré de puntillas. Mi cuñado colgaba la ropa con esmero en el armario y sabía que era ahí donde tenía que buscar. Pero me daba miedo que al abrir el armario la puerta pudiera chirriar y que se despertara mi hermana, o mi cuñado, o los dos a la vez. Sin embargo, lo conseguí, el armario se abrió silenciosamente. En el bolsillo de una de las chaquetas de mi cuñado que allí colgaban palpé la cartera. Sin sacarla del bolsillo, a tientas, extraje un billete. No sabía qué billete era y temía que su valor fuera demasiado bajo. Pero cuando me encontré en mi habitación y lo examiné, vi que había logrado sacar ni más ni menos que cien zlotys, lo cual me alegró bastante, aunque también me asustó un poco; tenía ahora dinero de sobra, pero existía el peligro de que mi cuñado se percatara de la falta de una suma tan grande. De todos modos, mi vacilación no duró demasiado, ni siquiera contemplé la posibilidad de volver a la habitación de mi hermana y de mi cuñado, poner el billete de cien zlotys de nuevo en la cartera y probar a encontrar algún billete más pequeño. Me vestí sin hacer ruido, salí del piso y bajé en el ascensor, ya que casualmente en la planta baja de nuestro bloque hay un 24 horas. Entré ahí y compré una botella de champán. Como mi mono era terrible y como temía que cuando fuera a abrir el champán en el piso, el tapón saltase y despertase a los de casa, abrí el champán en la puerta del ascensor. Mis temores resultaron innecesarios, el tapón no saltó. Entré en el ascensor y pulsé los doce botones, porque vivimos en la duodécima planta. Gracias a eso el ascensor se paraba constantemente y yo durante este largo viaje, interrumpido por frecuentes paradas, sorbía el champán. Pero parece que bebí con demasiada avidez, porque cuando el ascensor llegó por fin a la duodécima planta, me di cuenta de que en la botella quedaba ya muy poco. Puesto que tenía aún bastante dinero, y las burbujas bebidas bien que me habían animado, decidí hacer una compra extra. Una vez más bajé en el ascensor y una vez más entré en el 24 horas.

»Esta vez compré dos cuartos de vodka puro. Tenía la intención de guardar uno para las horas bajas y el otro mezclarlo con Coca-Cola, de la que compré también una botella de medio litro. De vuelta en casa, seguía tomando medidas de precaución, pero también me sentía mucho más relajada. Parte de la Coca-Cola me la bebí, otra parte la tiré al fregadero, intentando atinar de tal modo que en la botella quedara exactamente la mitad, lo cual conseguí realizar con éxito. Al cuarto de Coca-Cola añadí un cuarto del vodka, para que pareciera que estaba bebiendo sólo cola. Escondí la botella vacía de vodka detrás del frigorífico. Esta supuesta cola, que tenía la intención de poner al lado de mi sofá cama y beber durante la noche, tenía una pinta un poco pálida, pero no me preocupó porque mi cuñado era un fanático de la comida sana, no bebía ningún tipo de bebidas con gas y seguramente no sabría con exactitud qué sabor y qué color tiene la verdadera cola. Mi hermana no me daba miedo, sabía

que llegado el caso se pondría de mi parte o, al menos, me encubriría. Me acosté y, dando un sorbo cada vez que me despertaba, dormí bien prácticamente toda la noche. Por la mañana, aunque mi cuñado no notó la falta del billete de cien zlotys ni el distinto color de la Coca-Cola, de la que por otro lado quedaba ya muy poca, sucedió, en cambio, que mi hermana comenzó una pelea sin motivo. Sin decir una palabra hice la maleta y abandoné esta casa para mí tan hostil. Estaba tranquila, me quedaban todavía unos cuarenta zlotys, en el fondo del bolso descansaba una botella de cuarto de vodka.

»No sé por dónde discurrió mi peregrinaje, no sé cuánto tiempo duró mi *bebienda*, no sé cómo me encontré aquí. El caso es que actualmente tengo un deseo muy fuerte de dejar de beber».

Escuché con el corazón encogido la discusión que empezó tras las intervenciones de ambas autoras y que, en contra de lo esperado, se desarrolló apáticamente. El Terrorista Más Buscado del Mundo se declaraba a favor de Juana, la Reina de Kent a favor de Mariana. La enfermera Viola subrayaba tanto el sinsentido terapéutico como el horror ético de copiarse mutuamente los trabajos. Cristóbal Colón el Descubridor afirmaba que, aunque copiárselos mutuamente supone un mal, tal vez este mal tuviese un fondo bueno, a saber, una buena aunque inerte intención, puesto que no se puede asegurar que las autoras no reconociesen en sus trabajos cierta gemela hermandad en sus aventuras y la comunidad de sus suertes. El doctor Granada y el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol, callaban.

—En el año 1985 nadie tenía narices de comprar una botella por cincuenta zlotys —habló desde su rincón finalmente Donjuán Ziobro, resolviendo en apariencia la contienda a favor de Juana.

Yo escuchaba el veredicto con el corazón encogido, no dije ni una palabra, aunque hubiera debido, infaliblemente, a todas luces hubiera debido tomar la palabra, al fin y al cabo yo era el autor de los dos problemáticos trabajos.

Cuando me trajeron a la unidad de alcohólicos, llevaba una camisa que apestaba a vómito y unos pantalones que sólo servían para ser quemados en el horno de una caldera en presencia de un jurado. No llevaba encima ni un zloty, ni un cigarrillo, no tenía ropa interior, ni jabón, ni cepillo de dientes, no tenía nada. Sin embargo, ya tras una semana, o con toda seguridad después de dos semanas, comencé a abundar en toda clase de bienes. Ahora, después de seis meses (descontando los intervalos tras los cuales como loco regresaba de nuevo), visto un elegante chándal verde césped. En el bolsillo superior de la sudadera tintinean monedas de cinco zlotys, en la mesita de noche se amontonan plátanos, naranjas, bombones y otras vituallas. Cuando abro el cajón, veo reservas de cigarrillos simplemente inacabables. Cada chocolate, cada moneda de cinco zlotys, cada paquete de Camel, cada lata de compota de piña significan al menos una confesión delirante o un diario de sentimientos escritos por mí.

Cuando por la unidad corrió la noticia (y corrió si no con rapidez de rayo, al

menos con rapidez de flecha) de que en la reserva yo curraba escribiendo, los alcohólicos, poco hábiles en la escritura, empezaron a dirigirse a mí masivamente pidiéndome ayuda, no desinteresada, por supuesto. Les ayudaba, no obstante, con la conciencia tranquila. Yo no es que escribiera por ellos, sino que más bien vertía en el papel su habla. (Por supuesto, había casos en que había que cambiar algo en nombre de alguien —por ejemplo, en nombre del Terrorista Más Buscado del Mundo había que escribirlo todo de la *a* a la *zeta*—, pero generalmente yo escribía a su inconsciente dictado. Ellos contaban historias sacadas de su vida y yo, aportando menudas correcciones estilísticas, prácticamente palabra por palabra, apuntaba sus cuentos). Al fin y al cabo no es un gran secreto literario ni existencial el hecho de que hablar sabe cualquiera, aunque registrar su historia saben pocos. Sí señor, a veces estilizaba sus hablas demasiado llanas para que adquirieran la imprescindible y por ello creíble rugosidad del estilo, pero si para alguien estas estilizaciones tenían importancia y si influían en alguien, esa persona era yo, no ellos.

De modo que yo no era un escritor que crease en la unidad de alcohólicos ficciones firmadas con nombres ajenos. Fui secretario de sus mentes. Tanto Juana, como Mariana me dictaron su pesadilla nocturna, y yo —estoy seguro— anoté ambas pesadillas *ad litteram*. Y estoy convencido de que Mariana, con un gran sobrecogimiento, con una gran seguridad y todavía con un gran miedo, habla del billete de cincuenta zlotys sacado del bolsillo de su marido.

PROLEGÓMENOS AL ORDEN IDEAL

Dicen que una excesiva tendencia al orden es prueba de un mal estado de nervios, en mi caso esto coincide exactamente: tengo una tendencia excesiva al orden y tengo los nervios completamente hechos polvo. Los objetos embisten incesablemente, hay que hacerles frente, tarde o temprano esto se convierte en una vana lucha contra los molinos, pero por un momento, en el modesto espacio de cuarenta y ocho metros cuadrados (dos habitaciones con cocina) se les puede amansar. Además: simplemente uno olvida, uno olvida dónde ha puesto las cosas. No doy ningún tipo de argumentos petulantes ni anuncio con pomposidad engañosa que para una mente ocupada en indagaciones de orden superior sea perjudicial pensar siempre en minucias, no digo eso, aunque tal vez sea la verdad, no lo digo, aunque casi seguro no es la verdad. La manzana que cayó en la cabeza de Isaac Newton, ¿era o no era una minucia? ¿Una minucia cósmica? No hay minucias que no sean cósmicas. Pero ¡por cien millones de pares de narices! No hace falta invocar las leyes del universo en defensa de los constantemente perdidos mecheros, monederos, documentos, plumas estilográficas y Pilots, bolígrafos, páginas mecanografiadas, libros, calcetines, ceniceros, bufandas, guantes, *und, so weiter*. Igual que no hace falta exponer en este caso —en el caso del tumulto de los objetos— el argumento de «las indagaciones de orden superior». Pensar siempre en minucias no tiene por qué distraer de «las indagaciones de orden superior», ya es suficiente con que distraiga de las indagaciones cotidianas, y es que las distrae de manera ruinosa si uno indaga con oraciones enteras. Yo, por ejemplo, indago con oraciones enteras. Diré más: con una obstinación desesperada me mantengo con vida gracias al hecho de pensar con oraciones enteras. Y eso no es ningún entrenamiento literario digno de grafómano, aunque para la literatura pensar con oraciones enteras tiene una importancia cardinal. Con penetrante pena pienso en el momento en que los últimos párrafos, frases, fragmentos de frases expiren en mi cabeza y queden ahí unos ilegibles manuscritos, espectros de nombres, delirios, el fin. La heroico-cómica elección entre la demencia y la muerte no me divierte en absoluto.

Así pues, cuando se piensa con oraciones enteras, por muy simples, sencillas y nada desarrolladas que sean, entonces, es de cualquier modo imposible que se piense siempre en minucias, en dónde se ha dejado la llave. Las llaves deben estar en su sitio. Tal vez el componer constantemente frases sobre llaves perdidas genere una impresionante literatura para elegidos, pero la impresionante literatura para elegidos hay que moderarla. Las llaves deben estar en su sitio. ¿Las llaves deben estar en su sitio? Dios mío, Dios mío, que por mí lo haces todo, Dios mío, ¿acaso compongo este tratado sobre mi desesperación para esto? ¿Para esto despilfarro horas con la pluma

empuñada? ¿Para que mi debilitado cerebro descubra la verdad newtoniana de que las llaves deben estar en su sitio? ¿Por tal verdad habré perdido mi vida? ¿Por tal verdad me tiemblan las manos y se me eriza el hígado? ¿Por tal verdad descendí al fondo del abismo? Por otro lado, sin embargo, las llaves deben estar en su sitio. Si Juanita Catástrofe dejara las llaves en su sitio, la amaría, ella sería el amor de mi vida, el amor del ocaso de mi vida, estaríamos juntos.

JUANITA CATÁSTROFE

Juanita Catástrofe era alta, hermosa y prudente. Nada más que virtudes. Además, cosa que para mí tiene una importancia primordial, vestía de primera y usaba cosméticos de primera. Sin embargo, Juanita Catástrofe entraba en casa y... ¡zas! el abrigo, ¡zas! los zapatitos, ¡zas! el bolsito. Así pues, tras un cuarto de hora de actividad de Juanita sobre mi territorio (el suyo, un dormitorio de soltera en una mansión en las afueras, no se puede describir), comenzaba el..., en un primer acto reflejo iba a escribir apocalipsis, pero no, no, porque esto, en primer lugar, sonaría demasiado gracioso para mi gusto —el apocalipsis tras la catástrofe—, en segundo lugar, no sería la verdad: no empezaba el apocalipsis, sino el carnaval, cien veces, por cierto, más molesto que el mismísimo apocalipsis, pues tras el apocalipsis seguramente no habría nada que limpiar; tras el paso de Juanita Catástrofe mis pertenencias y yo tardábamos mucho tiempo en recuperarnos.

¡Zas! la bufanda, ¡zas! el pañuelo, ¡zas! la taza, ¡zas! la blusa, ¡zas! el periódico, ¡zas! el libro, ¡zas! la falda.

—¡Juanita! —volvía a explicarle con paciencia—, la libertad no consiste en dejar los zapatos de tacón en mitad del cuarto.

Si este tumulto fuera al menos signo de una voraz sensualidad, no estaría tan mal. Nuestros ansiosos cuerpos se lanzan el uno contra el otro, se arrancan el vestuario y, como en una película de amor francesa o norteamericana, los zapatos de tacón, el vestido, las medias, la camisa, los vaqueros negros, las bragas de encaje y los calzoncillos tipo bóxer que yacen sobre la frondosa alfombra esmeralda señalan el camino que lleva a la cama hollywoodiense. Pero Juanita formaba caos en torno a ella, no sólo camino de la cama. Precisamente camino de la cama formaba (formábamos) un caos menor; nuestra sensualidad era voraz, pero los dos conocíamos los principios del arte, y para potenciarla moderábamos la voracidad, primera regla: nada de prisas. En cualquier caso, durante veinticuatro horas, o sea, durante toda una eternidad, los zapatos de tacón permanecían en mitad del cuarto. Y así también el pasador, el cenicero, la vieja botella de leche, el Pilot, el champú Palmolive, la *Gazeta Wyborcza* del día anterior, la toalla húmeda, el envoltorio de chocolate Milka, el envoltorio de las patatas fritas, los envoltorios de todas las cosas, todo.

¡Ah!, Juanita Catástrofe no se chupaba el dedo y sabía muy bien que la libertad no consiste en dejar los zapatos de tacón en mitad del cuarto; con Juanita se podía hablar sobre el concepto de la libertad, así como de otros conceptos, larga y apasionadamente. Juanita estudiaba Ciencias Económicas y Bellas Artes, Juanita era de muy buena familia. Su padre: director de un elitista instituto de secundaria,

historiador de carrera y también, como se supo tras la caída de los comunatas, propietario de casas y tierras; su madre: dentista con muchos años de experiencia y gabinete en el centro del casco antiguo, distinguida, bien cuidada, sofocantemente tentadora en su madurez.

No tuve la conciencia limpia durante mi única comida dominical en la mansión de las afueras de los señores Catástrofe. ¡Qué digo!: no es que no tuviera la conciencia limpia, la tuve sucísima, estuve hecho un puerco impuro y un lobo hambriento. Me tragaba los platos con apetito de lobo y como lobo miraba insistentemente a mi futura malograda suegra, ella llevaba un amarillo y ligero vestido —y los vestidos amarillos siempre me resultaron demoledores—. Comía caldo con *kolduny*^[1] lengua de ternera en gelatina, asado de ternera a las especias de caza, macedonia de frutas, helado; comía y pisoteaba la garganta de la lujuriosa canción que en mí nacía. Yo en aquella época estaba en una forma espléndida, no bebía nada, nada excepto agua mineral sin gas (en los tiempos de los comunatas no había agua mineral sin gas); así que no tomé ni una gota de vino en la comida, no tomé ni un dedal de licor en el postre, en el coñac servido con el café ni siquiera mojé los labios, por la tarde, naturalmente, tampoco me tomé el vasito de Jack Daniels ofrecido por el anfitrión. No bebí nada y para nada me desasosegaba el no beber, estaba en una forma excelente, escuchaba, hablaba, moderaba la detallada trama de la novela pornográfica sobre la madre y la hija gozadas a la vez que nacía en mi cabeza, la moderaba lo justo para que no se apagara del todo, la moderaba para que no dominara, sino que tan sólo ardiera en el fondo de mis sensaciones. Participaba activamente en la conversación, y con sincero interés escuchaba las confesiones de los anfitriones sobre sus gustos literarios, que eran ciertamente amplios. El señor Catástrofe: la literatura en lengua alemana, con especial preferencia por los austríacos del siglo veinte; la señora Catástrofe: la literatura latinoamericana sin ninguna preferencia en especial; Juanita: la literatura rusa y norteamericana, con especial preferencia por Vladimir Nabokov. Escuchaba, hablaba; en cuanto a Nabokov, expuse la idea, en mis circunstancias osada, de que era un escritor cuya infernal y oscura curiosidad inquisitiva y sutil dominio de una gélida forma le predestinaban perfectamente para escribir un estudio novelesco del vicio, desgraciadamente —agregué con frivolidad erudita—, los rumores acerca del profundo alcoholismo del escritor resultaron ser falsos. Escuchaba, hablaba, confesaba mis preferencias literarias y después, a la hora gris, estaba ya en el dormitorio de soltera de Juanita.

—Ves lo bien que he limpiado —susurraba Juanita—; para ti, lo he ordenado para ti.

Efectivamente, en la habitación reinaba una aterradora simetría, contraria no sólo al carácter de Juanita, sino en general a la naturaleza humana; bastaba un vistazo para confirmar que había sido levantado un aparatoso, potemkiano monumento del orden ejemplar que en un instante se derrumbaría.

—Juanita, te quiero en el caos, te quiero entre todas tus desparramadas cosas.

Pero Juanita, por lo visto, alada por el recién conocido arte de la armoniosa disposición de los objetos, no prestaba atención, o quizá no hubiera entendido la hondura poética de mi confesión.

—Hasta las llaves —susurraba con un entusiasmo infantil—, hasta las llaves las pongo ahora en su sitio. Y esta mañana, imagínate, esta mañana no las encontraba, no las encontraba porque se me olvidó que las había puesto en su sitio.

Noté que la conmoción me apretaba la garganta, me conmovía la repentina certeza de que pasaría con Juanita el resto de mi vida.

—Te quiero —repetí—, te quiero independientemente de dónde dejes las llaves.

—Ven —dijo Juanita, y me cogió de la mano y me llevó por las escaleras a la primera planta de la mansión y abrió la puerta al fondo del pasillo. Ante mí había una habitación de paredes blancas, aún sin amueblar, luminosa y acogedora. Desde la ventana se vislumbraba un panorama que podría ser el sueño de cualquier grafómano: abajo la ciudad se enfriaba, las masas de aire caluroso se espesaban sobre ella, la hierba asiática de la oscuridad empezaba a cubrir los callejones, en las lejanas ventanas se encendían las primeras luces.

—Aquí tendrás tu sillón, tus estanterías, tus libros y tu mesa de trabajo, aquí podrás escribir —dijo Juanita, y yo entendí que el indispensable gran cambio que había estado esperando durante tantos años y en cuya llegada, después de tantos años, había dejado de creer finalmente había llegado. Entendí que mi vida cambiaría y mejoraría, y con delicadeza, como si abrazara el alma de esa nueva vida, con delicadeza cogí a Juanita entre mis brazos.

Y después, muy tarde, por la noche, cuando todos los adultos hacía rato que dormían y cuando en nuestro rincón de la tierra se habían apagado ya muchas luces, pedí por teléfono un taxi (en los tiempos de los comunatas no había taxis por teléfono); Juanita, bostezando dulcemente, me acompañó a través del jardín, detrás de la portezuela me esperaba ya un Mercedes blanco. Duerme bien, Juanita. El taxi atravesó los oscuros suburbios; a ambos lados, los campos vacíos, las paredes frágiles de las casas; yo estaba lleno de admiración hacia el mundo entero, me agradaba incluso el hecho de que el taxi que me había recogido fuera un Mercedes blanco.

Arrellanado cómodamente en el asiento, buscaba con la vista las ventanas iluminadas; siempre me han intrigado las ventanas en las que tarde, por la noche, hay una luz encendida: alguien se pasará toda la noche leyendo el libro de su vida, alguien estará muriéndose, alguien estará asfixiándose en una terrible tos, alguien despertará entre gritos de una pesadilla, alguien tomará a alguien en sus brazos, alguien tomará un tranquilizante, alguien llorará de nostalgia, alguien irá al baño. Miré el reloj, eran las tres de la madrugada, arriba las constelaciones avanzaban como arenas movedizas; paramos un momento delante de un 24 horas y en seguida estábamos otra vez en la autovía desierta. En mi oscuro bloque nadie velaba, nadie

moría, nadie leía un libro que cortara la respiración, al fin y al cabo eran ya los últimos momentos del sueño general, dentro de nada en la duodécima planta se encendería una luz. Y se hizo la luz en la duodécima planta, y ardió sin pausa durante cuarenta días y cuarenta noches, y durante cuarenta días y cuarenta noches bebí sin pausa. Sobre mi cuerpo inconsciente ardía una bombilla, se levantaban las mañanas, caían las tardes, mi inconsciente mano alcanzaba la botella y vertía el vodka en la garganta inconsciente, mis sábanas y mi piel se cubrían con el quitinoso caparazón de la pota, en mi casa se sucedían los exterminios. Dios mío, el desorden que formaba Juanita Catástrofe era la armonía ejemplar en comparación con lo que quedaba tras mi paso, cuando a cuatro patas me revolcaba en busca de la botella escondida para las horas negras (absorbida hacía ya tiempo por las leñosas entrañas, puesto que las horas negras habían llegado hacía ya tiempo, todas las siguientes eran también negras, cada cual más negra) o cuando en un destello de lucidez me arrastraba al teléfono para encargar la compra ritual: dos botellas de *Premium* de melocotón y una Coca-Cola grande, por favor. Mi dirección. En los tiempos de los comunatas no había compras por teléfono.

EL PRINCIPIO MISMO

El principio, el principio mismo, el principio narrado en un plano tan corto que en la imagen empieza a dominar el grano, el principio de éste o, a decir verdad, de cualquier otro beber, el principio, pues, del beber universal, el principio del beber atemporal, el principio del pan-beber, el principio del libro del Génesis del beber es como sigue: la Tierra era informe y el espíritu flotaba sobre las aguas, y pagué al taxista, y me bajé del taxi, y cien veces camino del ascensor me aseguré de que mi bolsa de mano colgaba segura del hombro, y subí en ascensor al duodécimo piso, y giré la llave en la cerradura, y encendí la luz —en el reloj de pared eran las tres y diecisiete minutos—. De repente apreté el paso, sí, atravesaba las dos habitaciones y la cocina muy ligero, tenía mucha prisa y todos mis movimientos eran ligerísimos, no es que hubiera poco tiempo, tiempo había suficiente, pero de manera visible y sofocante crecía la vacilación; no intensifiqué la viveza de la imagen (con un efecto, por cierto, no muy alejado de la verdad), diciendo que desde los rincones se arrastraban los demonios de la vacilación, tanto no, pero sin duda alrededor estaba más oscuro, más denso y también de alguna manera más amarillo, sí, alrededor estaba más oscuro, denso y amarillo, al fin y al cabo hasta los abstemios conocen la expresión atmósfera opresiva, al fin y al cabo hasta a los abstemios alguna vez empieza a faltarles el aire y su respiración se acelera, y realizan movimientos espasmódicos, como arrancando lazos que aprietan, como apartando estados físicos cada vez más densos. En los últimos segundos de mi no beber ocurría un fenómeno análogo, sólo que mil veces más molesto. No notaba el aire sofocante: me asfixiaba. No hacía movimientos aterrados o espasmódicos: me agitaba como un loco. Aunque eso tampoco es del todo acertado, actuaba de manera lógica, en mi locura había un frío método, loca era la rapidez de todos mis movimientos; con velocidad loca, aunque siempre con un cuidado escrupuloso, dejaba la bolsa encima del escritorio, la abría y sacaba todo lo que había dentro, preparaba vasos, un cenicero, como un rayo me cambiaba en un cómodo y abrigado chándal. Todavía, todavía era posible apagar la llama ya bien fuerte, todavía era posible vaciar en el fregadero las dos botellas compradas en el 24 horas, tirarlas al contenedor o, incluso, lanzarlas por la ventana abierta. Y precisamente esta posibilidad, la sombra de esta posibilidad, dramatizaba la situación en extremo; no se trataba, pues, de que siguiera existiendo una elección real entre el beber y el no beber, no, esta elección hacía tiempo que no existía (francamente, no había elección desde hacía al menos veinte años), pero aún se podía fingir su existencia, simular un engañoso forcejeo, y no tanto dudar entre el beber y el no beber como, sabiendo que uno prácticamente ha dejado de no beber, seguir

martirizándose, alargar el camino hacia el beber. Me agitaba y —así es— pensaba aún en el no beber, pero lo hacía como el hombre que piensa en el suicidio aunque con toda seguridad no vaya a cometerlo: la claridad de las imágenes mentales no tiene nada que ver con la realidad. Puedes pensar en el suicidio a menudo, puedes ver detalladamente los diversos pormenores, puedes imaginarte rabiosamente tu propio cadáver colgando de la viga del techo, pero en el fondo de tu alma sabes que no lo vas a hacer. Sí. En el fondo del alma sabía que no lo haría. Si lo hiciera, si, no quiera Dios, vaciara en el fregadero o tirara por la ventana las dos botellas adquiridas en el 24 horas, ¿qué resultado lograría con este acto ímprobo y fariseo? Ninguno. Tendría que quitarme el cómodo y abrigado chándal, tendría que vestirme de nuevo, de nuevo ponerme los zapatos y el traje de visita que llevaba en la casa de los Catástrofe, ir a pie o en taxi a este o aquel 24 horas; y luego sería peor: de rabia contra mí mismo, de rabia por haberme dejado arrastrar a un acto ímprobo y fariseo por culpa del cual habría caído en una falaz peripecia, de rabia contra la hipocresía que me rodeaba por todas partes, compraría no dos, sino cuatro botellas de vodka y de nuevo, a pie o en taxi, comprobando cien veces si la bolsa el doble de pesada colgaba del hombro, volvería a casa, subiría en ascensor al duodécimo piso, giraría la llave en la cerradura y encendería la luz. El juego de multiplicar sucesos aparentemente posibles, aunque en el fondo completamente impensables, podía durar infinitamente, de nuevo podía tirar al fregadero o por la ventana las cuatro botellas y una vez más repetir toda la ronda paso a paso, y otra vez, y otra vez más. Esta chiquillada de pesadilla había que interrumpirla sin falta, había que mirar a la verdad a los ojos como un hombre, y la verdad no era tirar el vodka al fregadero y las botellas por la ventana: la verdad era el beber. Me movía con una extraordinaria rapidez, pues se trataba de verter cuanto antes en mi interior la primera dosis de la verdad y matar esta retórica agotadora. Había que acabar cuanto antes con la consciente literatura de las eternas vacilaciones y elegir la inamovible, la inconsciente vida.

CRISTÓBAL COLÓN EL DESCUBRIDOR

Siempre al final de mi estancia en la unidad de alcohólicos había logrado crear en torno a mí cierto orden, aunque fuera el orden de la unidad cerrada, y pasar de este orden al desorden del mundo abierto, hablando en cristiano: la vuelta del hospital a casa, se me hacía imposible sin animarme con unos cuantos tragos.

—El típico estrés de salida —como diría el doctor Granada—, usted no es capaz de hacer frente al estrés de salida. Aparentemente, sale en buena forma, pero no es capaz de hacer frente al estrés de salida.

Efectivamente, no era capaz de hacer frente al estrés de salida, de forma que reducía el estrés de salida al mínimo. El trayecto en taxi desde la unidad duraba cerca de veinte minutos, pero después, tras un viaje lleno de tormento, tras haber tomado cuatro chupitos estabilizadores y tras haberme agenciado una botella de vodka, ya no tenía el estrés de salida, no tenía en absoluto ningún tipo de estrés, si empezaba a sentirme un poco peor, echaba un trago y me sentía mejor, y eso es todo, toda la filosofía, toda la filosofía del beber.

—No existe ninguna filosofía del beber —mi compañero de habitación, Colón el Descubridor, se daba la vuelta en la cama, se quitaba las gafas, dejaba sobre la mesita una traducción francesa del Nuevo Testamento y repetía con una profesional entonación de profesor impacientado—: No existe ninguna filosofía del beber, existe tan sólo la técnica del beber.

Colón el Descubridor, desde hacía al menos veinte años, atravesaba el mar de tinieblas a nado; atragantándose con tan sólo cincuenta gramos de las infinitas extensiones de aguas oceánicas, caía invariablemente en inacabables, asesinas tajadas. Hacía dos semanas que le habían traído en estado de agonía, y no ya en la planta de alcohólicos, sino en la de abajo, en cuidados intensivos, con dificultad le sacaban —y lo consiguieron de milagro— primero del delirium, después de la epilepsia. Ahora estaba ya más que menos recuperado. De día se paseaba por el corredor con la traducción francesa del Nuevo Testamento y, tanto de palabra como de acto, daba a entender que estaba sumamente disgustado con el nivel de la hospedería en la que se encontraba para recobrar un poco de sus mermadas fuerzas.

En cambio, por las noches, su indefenso cuerpo no era capaz de adoptar ninguna pose, los músculos de las piernas y los brazos, completamente limpios de magnesio, se contraían espasmódicamente. Yo, aunque estaba dormido como una piedra por las potentes dosis de hemineurine, me despertaba bruscamente. Colón el Descubridor brincaba en la cama de una forma completamente privada de estilo; si había en este temblor algún estilo, era un estilo mortal. Yo estaba seguro de que se moría, tenía

toda la pinta, o incluso peor, los brincos mortales deben de ser menos violentos.

Llamaba al médico y a la enfermera. Viola le inyectaba magnesio, toda clase de minerales, le administraba vitaminas y calmantes, el doctor Granada se inclinaba sobre Colón el Descubridor, quien en vano intentaba controlar su agitación.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

Colón el Descubridor, cuando estaba sobrio, en la reserva, fuera de la encarnación borracha, fuera de la quinta alcohólica, fuera de la vocación vinolenta (¡oh, qué primorosas pirámides de fenomenales metáforas licóreas puedes levantar aquí, mi lengua adicta!), Colón el Descubridor en la vida cotidiana era profesor de ciencias sociales. Había subido todos los peldaños de la escala académica, había enseñado durante una serie de años en el extranjero, hablaba lenguas occidentales, y asumiendo toda la responsabilidad del científico ilustrado y con toda la autoridad del hombre que durante años habló *ex cathedra*, afirmaba que no tenía el menor problema con la bebida.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

—Fenomenal, fenomenal —mascullaba—, fenomenal, no me ocurre nada, un momento de debilidad.

—¿Y qué le parece, por qué este momento de debilidad, con qué lo relaciona usted?

—Francamente, no tengo la menor idea, tal vez demasiado trabajo, el agotamiento, he tenido últimamente tantas ocupaciones.

Arrancada de un superficial sueño de guardia, todavía soñolienta, aunque enseguida gélida y profesionalmente hábil, la enfermera Viola seguía teniendo el atractivo de una mujer recién despertada; el aura de una imperceptible sonrisa o quizá de un repelús atravesó sus fantásticos pómulos.

—¿Y no cree usted, profesor —en la voz del doctor Granada no hubo ni sombra de ironía ni ambigüedad—, no cree usted, profesor, que su estado sería lícito relacionarlo con cierto, por así decirlo, abuso del alcohol por su parte?

—En ningún caso, eso es absolutamente imposible, yo no bebo casi nunca, de cuando en cuando, en ocasiones especiales, algún brindis o un vaso de buena cerveza con la comida...

—De todas maneras, si bien entiendo —poco a poco, en los claros cielos de la voz del doctor Granada comenzaban a acumularse nubes cada vez más oscuras—, si bien entiendo, ¿su estancia en el hospital y su malestar no tienen nada que ver con el alcohol?

—Nada que ver —confirmaba solícitamente Colón el Descubridor, pero hablaba ya con voz menos decidida—, nada que ver —repetía con una fingida reflexión, hacía una pausa, y esa repentina reflexión procuraba seguirla con la mímica—, aunque, creo recordar... —su cuerpo se liberaba despacio del temblor, y en toda su silueta se

dibujaba más claramente una eventual disposición a pequeñas concesiones.

—¿Qué es lo que recuerda concretamente, profesor?

—Sí, recuerdo que puede ser que durante la última celebración familiar efectivamente haya bebido una copita de más.

—Su diagnóstico me fulmina con su acierto —decía el doctor Granada tranquilamente, y en seguida explotaba en un rugido furibundo—: ¡Una copita de más! ¡Que ha tomado una copita de más! ¡La bota de vino andante se ha tomado una copita de más! ¡Reconoce que tal vez haya exagerado un poco!

La enfermera Viola con un movimiento hábil, practicado en miles de pacientes excitados, con una mano agarraba al doctor del brazo y con la otra de la cintura y lo llevaba hacia la puerta, mientras él seguía desgañitándose como un poseso:

—¡Que ha tomado una copita de más! ¡Sensacional! ¡El descubrimiento de América! ¡Ha descubierto América! ¡Cristóbal Colón, el Descubridor!

EL PRINCIPIO DE LA VAGUEDAD

No me molestaba la beoda hipocresía de Colón el Descubridor, no se puede beber sinceramente sin hipocresía, los labios deben negar el licor que acaba de pasar por la garganta. Dios, seguramente para alivio de los borrachos, en las tablas de piedra no puso el mandamiento «no mentirás». La palabra debe negar el vicio. Para la tribu de los alcohólicos la mentira es honor; la verdad, primero un desatino, después una afrenta, al final desesperación. Si verdaderamente bebes, has de anunciar a los cuatro vientos que no bebes, si admites que bebes quiere decir que no bebes verdaderamente. El auténtico beber temerario tiene que estar oculto, quien lo descubre se ha rendido, ha reconocido estar indefenso, le queda el llanto, el rechinar de dientes y las sesiones de AA.

Cuantas veces os diga que he dejado de beber, que no bebo, que después de décadas me he desembriagado del todo, que he recuperado el sentido del tiempo, que durante semanas me he estado reponiendo en la helada casa de la montaña, tantas veces, con toda calma, podéis no creerme. A decir verdad, no me creáis ni una palabra. La palabra es mi estimulante, mi droga, y le he tomado gusto a la sobredosis. La lengua es mi segundo, qué digo mi segundo, la lengua es mi primer vicio.

Hable sobrio o borracho, diga que desde la aurora hasta el ocaso beborroteaba vodka de melocotón o que hace ciento dieciséis días que no pruebo ni gota, diga lo que diga, soy en mi hablar inaprensible hasta para mí mismo. Igual que en mi beber soy inaprensible para mí mismo y para el mundo entero.

Cuántas veces —pongamos por caso— he marchado sobrio como un ángel por la calle Szewska y cuántas veces no he dado ni veinte pasos, no han pasado ni veinte segundos, he dado apenas dieciséis pasos, han pasado dieciséis segundos, he entrado en la plaza Mayor y en un instante —primero, yo mismo humanizaba mi angelicalidad y, después, mi humanismo por sí solo experimentaba una fulminante animalización—, al entrar en la plaza Mayor, en un instante estaba borracho como un animal. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Acaso se ha desmoronado la torre plateada de mi alma? ¿Acaso un viento negro ha soplado empujándome al abismo y me ha sentado a la barra del bar? ¿Qué ha pasado? No lo sé. No he percibido mi no beber en Szewska, como no he percibido mi beber en la plaza Mayor.

Soy el príncipe de la vaguedad. Cuando digo que no bebo, con toda seguridad no es cierto, pero cuando digo que bebo también puedo mentir como un bellaco. No lo creáis, no lo creáis. Al borracho le da vergüenza beber, pero más vergüenza le da no beber. ¿Qué clase de borracho es aquel que no bebe? Uno cutre. ¿Y cuál es mejor, el borracho cutre o el no cutre? ¿Qué es superior, la cutrez o la no cutrez? Además:

cuando se cumple el destino del alcohólico, querer superar el destino del alcohólico es una cosa no sólo inútil, sino grosera e incluso deshonrosa.

El Trabajador Socialista Más Destacado, un anciano fundidor de la planta metalúrgica de Sendzimir (antes de Lenin), cuando en una de sus estancias en la unidad de alcohólicos comprendió finalmente su propia impotencia, cuando comprendió que su destino de alcohólico se había consumado y ceñido sobre él como una colina arenosa sobre la fosa común, se quedó perplejo y se tiraba días enteros delante del servicio de caballeros (imparables lágrimas fluían por sus mejillas cubiertas de cerdas blancas), se quedaba delante del váter como un monumento a la estupefacción y repetía una y otra vez:

—¿Cómo no beber, si todo el mundo bebe? ¿Cómo no beber, si todo el mundo bebe? ¿Cómo no beber, si todo el mundo bebe? ¿Cómo no beber? ¿Cómo no beber?

Y se habría quedado allí el infeliz hasta el día del Juicio, se habría quedado hasta el día del alta de la unidad, se habría quedado sollozando, si el doctor Granada a cierta hora particularmente desesperada no lo hubiera llamado por fin a su despacho, no lo hubiera sentado en el sillón y no le hubiera hablado con más o menos estas palabras:

—Pronto saldrá usted de aquí, señor Trabajador, y si después de la salida usted logra no beber, no beba, con todas sus fuerzas no beba, pero asegúrele a todo el mundo que lo hace. De esta forma evitará mucho del estrés que le anima a beber, evitará muchos sufrimientos, molestias y disgustos e incluso el escándalo. Evitará miradas llenas de desencanto y de siniestra expectación. Usted se ha currado duramente, señor Trabajador, su mérito de borracho y ahora será mejor para usted y para su debilitada salud no complicar en exceso su imagen pública. Ha cruzado nuestro umbral como un borracho, y para su propio confort psíquico y para la paz de sus más sinceros amigos saldrá de aquí, en apariencia, como el mismo borracho, pero de hecho no será más que un beodo disfraz. Usted no beba, pero afirme directamente o dé a entender con sugerencias lo menos rebuscadas que bebe. Haga creer cuanto más tiempo mejor y con el mayor empeño que pueda que bebe, sobre todo porque de todas maneras tarde o temprano echará un trago.

Y las lágrimas en seguida se secaron en las mejillas cubiertas de cerdas blancas del Trabajador Socialista Más Destacado, y su corazón se sintió libre de un gran peso, y salió del despacho del doctor Granada con el rostro iluminado, y al salir, iluminó más aún su rostro sobre nosotros.

EL RÍO DE LA PAZ

No me molestaba la hipocresía de Colón el Descubridor, ni siquiera me molestaba ese tono categórico e insoportable en su autoridad, lo que me molestaba en extremo era el hecho de que algunos de sus argumentos fueran irrefutables.

—No existe ninguna filosofía del beber —repetía—, sino tan sólo la técnica del beber. Existe, en cambio —con un gesto maquinal de maestro de escuela levantaba el dedo—, existe la filosofía del malestar. En general, el sentido de la vida humana se puede reducir a los constantes esfuerzos por sentirse mejor, para este fin pueden servir, por ejemplo, la ideología, la religión, el avance de la tecnología, los bienes materiales, también puede servir el beber, más exactamente: la técnica del beber hábilmente dirigida. En otras palabras: en la vida se trata de corregir oportunamente el malestar con ayuda de una adecuada técnica del beber. Esto puede fallar. Cuando el malestar llega a tal extremo que ninguna técnica del beber puede ayudar o la técnica del beber sufre un relajamiento y en vez de sentirse uno mejor, se siente peor, sí, entonces sí que surgen problemas. Problemas que yo no tengo —añadía con insistencia, de nuevo se colocaba las gafas, cogía la traducción francesa del Nuevo Testamento y hacía como que estaba leyendo.

Fastidiosa, irrefutable y espantosamente tenía razón. Cuando las cosas (usar aquí la petulante expresión «técnica del beber» me cuesta cierto trabajo), cuando, pues, las cosas sufren relajamiento, de la corriente cada vez más oscura y profunda del río en cuya orilla buscas apaciguamiento, tarde o temprano empezarán a asomar unas manos cadavéricas.

Pero de momento las aguas se veían limpias, fluían como el aliento, salí de la unidad de alcohólicos, acababa de hacer en taxi un viaje de veinte minutos, acababa de tomar cuatro chupitos estabilizadores, tenía a mano una botella abierta, el claro río de la paz llevaba su imperceptible caudal, yo estaba en buena forma, la técnica del beber apoyaba mi bienestar firmemente, la paz, o al menos nada de histeria, nada de movimientos bruscos, nada de trincar directamente de la botella. Beborroteaba metódicamente del vaso, pero con tragos menudos, de veinticinco gramos exactamente medidos, e igual de metódicamente trabajaba. Llenaba la bañera de agua caliente, echaba una dosis excesiva de detergente Omo-Color, disponía la colada. La lavadora automática se había averiado todavía antes de la caída de los comunatas y antes del fracaso de mis dos matrimonios.

ALBERTA LULAJ

Aullaba, no oía mi propio aullido, pero parece que realmente aullaba, o al menos ellos dijeron que mi aullido era terrible, terrible. Daban vueltas por el piso, no eran muchos, aunque de todos modos no era capaz de contarlos. No era capaz ni de contar hasta tres. ¿De dónde saldrían? ¿Habrían descendido de las grandes páginas de la literatura? ¿Bajarían de *El proceso* o de *El regalo de Humboldt*? ¿Llegarían desde una escena de registro o arresto en el mundo representado de alguna novela? Levantaba los párpados leñosos y he de confesar que temía que lo que veía fuese sólo un sueño delirante lleno de citas clásicas, temía que aún durase la temporada de amorfos espectros literarios, pero uno de ellos se inclinó sobre mí, me acomodó la almohada, sentí el curtido olor de su cazadora, el olor a especias de su colonia, y se apoderó de mí tal horrible oleada de mono, que estaba dispuesto, en busca de alivio, a lamer toda la colonia de su cuerpo. Mezclándola con saliva, tal vez reuniese una gota, una gota nunca proporciona alivio, pero sí el ilusorio momento de espera del alivio, el miedo durante ese momento es un poco menor. Sentí los olores y me desprendí de los celos delirantes, la literatura se acabó definitivamente, en mi habitación indudablemente había alguien. Volví la cabeza, junto al colchón debía estar la botella con el infalible resto, o tal vez, con suerte, con varios infalibles restos. Un día, recuerdo, en un estado análogo volví la cabeza y vi una botella medio llena. Dios mío, eso fue como un aria de Mozart, fue como Leibniz escribiendo sobre la perfección de Dios, pero ahora no, ahora no había nada, ni siquiera una botella vacía en mi cabecera. Alargué la mano, o mejor dicho, mi trémula mano reptante empezó la búsqueda por sí misma, en vano palpaba terrenos lo más extensos posible, otra vez nada. El que me había acomodado la almohada se sentó en el borde del colchón y extrajo de su pecho una botella de Becherovka. La mera visión del célebre cristal verde —puedo decir— no es que exactamente me fortaleciera, sino que causó un aumento de mi atención, ahora lo veía bastante claro: a dos pasos había otra persona, y en el fondo del cuarto, en la butaca del rincón, estaba sentada una tercera. Lo subrayo una vez más: no eran alucinaciones (aunque después de cuarenta, o quizá ciento cuarenta días, tenía no sólo el derecho, sino la obligación de alucinar), no eran delirios. También ahora, cuando describo toda esta situación, quiero evitar a toda costa cualquier juego literario, ese tipo de efecto, por otro lado gastadísimo, en el que no se sabe si al narrador algo sólo le parece que pasa o si pasa de verdad. No. En mi habitación innegablemente había tres personas, aunque la tercera tenía algo de espectral, estaba envuelta en una vestimenta rara y, a pesar de todo, para mí indescifrable, su cabeza la cubría una capucha.

—Ahora te doy medio vaso de Becherovka —la voz que estaba oyendo era también claramente real, no tenía ningún tono de ambigüedad, ninguna ronquera de bandido ni ningún falsete diabólico; era la grave y agradable voz de un internista que inspira confianza. Lo real de este semibarítono aliviaba casi igual que la promesa por él anunciada. Así es, con obstinación de borracho lo repito una vez más: lo real de la situación me aliviaba, demasiado mortificado estaba ya por la incesante ficción.

—Ahora te doy medio vaso de Becherovka; según creo, a tan sublime maestro del arte del tragar como tú no tengo que recordarle que debe beber con cuidado y muy despacio, en caso contrario provocarás, como decían los antiguos polacos, un deshonoroso vómito, y eso sería, en primer lugar, una vergüenza irreparable delante de una dama, y en segundo lugar, una pérdida nefasta de una porción importante de la vivificadora sustancia.

Así es, no tenía que darme lecciones. Sabiendo que en pocos minutos me esperaba una sutil reconstitución de cuerpo y alma, me incorporé hasta sentarme y con sumo cuidado (no sin un matiz de adoración) cogí con las dos manos el vaso prometido, según la promesa, medio lleno, y comencé a mojar los labios, y comencé a rociar la garganta, y moderando la necesidad de salvación inmediata, accedía a una salvación gradual. Y despacio, despacio, el insoportable peso desaparecía de mi corazón, se esclarecían mis oscuros pensamientos y se despejaba mi alma.

—¿Mejor? —preguntó mi salvador, y yo, como un ágil aprendiz que al vuelo capta los preceptos de su maestro, contesté:

—Mejor.

Después de unos minutos, cuando me sentí lo suficientemente bien como para dejar por fin de abusar histéricamente del tono bíblico, les miré a todos con total lucidez e hice la pregunta más natural y completamente sobria del mundo:

—Señores, les ruego que me disculpen, pero ¿a qué se debe su visita? Además, ¿de dónde, por Dios Padre, han salido? ¿Cómo han entrado aquí?

—«Mejor» no quiere decir «bien» —dijo con un tono de cuerda preocupación el que parecía ser mi único interlocutor—. En primer lugar, no «señores», sino «señoras y señores». Es realmente muy raro que precisamente tú, que gozas de fama de supuesto experto en lo referente al bello sexo, no te percataras de la presencia entre nosotros de una chica. Alberta, revélale al señor tu feminidad.

El personaje más espectral de los tres se levantó del sillón sin pronunciar palabra y con lentos movimientos de experimentada bailarina de *streaptease* comenzó a desabrocharse los botones de la misteriosa vestimenta que, al observarla más atentamente y con detrimento de su misterio, resultaba ser una especie de ligero abrigo o grueso vestido con capucha; pronto tuve delante de mí, en una pose casi burlesca, a una hermosa, esbelta y alta mujer de pelo oscuro con vestido amarillo de tirantes.

—Alberta Lulaj, poeta —la presentó el que yo no sabía exactamente ya quién era. ¿El jefe de los intrusos? ¿El maestro de una ceremonia ignorada? ¿Mi benefactor? ¿O

quizás un malhechor proscrito?

—Estamos aquí por el asunto de ella, por el asunto de sus subestimados poemas. Y en cuanto a los demás detalles, primero, hemos entrado abriendo la puerta con la llave que en tu ebria despreocupación te habías dejado puesta, y segundo, somos unos viejos conocidos. Es decir, tú puedes no caer, tú puedes no recordar, pero yo sí caigo y recuerdo. Mi nombre es Cieslar, José, y en otros tiempos, al menos cuarenta años atrás, íbamos juntos a la escuela dominical. No tengo que añadir que al acabar la escuela dominical nuestros caminos se separaron. El señor se fue a una gran ciudad y se formó intelectualmente, yo me quedé en nuestra comarca y me ganaba la vida en actividades diversas, aunque la mayoría de las veces intelectualmente ayunas.

Habría sido bonito que en este punto en mi cabeza se hubiera abierto una portezuela completamente invadida por las oscuras malezas del olvido; si de pronto me hubiera acordado del rubito Pepito Cieslar, quien por nada del mundo era capaz de aprenderse de memoria ni el más corto salmo luterano, habría sido un episodio no sólo bonito, sino también clásico, pero yo —sinceramente— ni papa. Miraba al presunto Pepito Cieslar y en mi cerebro no se abría ninguna portezuela, no me acordaba y no lo reconocía, hasta tal punto que todo lo que decía me pareció de repente un evidente embuste al servicio de fines por el momento ocultos, pero criminales a todas luces. Por otro lado, ese trapacista, ese ladrón de biografías debía de saber mucho de mí, al parecer conocía hasta algunos pormenores de mi alma. Debía de saber, por ejemplo, que oír hablar de la escuela dominical, sin duda, me conmoviera, tal vez, incluso, rompería en una lloradera de borracho. Contuve, sin embargo, la conmoción, no me puse a berrear, no dejé que se me notara nada; él tampoco insistió en la provocación iniciada, no me miraba con expectación, con una inalterable objetividad seguía con las presentaciones.

—Y aquí el compañero —con un gesto casi elegante señaló al *gángster* que estaba de pie un poco más atrás—, aquí el compañero no te conoce personalmente, pero es tu admirador, ha leído un artículo tuyo en el periódico.

Mi supuesto admirador asintió con la cabeza y con embusteria celeridad confirmó:

—Así es, no soy una persona propensa al entusiasmo, pero en esa ocasión sí que me entusiasmé.

Decidí sondear más el asunto y un poco por astucia, un poco por vanidad, pregunté:

—Tengo una enorme curiosidad, por supuesto que estoy encantado, pero a la vez tengo una enorme curiosidad, ¿cuál de mis textos le causó tan excelente impresión?

El otro extendió las manos con el consabido gesto de impotencia y dijo con una sencillez igualmente consabida:

—No recuerdo de qué iba la cosa, pero sí que recuerdo que me desternillaba de risa.

Me encogí como fustigado por un látigo, el jefe de los intrusos me miró con compasión, la poeta Alberta Lulaj fingió estar muy absorbida por un tirante

demasiado suelto, o a lo mejor demasiado apretado. Por un momento reinó un silencio embarazoso. Y cuando pasó el momento del silencio embarazoso, otra vez sonó la amigable voz del comandante:

—No deja de asombrarme la magnitud de tu caída; si es que eso también deberías saberlo..., a los lectores no hay que examinarlos del conocimiento de los textos, hay que regocijarse con la mera existencia de los lectores, aunque sea de lo más vaga, y conformarse con ella. Bueno, no importa, volvamos, o mejor, vayamos por fin al grano. He aquí delante a la hermosa y prudente Alberta. No sólo ahora estará delante de ti, sino que durante las próximas horas, y si hace falta, durante los próximos días, se quedará contigo. El compañero y yo nos marcharemos literalmente en un minuto, además, como siempre, nos aguardan en la ciudad asuntos inaplazables. Nosotros salimos, Alberta se queda. Te dejo también la botella. Así es —repitió con énfasis el presunto José Cieslar—, te dejo también la botella. En otras palabras —levantó el dedo en un gesto significativo, profesoral y parecido, como dos gotas de agua, al de Colón el Descubridor—, en otras palabras, te quedas con la mujer y con la botella, considera que es como si alcanzaras el paraíso sin ningún mérito. Después, Alberta te ayudará a volver en ti, apaciguará tus nervios a flor de piel, te preparará un caldo nutritivo, te dará de beber un zumo rico en vitaminas, como último recurso, se bajará a la tienda por las dos últimas cervezas salvadoras. Y tú a cambio...

—¿A cambio qué? ¿A cambio qué? —le interrumpí, pasmado en parte con el exceso de maravillosos beneficios y al mismo tiempo aterrado, por otra, por la certeza interior de que en el presente estado nada, pero absolutamente nada sería capaz de hacer a cambio y que de ninguna manera podría pagar a mis sórdidos bienhechores.

—A eso voy, tú a cambio harás realmente poco. Escucharás los poemas de Alberta. No quiero, naturalmente, sugerir nada de antemano, pero en mi modesta opinión, Alberta no sólo escribe bellos poemas, sino que también los recita excelentemente, es como una especie de canto, y sólo escucharlo debería de apaciguarte. Tras escucharlos, realizarás un análisis perspicaz y una honesta evaluación y, acto seguido, aprovechando tus vastos contactos, le facilitarás a Alberta su publicación, preferiblemente en las columnas de *Tygodnik Powszechny*.

—Pero si yo ya hace tiempo que no escribo en *Tygodnik Powszechny* —dije, o más bien gañí en voz baja; gañí no porque de pronto hubiera sentido una nostalgia etílica de *Tygodnik*, gañí porque en el fondo del alma sabía que todas mis resistencias y objeciones eran aparentes, gañí porque sabía que accedería a cualquier cosa.

—No importa, sigues teniendo contactos allí. Además, no tiene que ser necesariamente *Tygodnik*, pueden ser otras columnas influyentes y formadoras de opinión. *Polityka* o *Gazeta Wyborcza*, pero lo mejor sería *Tygodnik*. ¿Sabes por qué?

—Sí, lo sé —rezongué con desgana.

—¿Lo sabes?

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé lo que debo saber —contesté con fatiga, porque en este caso realmente lo sabía.

—Si lo sabes, dilo —sin duda en su obstinación había algo de infantil. (¿Una huella imborrable de la escuela dominical?).

—Se trata de que *Tygodnik* lo lee el Papa.

—¡Excelente! ¡Bravo! ¡Bravo! —el rostro de mi presunto compañero de bíblicas enseñanzas de infancia se iluminó—. Veo que te subestimé. Te tenía por un flipado virtuoso de la palabra, pero tú, tío, eres astuto, ¿eh, zorrito? Te das cuenta de cómo sería eso, Juan Pablo II lee en *Tygodnik Powszechny* los poemas de Alberta Lulaj, el profundo sentido metafísico de esos poemas le causa al Santo Padre una fulminante impresión, envía a Alberta una solemne carta, o quizás, incluso, una especial bula papal, y el mundo, el mundo entero es nuestro. Entiendes, sólo nos interesa eso, la apuesta más fuerte. Así que *Tygodnik* sería lo mejor, pero si no puede ser, qué le vamos a hacer, podrá ser en otro sitio, al fin y al cabo es todo lo mismo, conoces a todo el mundo, con todos has bebido y cuando te repongas ya inventarás algo. A la chica hay que echarle una mano, escribe cosas fantásticas que no se publican por culpa de la inercia intelectual y personal dominante en el círculo, que tú muy bien conoces. Así es, a la mujer hay que ayudarle con la publicación, si se sintiera injustamente frustrada sería capaz de caer en el puterío. Los escucharás y entenderás que los poemas de Alberta deben salir a la luz. Vale, no hay más que hablar, al fin y al cabo eso podrías hacerlo por mí, en nombre de nuestra vieja amistad de la escuela dominical.

Se había delatado, definitivamente se había delatado: nadie que alguna vez hubiera ido a la escuela dominical habría dicho del Papa: el Santo Padre. Nunca dirá eso ningún evangélico, ni el más miserable. Estaba desenmascarado, pero como no sabía que estaba desenmascarado, procedía con vigor. Me quitó de la mano el vaso vacío y lo llevó a la cocina, y volvió, y puso en mi cabecera la botella de Becherovka empezada casi inapreciablemente. Después comenzó a hurgar en los bolsillos de su cazadora de cuero y al rato sacó una pequeña copa de grueso cristal envuelta en un trozo de periódico.

—Alberta te lo va a dosificar —dijo—, Alberta te lo va a dosificar y tú, despacio, con sorbos pequeños, vas a beber de esta copa de aquí. Hombre, reflexiona —en su voz se dejó oír el tono de una radical reprensión—, eres uno de los borrachos más grandes del mundo y, sin embargo, hace al menos diez años que no tienes una copa en la mano. ¿Cómo es posible eso? —me miró con una reflexión llena de severidad—. ¿Cómo es posible? —repitió, esta vez formulándose la pregunta a sí mismo y en seguida respondiéndose—: Al parecer mi pregunta es puramente retórica. Desde hace diez años no has tenido una copa en la mano porque desde hace diez años te soplas el vodka en vaso o a morro. La técnica del beber, como diría Colón el Descubridor, ha sufrido un total relajamiento. Hombre, reflexiona, haz uso de la copa y escucha los poemas. Con Dios.

Los dos *gángsters* me saludaron burlescamente a lo militar, se encaminaron hacia la puerta de entrada y un rato después la puerta de entrada se cerró tras ellos.

Miré a Alberta y ella sonrió dulcemente y dio el primer paso hacia mí.

—La he visto en el cajero —dije con voz floja—, me quedé mirándola y estaba seguro de que usted sería el último amor de mi vida.

—¿En el cajero? —Alberta levantó las cejas de una forma muy bonita—. Es muy posible, utilizo los cajeros bastante a menudo. Pero ¿cuándo fue eso?

—No sé, tal vez hace cuarenta, tal vez ciento cuarenta, o tal vez tan sólo unos días. El caso es que era una increíble tarde de julio.

Alberta se acercó y se inclinó sobre mí, y advertí el contorno de los pechos más bellos —me embalé y en un primer momento quise pensar—, los pechos más bellos de todo el Pacto de Varsovia, pero la forma del mundo había cambiado y ahora veía el contorno de los pechos más bellos de la OTAN o de los pechos más bellos de la Unión Europea, o el contorno de los pechos más bellos de los países candidatos a la Unión Europea. Alberta se inclinó sobre mí, puso la mano en mi frente y dijo casi susurrando:

—Imposible que hayas estado fuera tanto tiempo. Si estamos en invierno, está nevando, vienen heladas, se acerca la Navidad.

TODAS LAS LAVADORAS DEL MUNDO

La idea indefinidamente aplazada de reparar la vieja lavadora o de comprar una nueva murió al final por sí misma, y diría que sin relación con mis debilidades. Me he bebido en toda mi vida un montón de dinero, he gastado una fortuna en vodka, pero la vil aventura de beberme la suma destinada a la reparación de la lavadora no me ha ocurrido nunca. Lo confieso no con orgullo, sino con humillación en el alma. Puesto que la circunstancia de no haberme bebido la suma destinada a la reparación de la lavadora se debe al hecho de que yo no he destinado nunca ninguna suma a la reparación de la lavadora. Antes de que pudiera destinar una suma determinada a la reparación de la lavadora, me la bebía junto con otras sumas aún no destinadas a nada. Me bebía el dinero antes de poderlo destinar a cualquier otro fin, ergo, puedo decir, aparentemente contradiciéndome a mí mismo (pero sólo aparentemente, porque allí había un cuantificador pequeño, y aquí uno grande), puedo decir, pues, que efectivamente me he bebido el dinero para la reparación de la lavadora, me he bebido el dinero para una serie de reparaciones, me he bebido el dinero para todas las eventuales reparaciones de la lavadora, ¿qué digo? ¿Reparaciones? Me he bebido el dinero para la compra de una lavadora nueva, me he bebido una serie de lavadoras nuevas, me he bebido mil lavadoras nuevas, me he bebido mil millones de nuevas lavadoras automáticas, me he bebido mil millones de lavadoras de última generación, me he bebido todas las lavadoras del mundo.

¿Cómo es el alma de un hombre que sabe que se ha bebido todas las lavadoras del mundo? Respondo: su alma es alada y su pensamiento gira como el tambor en la última fase del centrifugado. Cuando sientes en tu corazón el peso de mil millones de lavadoras bebidas, es inaguantable. Pero cuando alzas la vista martirizada y ves cómo los bancos pajareros de lavadoras alinéas planean bajo los acuosos cielos a la semejanza de escuadras de helicópteros papales, comprendes que has recibido más que otros. Has recibido un don poco convencional, y si consigues sobrevivir, si antes no mueres, podrás comenzar la andadura en busca de todas las lavadoras perdidas e incluso —así es— en busca de todas las cosas perdidas.

Las puertas de lo terrenal pueden abrirse ante ti, mas entonces hay que extremar el cuidado, hay que mantener una especial atención, porque las puertas de lo terrenal pueden abrirse irreversiblemente. No, no se cerrarán de golpe a tus espaldas, pero si eres débil, si tu paso es vacilante y si te vence el sueño, no querrás, no sabrás volver. A veces, ya tras la centésima, y siendo más delicado, tras la décima lavadora bebida, uno pierde irreversiblemente la curiosidad y la voluntad para las cosas terrenales. Y es que la espiritualidad liberada totalmente de las ataduras de lo terrenal es pura

grafomanía. Beberse todas las lavadoras del mundo lleva inexorablemente a un total descuido de lo terrenal —en la escritura el descuido de lo terrenal lleva a la grafomanía, así pues, quien escribe y bebe está en una situación difícil—. Yo bebía y no descuidaba la escritura, y ahora, con un lagrimón borracho colgando del ojo, escribo sobre la lavadora descuidada por culpa de la bebida. Ay, si hubiera encontrado en mí ya no, siquiera, la curiosidad por su mecanismo terrenalmente averiado, sino al menos un momento libre, un momento de libre albedrío, naturalmente que hubiera encargado a quien hiciera falta la reparación de la lavadora. Pero yo no encontraba en mí ni de esto, ni de lo otro. Ni pan, ni nuestro, ni de cada día, ni amén. Mi primera mujer, con el tiempo, se acostumbró a la lavadora siempre por reparar y dejó de presionarme, y se marchó sin presionarme. Mi segunda mujer se marchó antes de poder acostumbrarse y antes de empezar a presionarme.

EXTRACTOS

Aún el jueves bebían. ¡Y cómo bebían! Y ahora gritaba de día y de noche, y se quedó ronco, ahora agonizaba.

YURI TINIANOV

Habiéndome fortalecido abundantemente, muy abundantemente, comencé a reunir todos mis bábulos en el tejado del cobertizo, el cual podía alcanzar con la mano; primero la cartera y a continuación las botellas una tras otra: vodka sajón de centeno, después cuatro botellas sin abrir del aguardiente de ciruela de Schwarzwald y otra empezada, todo esto colocado cuidadosamente al borde del tejado.

HANS FALLADA

Mata el tiempo, no le queda otra cosa. No le va a ayudar ahora ese cuarto de «bourbon» que a ciegas había arrojado al río.

ROBERT LOWELL

¿Tú tienes coñac? ¿Lo llevas a lo mejor para una viejecita enferma? ¿Lo guardas a lo mejor para la segunda venida de Jesús, nuestro Señor? Total, ¿cómo voy a saber yo, querido amigo, a qué fin está destinado tu coñac?

JOHN STEINBECK

¿Sabrá usted, sabrá usted, estimado señor, que hasta las medias de ella me las he gastado en bebida?

FIODOR DOSTOIEVSKI

¿Acaso no siento? Desde luego. Cuanto más bebo, más siento. Por eso precisamente bebo; en el licor busco corazón y compasión. No busco regocijo, sólo dolor... ¡Bebo porque quiero sufrir más vivamente!

FIODOR DOSTOIEVSKI

Los pecados que tienen lugar realmente, Dios ni los quiere ni los deja de querer, tan sólo los admite.

GOTTFRIED WILHELM LEIBNIZ

De manera que me pasé toda la noche bebiendo y vomitando alternadamente.

HANS FALLADA

Entra en la iglesia, los labios se le mueven en un sucedáneo de oración. Dentro hace fresco; en las paredes, las estaciones del *via crucis*. Parece que no mira nadie. Especialmente en la iglesia le gusta echar un trago.

MALCOLM LOWRY

Mas había también borrachines tales, a los que, aun sintiendo dentro de sí el exceso del licor, durábales la buena gana tras haber acabado la mesa; y no queriendo desistir, se iban detrás de la casa y, habiéndose allí causado el vómito voluntariamente, volvían a la compañía y de nuevo seguían bebiendo.

JĘDRZEJ KITOWICZ

¿No te parece que te podría hastiar un poco vivir con un borracho? Aún no has visto lo peor. Lo vuelco todo. Vomito todo el tiempo. Es un milagro que durante estos últimos días me sintiese tan bien. Eres como un antídoto que se mezcla con el alcohol y me mantiene en equilibrio, pero esto no va a durar eternamente.

JOHN O'BRIEN

Y juzgará a todos con justicia, y perdonará a los buenos y a los malos, a los soberbios y a los humildes... Y sólo cuando haya acabado con todos ellos, entonces nos hablará a nosotros también: «¡Venid vosotros también! —dirá—. ¡Venid los borrachines! ¡Venid los debiluchos! ¡Venid los avergonzados!». Y nosotros iremos todos sin vergüenza delante de Él. Y Él dirá: «¡Sois unos cerdos! A imagen y semejanza de las bestias, pero ¡venid vosotros también!».

FIODOR DOSTOIEVSKI

Sólo una mente de segunda clase no sabe elegir entre la literatura y la verdadera noche del alma.

ÉMILE MICHEL CIORAN

No puedo comprender, sin embargo, de qué manera conseguiría alguien extender el placer de beber más allá de la sed y crearse en la imaginación una especie de apetito artificial y contrario a la naturaleza.

MICHEL DE MONTAIGNE

Danos a todos, señor, a todos nosotros los borrachos, una muerte así de ligera y bella.

JOSEPH ROTH

—Creo que me apetece un trago.

—A casi todo el mundo le apetece, sólo que no lo sabe.

CHARLES BUKOWSKI

Estaba aterrorizado, bebía más que de costumbre. Trabajaba en mi primera novela. Sentado frente a la máquina de escribir, me tomaba cada

noche medio litro de *whisky* y doce cervezas. Hasta el amanecer fumaba puros baratos, aporreaba la máquina, bebía y escuchaba música clásica en la radio. Me propuse escribir diez páginas diarias, pero sólo al día siguiente podía comprobar cuánto había hecho. Por la mañana me levantaba, vomitaba y me dirigía a la habitación para ver cuántas hojas había en el sofá. Siempre sobrepasaba mi límite.

CHARLES BUKOWSKI

Y oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe...

APOCALIPSIS

Este temblor me mantiene entero.

THEODORE ROETHKE

Y vi a otro, al ángel fuerte, bajando de los cielos, ataviado con una nube...

APOCALIPSIS

Es la embriaguez la puerta de toda la injusticia.
De la discordia, el hurto, la injuria, la impudicia.
Y también de muchas otras: pues es este pecado
del demonio enviado.

CANCIÓN CONTRA LA EMBRIAGUEZ
(*en el cancionero de Heczka, n.º 443*)

¿Por qué no nos cantas esa borracha cancioncilla?

(*en el diccionario de Samuel B. Linde*)

Como biólogo, como pensador social que se ocupaba del poder y de la reestructuración del mundo, de la creación del orden universal, en todas

estas encarnaciones parecía tener una gran necesidad de copular.

SAUL BELLOW

Es raro lo del vodka, es un licor endiabladamente fuerte, un misterioso extracto de hierbas que tiene una particular relación con las estrellas.

HERMANN BROCH

Íbamos codo con codo por el bulevar Saint-Germain y delante del escaparate de la liga antialcohol, que exponía, como siempre, cerebros disecados, dije:

—Aquí, por supuesto, lo mejor es cruzar a la otra acera.

PHILIPPE SOUPAULT

Un hombre de verdad es aquel que desea la repetición.

SØREN KIERKEGAARD

Con dieciséis años y siendo aún estudiante, empecé a visitar con más regularidad cierta casa de citas agradablemente informal; habiendo probado las siete chicas, concentré mis sentimientos en la rolliza Polymnia, con quien bebía siempre litros de cerveza espumosa sentados a la mesa mojada del jardín: los jardines simplemente me encantan.

VLADIMIR NABOKOV

mi alma está entre leones...

SALMO 57

Conductos y tinas de Porter maravillosos. Pero las ratas caen dentro de ellas. Se hinchan de tanto beber hasta parecer perros, y flotan. Borrachas de Porter. Y beben, hasta que acaban vomitando como cristianos.

JAMES JOYCE

Mientras yo estaba sentado en el helicóptero, sobrevolando Manhattan, contemplando Nueva York, como si navegara en un bote con el fondo de cristal sobre un arrecife tropical, Humboldt probablemente estuviese hurgando entre sus botellas en busca de un poquito de zumo que mezclar con la ginebra matutina.

SAUL BELLOW

La vida es posible sólo como consecuencia de la discontinuidad.

ÉMILE MICHEL CIORAN

Señor Dios, me gustaban la mermelada de fresa y el oscuro dulzor del cuerpo femenino.

Y también el vodka helado.

CZESŁAW MIŁOSZ

Si no fuera por la idea del suicidio hace tiempo que me hubiera matado.

ÉMILE MICHEL CIORAN

Hablaban de mí los sentados en la puerta,
y fui canción de los que bebían licor fuerte.

SALMO 69

Tu camino llevaba por el mar,
y tus senderos por grandes aguas,
mas no estaban tus huellas.

SALMO 77

Y ahora pensad conmigo: ¿qué he de beber?

LOS POEMAS DE ALBERTA

Hermosos, hermosos como un sueño eran los poemas de Alberta. La luz, o tal vez la sombra, un rayo de luz, o tal vez la sombra de un niño, una enigmática y confusa alma fluía en estos poemas de un verso a otro. Nunca abandonaba el viejo hogar, y exaltaba con un soprano ronco todos los objetos y enseres que una vez estuvieron allí. Alberta recitaba un poema sobre la tetera de hojalata en la que antaño hervía el agua, recitaba un poema sobre el agua de antaño, sobre el mismo fogón, sobre la vela en la mesa de Nochebuena, recitaba un hermoso poema de amor, otro sobre el gorro de lana del muchacho que cada día pasaba por debajo de su ventana para ir al colegio.

¿Cuánto duró esto?, no lo sé, ¿cuánto tiempo estuvo Alberta recitando poesías?, en realidad no lo sé; lo más seguro es que recitase más corto que largo, y lo más seguro es que yo, durante el recital, no echase, más corta o más larga, ninguna cabezadita llena de admiración. El caso es que recitaba los poemas de pie en el centro de la habitación como si estuviera en el centro de un escenario, todo indicaba entonces, y todo indica ahora, que eso debería haberme hecho un montón de gracia, pero eso no sólo no me hacía gracia, eso potenciaba la conmoción. Escuchaba los poemas de Alberta, parada en la moqueta como una estatua, y me parecía estar tumbado en una nube.

Después ella se sentó en el borde de la nube, que ahora era el atrayente borde del colchón, y puso su cálida mano en mi mano helada, y me hizo la pregunta que había oído ya miles de veces, me hizo la pregunta que miles de veces me habían hecho miles y miles de millones de personas, me hizo la pregunta que me habían hecho europeos, asiáticos, americanos, africanos, australianos y creo que incluso los esquimales, me hizo la pregunta que hasta ahora creo que sólo Dios no me ha hecho.

—¿Por qué bebes? —preguntó Alberta.

—Alberta —respondí con un nudo en la garganta—, si te hubiera conocido hace veinte años, no bebería ni gota.

—En primer lugar, hace veinte años yo tenía cuatro, y si realmente me hubieras conocido en ese momento, entonces sí que habrías empinado dos, o quizá cien veces más —contestó ella—. Por cierto, llámame Ala, lo prefiero. ¿Por qué bebes? —repitió.

—No lo sé —respondí—. No lo sé, o más bien conozco mil respuestas. Ninguna es verdad del todo y en cada una de ellas hay una gota de verdad. Pero tampoco se puede decir que juntas formen una gran y única verdad. Bebo porque bebo. Bebo porque me gusta. Bebo porque tengo miedo. Bebo porque estoy genéticamente condicionado. Todos mis antepasados bebieron. Bebieron mis bisabuelos y mis

abuelos, bebió mi padre, y bebió mi madre. No tengo hermanos ni hermanas, pero estoy seguro de que si estuvieran en el mundo, todos mis hermanos beberían y todas mis hermanas beberían también. Bebo porque me falta personalidad. Bebo porque no estoy bien de la cabeza. Bebo porque soy demasiado tranquilo y quiero animarme. Bebo porque soy nervioso y quiero calmar los nervios. Bebo porque estoy triste y quiero alegrar el alma. Bebo cuando estoy felizmente enamorado. Bebo porque en vano busco amor. Bebo porque soy demasiado normal y necesito un poco de locura. Bebo cuando algo me duele y quiero calmar el dolor. Bebo por añoranza de alguien. Y bebo por exceso de satisfacción cuando hay alguien conmigo. Bebo escuchando a Mozart y leyendo a Leibniz. Bebo a causa del éxtasis carnal, y bebo a causa del apetito sexual. Bebo cuando me bebo la primera copa y bebo cuando me bebo la última copa, entonces bebo tanto más, porque la última copa no la he bebido nunca.

—Escucha —dijo con visible impaciencia Ala-Alberta—, ¿y hay algún momento en que no bebas?

—Creo que no bebo cuando estoy tan terriblemente ebrio que no tengo fuerzas para beber, aunque, a decir verdad, siempre encuentro fuerzas para seguir bebiendo, o no bebo cuando duermo con el terrible sueño del borracho, aunque quién sabe, tal vez entonces beba también. Yo, parece que bebo tanto en el sueño como en la vigilia.

—A lo mejor simplemente debes someterte a un tratamiento. Los médicos seguramente te ayudarían, te ayudarían a encontrar la respuesta. A lo mejor deberías hablar con alguien que sepa más.

—Si yo hablo con los médicos..., el doctor Granada es para mí como un padre. He estado ingresado en la unidad de alcohólicos dieciocho veces, y escuché por qué causas bebían los hermanos en el vicio. Todos ellos bebían por los mismos, aunque a veces también por diferentes motivos. Bebían porque el padre era muy severo y bebían porque la madre era demasiado indulgente. Bebían porque bebía todo el mundo a su alrededor. Bebían porque venían de familias de borrachos y bebían porque venían de familias en las que desde generaciones nadie había mojado el pico. Bebían porque Polonia estaba bajo el yugo moscovita, y bebían de euforia después de la liberación. Bebían porque un polaco fue elegido Papa y bebían porque le dieron un Nobel a un polaco y bebían porque le dieron un Nobel a una polaca. Bebían a la salud de los retenidos, y bebiendo homenajeaban la memoria de los asesinados. Bebían cuando estaban solos y bebían cuando alguien aparecía a su lado. Bebían cuando Polonia ganaba, y bebían cuando Polonia perdía. Y el doctor Granada con una paciencia sobrehumana escuchaba todas estas respuestas, negaba con la cabeza y decía lo que yo he dicho al principio: bebéis porque bebéis.

—Entra en razón, despierta —a lo mejor Alberta hablaba en el sentido general, o a lo mejor en el particular; a lo mejor dentro del gran sueño en el que permanecía desde hacía años, me había tocado ahora una cabezadita adicional. Alberta suavemente sacudía mi hombro—. Despierta.

—¿Para qué despertarse, si en la vigilia se está aún peor? La vigilia no es más que

un gran motivo para beber.

—Si bebes en el sueño y en la vigilia, no sabes en realidad cómo es la vigilia.

—Oye, que si yo entonces, aquella tarde de julio, hubiese estado sobrio, no te habría visto, no habría pensado que eras hermosa y prudente, no se me habría ocurrido que serías el mayor amor de mi vida, no habría salido corriendo detrás de ti, no habría vivido una gran exaltación...

No podía seguir hablando, porque tenía un nudo en la garganta. Alberta, al ver que se me humedecían los ojos, que me asaltaba un fuerte sollozo, me sirvió un trago que, según ella, era generoso y, según yo, insuficiente. Pero no le exigí otro poco, que de todas formas hubiera sido mínimo, porque sabía que ella lo hacía por su propia bondad, por la obediencia hacia los *gángsters* que la habían traído aquí, pero también porque quería seguir hablando conmigo.

—Vale —dijo—, viviste una sublime exaltación, y además relacionada conmigo, cosa que es siempre agradable para una mujer, pero dime: ¿cómo acabó aquello? Dime, si lo recuerdas.

—Acabó en la unidad de alcohólicos —dije tras un momento de irremediable silencio.

—Exacto. En mi opinión, las sublimes exaltaciones que acaban en la unidad de alcohólicos no valen gran cosa. A decir verdad, no valen una mierda. Tienes que salir de eso.

—Ala, ¿tú sabes de qué hablan sin parar los alcohólicos en la unidad? ¿Sabes cuál es el tema principal de sus conversaciones fundamentales?

—Si acabas de decir que cuentan sin parar historias sobre la bebida, sobre los motivos para beber.

—Eso también, claro está que cuentan sin parar cómo bebían y por qué bebían, pero su primer tema es la salida. Ellos hablan de la salida. Pronuncian grandes tratados sobre el arte de salir. Sin parar le dan al palique con lo de salir. Preguntan sin parar: ¿Cuándo saldremos de aquí? ¿A ver cuándo nos sueltan? ¿A ver si uno saldrá de aquí? ¿Dentro de una semana, tal vez dos? ¿Tal vez mañana? Mañana no, porque es domingo y los domingos no dan altas. Pero el lunes seguro. El lunes seguro que salimos de aquí.

Alberta me miró con ese tipo de ternura con la que miran las mujeres al hombre, por naturaleza más tonto.

—Oye, pero si yo no hablo de salir del hospital, yo hablo de salir del vicio.

—Te diré algo, Ala: sólo los ingenuos piensan que salir y salir no es lo mismo. Los sabios y experimentados lo saben: salir es lo mismo que salir.

—Dirás los sabios y experimentados borrachos.

—Me tienta el decirte que no hay gente más sabia y experimentada que los sabios y experimentados borrachos, pero eso sería uno de los típicos aforismos étlicos, y yo últimamente rehúyo los aforismos étlicos. Sales del hospital, o sea, sales de la enfermedad, y vuelves al mundo que en sí no es otra cosa que una gran enfermedad.

Entonces, ¿qué?

La habitación estaba cada vez más oscura, por lo visto se hacía de noche, pero también podía estar acercándose la mañana, podía haber estado completamente oscura desde hacía tiempo, y sólo a mí podía parecerme que estaba empezando a oscurecer; no tenía la menor idea ni de qué hora sería, ni de qué parte del día, me daba vergüenza preguntar. Recordé la historia sobre el extravío en el tiempo del Trabajador Socialista Más Destacado, una de los centenares de parábolas borrachas sobre el extravío en el tiempo.

El Trabajador Socialista Más Destacado acudía a su lugar de trabajo en la planta metalúrgica de Sendzimir (antes de Lenin) a las seis de la mañana. El suceso que relataba, o sea, su gran borrachera, tuvo lugar en invierno, cuando —como es sabido— a las seis de la mañana y a las seis de la tarde está igual de oscuro. El Trabajador Socialista Más Destacado se despertó en medio de la oscuridad, eran las cinco y media. Con todo el dramatismo del borracho se dio cuenta de que apenas le daba tiempo de llegar al trabajo, por suerte todavía le quedaba algo de beber, se trincó una copa reparadora de camino a la parada, en la tienda, tomó todavía una cerveza. Esta tienda tan inesperadamente abierta a una hora tan temprana le extrañó un poco, siempre abrían a las siete, pero, caramba, hoy abierto antes de las seis... También después, en la parada, algo iba mal, la gente no era la misma de siempre, además, demasiado animada y numerosa para tratarse de una madrugada de invierno. Finalmente, una horrible sospecha creció en el corazón del Trabajador Socialista Más Destacado, pero le daba vergüenza preguntar a nadie, con la vista empezó a buscar en la multitud a algún miembro de su tribu, en lo que, por cierto, tardó muy poco. En el lugar exacto, justo en el bordillo de la acera, había un hombre que se tambaleaba convenientemente. Su tambaleo era muy conveniente, en realidad era ligero y apenas perceptible, este hombre, aunque se tambaleaba, con seguridad sabría aún qué momento del día era. El Trabajador Socialista Más Destacado se le acercó preguntándole:

—Oiga, amigo, son las seis, pero ¿las seis de la mañana o las seis de la tarde?

—Las seis del mediodía —contestó aquél, y cito esta historia por la belleza de la respuesta, y no por su desenlace, que está claro desde el principio.

En todo caso, en la habitación estaba oscuro, y creo que era más bien de noche. Alberta se levantó, encendió la lámpara de la mesa, y volvió junto a mí.

—Esto tampoco me parece especialmente sutil ni difícil de comprender. —No sabía de qué estaba hablando Alberta, había olvidado por completo de qué habíamos hablado hacía un rato, a la luz de la lámpara su vestido amarillo y sus hombros parecían adquirir un resplandor lunar.

—Esto tampoco me parece especialmente sutil ni difícil de comprender —repitió, como si supiera que yo necesitaba la repetición—, ellos, tus fatales compañeros de armas, gastan sin necesidad la saliva hablando de *salir* sin necesidad esperan febrilmente la salida, deberían quedarse allí quietecitos hasta que sanen del todo.

—Ala —contesté, con las mismas palabras del doctor Granada—, Ala, tienes la mentalidad de un crío. Ellos, ciertamente, no deberían gastar palabras hablando de la salida, ya que ellos, para empezar, no deberían salir de allí. No quiero decir con eso que la unidad de alcohólicos deba ser una especie de cadena perpetua, aunque por otro lado, es sabido que la vida en general es una cadena perpetua. Quiero decir simplemente que para los alcohólicos la unidad de alcohólicos es un buen sitio. Te diré confidencialmente, Ala, que más de una vez me ha parecido que podría vivir allí para siempre. Los compañeros de armas hilan historias del frente, se habla de aventuras grandes o pequeñas, pero siempre interesantes, las comidas son regulares y bastante nutritivas, la ausencia de radio, televisión y juegos de salón inspira una escolar pero estimulante conspiración, en principio reina allí una sofocante tristeza, la reflexión claramente domina sobre cualquier otra actividad, el ambiente ideal para un intelectual...

—Dios mío, pero qué enfermo estás, si es que no dices más que disparates, ¿estás en un permanente delirium o qué? ¿Y ese día, cuando me viste en el cajero, si es que, para empezar, me viste y si realmente era yo, corriste detrás de mí o sólo te lo ha parecido?

—¿Y ahora? —pregunté, mi voz de nuevo era temblorosa e insegura, como si aún no estuviera en mis venas el fortalecedor Becherovka—. ¿Ahora estás aquí? ¿Estás sentada a mi lado?

—Sí, ahora estoy aquí, sentada a tu lado y hablando contigo.

—Te quiero, Ala —dije—, te quiero, como jamás he querido a nadie.

—¿Sabes, cariño? —Ala me acarició la barbilla, y creo que, incluso, rozó mi mejilla cubierta con la barba de días de todo borracho—, ¿sabes, cariño?, yo sé que tienes una borrachera delirante, yo sé que tienes alucinaciones, yo sé que tienes la cabeza hecha un lío, pero aparte de eso, y también por pura curiosidad, pregunto: ¿a cuántas mujeres ya se lo has dicho? ¿Cuántas veces, hijo de puta, has repetido este famoso «te quiero más que a mi vida»?

—Sólo a ti te lo digo, quiero decir, sólo a ti de una manera tan auténtica e intensa. A lo mejor me ha ocurrido pronunciar unas frases similares o incluso idénticas, pero aquello fue un cinismo retórico. Como cualquier macho ansioso de copulación, simulaba el amor.

—¿Ellas te creían? ¿A ti alguien te creería? ¿Quiénes eran? ¿Qué clase de pardillas incurables? ¿Es que sólo trataste a pervertidas con una irresistible atracción por el estupendo olor a Zoladkowa Gorzka mal digerido o qué?

—¿Quieres que hable con sinceridad?

—Sí, con sinceridad.

—Pero ten en cuenta que, si hablo con sinceridad, puedes tomarme manía... Tal vez, incluso, sientas repulsión hacia mi físico —añadí jocosamente.

—Me da la impresión de que de momento no siento una especial fascinación por tu persona, que tiembla como un azogado. Me gustó, por supuesto, que pareciera que

mis poemas te infundían entusiasmo, pero de todos modos no estoy segura de que no fuera sólo la euforia de un borracho.

—Pregunto una vez más: ¿quieres que hable con sinceridad?

—Sí, con sinceridad.

—¿Con sinceridad?

—Yo no sólo no he visto en mi vida a un borracho igual de viciado que tú, tampoco he visto a un borracho igual de coñazo.

—Entonces, Ala-Alberta, escucha mi deshonrosamente sincera confesión: mis mujeres llevaban para mí celdas de desembriagamiento privadas. Yo trataba a mis mujeres como directoras de mis unidades privadas de desintoxicación. Yo, el borracho, tenía mi propia red de celdas de desembriagamiento, cuyas jefas eran mis consecutivas o simultáneas novias. En caso de necesidad, llamaba, iba, si no era capaz de ir, ellas venían y se llevaban mi cadáver a su casa, y lo sometían a un tierno tratamiento.

La Falaz Estrella de Cine llevaba mi celda de desembriagamiento privada, la Uruguay Futbolista siempre tenía preparada para mí una elegante unidad de reanimación, Juanona el Espanto de Tworki^[2] llevaba para mí otra institución parecida, Bárbara la Corredora de Bolsa siempre me esperaba con un seguro lecho, vitaminas, zumos, e incluso sueros, y la Mocosa Completamente Irresponsable también era jefa de mi empresa de desintoxicación privada, y muy seria; doy sólo los nombres más relevantes, ya que había también muchas fugaces auxiliares de urgencias.

Solía tener también ángeles de éstos que venían a donde estaba yo, o más bien, a donde estaba mi cadáver, que no se podía mover del sitio, y la habitación en la que ahora nos encontramos la convertían en una sala de cuidados intensivos. Por supuesto, estas infelices disponían de diferentes alcances en sus posibilidades. Desde el equipo más sofisticado, medicinas de última generación y medios económicos prácticamente infinitos, que estaban al alcance de Bárbara la Corredora de Bolsa, hasta la completa dispersión y la total falta de cualificación que caracterizaban a Juanita Catástrofe, aún no mencionada por mí en este contexto.

—¿Sabes qué te digo? —me interrumpió, al parecer a tiempo, Alberta—, me pregunto qué es más horrible: que no sepas vivir normalmente o que no sepas hablar de manera normal, si es que tienes la lengua inflada y la garganta tiesa por el vodka... Hablas un lenguaje ampuloso. ¿A qué vienen esos nombres? Habla de forma normal, empieza por fin a vivir como la gente normal.

—¿Quién, cuándo y dónde dijo —la virulencia apareció y empezó a crecer en mi voz—, quién, cuándo y dónde dijo, quién, cuándo y dónde escribió que yo fuera para la vida normal?

—¿Y para qué vida eres? ¿La anormal? ¿La excepcional? ¿La genial? ¿La enferma?

—Yo soy, Ala, para la vida excepcionalmente infeliz.

—Espabila y empieza a vivir de forma moderada, pero feliz.

—¿Moderada, pero feliz? Si es que eso en sí es una contradicción.

—Eso no es una contradicción, cuando lo entiendas, dejarás de beber.

—Alberta, Ala, Alberta Lulaj, tú, autora de versos conmovedores, al principio pensé que eras el amor más grande de mi vida, tanto mayor y tanto más trágico, pues desapareció del todo tras la esquina de Juan Pablo II y Pańska, después pensé que formabas parte de la banda de unos enigmáticos *gángsters*, después, que eras una aparición de otra esfera, después, durante nuestra conversación, pensé que eras mi persona más cercana en el mundo, y ahora veo que tú simplemente eres una loquera inquisidora, sí, tú eres una loquera-fiera, loquerita-zorrita...

Ella me estuvo mirando durante un largo rato con una tristeza sobrecogedora, y después dijo:

—No quiero y no consentiré que me ayudes en modo alguno en la publicación de mis poemas. Me las apañaré. Tengo la firme convicción interior de que me las apañaré. Y tú, pobrecito, ya sólo puedes beber.

Y Alberta me llenó el vaso, y yo inmediatamente me lo bebí todo de un solo trago, porque ya podía bebérmelo todo de un trago. Lo necesitaba. Estaba tan hueco y vacío, que ya no podía llenarme más que la nada infinita.

LAS COMADREJAS AZULES

Tras haber llenado la bañera con agua caliente, haber introducido en ella la colada y haber vertido una dosis excesiva de detergente Omo-Color, doblaba los periódicos. Estaban por todas partes y el desorden creado por ellos, aunque superficial, era ópticamente aplastante. Cuando durante una crisis de dipsomanía me aventuraba a por la siguiente botella, a por las siguientes dos o tres botellas, o a por la siguiente docena y media de latas de cerveza, siempre compraba de camino una considerable cantidad de periódicos. Borracho, o de resaca, y sobre todo con la resaca reprimida gracias a la primera dosis matutina, compraba muchos más periódicos que de ordinario. (A lo mejor debería decir que de extraordinario, porque de ordinario estaba extraordinariamente borracho, mientras que sereno estaba extraordinariamente pocas veces —de nuevo asoma los cuernos la tentadora bestia de la retórica beoda: beber, horror; escribir sobre la bebida, horror; beber, escribir y reprender a la bestia de la retórica beoda, horror, horror, horror—). Compraba todos los periódicos que salieran ese día, compraba la prensa amarilla con sus sórdidas ofertas, compraba semanales, revistas ilustradas, revistas de mujeres (sobre todo revistas dedicadas a la moda, al arte del maquillaje y a los candentes problemas del cuidado de la piel), compraba revistas literarias mensuales y trimestrales e incluso algunas revistas especializadas. Dependiendo del humor, escogía una publicación sobre caza, medicina o astronomía. Después, durante varias horas, hasta la siguiente pérdida de conocimiento, me quedaba tumbado en el sofá estudiando la prensa. Inolvidables momentos de homeostasis entre una pérdida de conocimiento y otra. Mi mente estaba receptiva, el pensamiento, ágil; lo leía todo de cabo a rabo. Leía noticias nacionales e internacionales, leía artículos introductorios y comentarios políticos. Estudiaba columnas financieras de las que se desprendía que Polonia era el tigre económico de la Europa del Este, hojeaba columnas de deportes de las que se desprendía que Polonia era capaz de ganar a cualquiera, me enfrascaba en la lectura de secciones religiosas de las que se desprendía que Polonia era capaz de salvar a todo el mundo. Con impotente insistencia observaba fotografías de bellas alumnas de secundaria, sus hombros extremadamente chupados despertaban en mí una confusa desazón, para aflojar al menos una pizca esa desazón, bebía una pizca, bebía un cortísimo trago.

Ahora... Ahora, o sea, ¿cuándo? ¿Después del primer medio litro estabilizador o después del enfervorizador segundo medio litro? ¿Ahora? ¿Después de haberte engañosamente desembriagado? ¿Ahora? ¿Después de que te den el alta? ¿Después de que te den la baja? ¿Después de que te den? Ahora, después de tres, o quizá seis semanas, después de cuarenta, o quizá ciento cuarenta días.

Ahora, después de la vuelta de la unidad de alcohólicos, no recordaba ni uno de los artículos leídos en los momentos de homeostasis (entre una pérdida de conocimiento y otra); a veces me resultaba borrosamente familiar la expresiva portada de alguna revista, la fotografía de alguna cautivadora anoréxica con vestido de Denim, como si la hubiera visto en sueños o en una vida anterior.

Montones de periódicos amarillentos, cubiertos de polvo arenoso, se alzaban por todas partes, los doblaba metódicamente, con solicitud formaba paquetes de dimensiones adecuadas que después bajaba al contenedor. Podría decir que eliminaba las huellas de los excesos etílicos, que simplemente limpiaba el piso, que retiraba todo lo que pudiera recordar la humillación borracha; tachaba y borraba de la memoria, ya suficientemente ilegible, todo lo que podía. Podría decirlo, pero no sería la verdad, en el lenguaje borracho hasta la expresión más sencilla, como por ejemplo «limpiar el piso», también puede llegar a ser una ampulosa y falsa retórica. Limpiaba el piso, pero no estaba seguro de qué era lo que estaba haciendo, no estaba seguro de dónde estaba, no estaba seguro de qué había pasado en esta casa mía, o quizá no mía.

Después de seis semanas volvía de la unidad de alcohólicos, iba en taxi, entraba y salía de la taberna Casa del Ángel Fuerte, entraba y salía de la tienda, subía en el ascensor, y durante un buen rato me quedaba, pasmado, en el umbral. ¿Quién estuvo aquí mientras yo no estaba? ¿Quién se hospedó durante la ausencia del anfitrión? ¿Quién en un espantoso tormento se estuvo revolviendo sobre mis sábanas? ¿Quién sudó con un sudor pardo como la orina? ¿Quién dejó la sábana negra? ¿Quién leyó aquí *La montaña mágica* y llegó a la página veintisiete, porque por esta página está abierta sobre la alfombra? ¿Qué ratas manchadas y qué comadreas azules debieron de poner aquí sus nidos? ¿Quién leyó periódicos? ¿Quién fumó cigarrillos y dejó por todas partes un montón de colillas? ¿Quién durmió en el sillón? ¿Quién tiró al suelo las toallas en el cuarto de baño? ¿Quién dejó en la entrada un pañuelo de leopardo? ¿Qué personajes, qué fantasmas merodearon por aquí? Sí, las ratas y comadreas debieron de poner aquí sus nidos y durante las cazas y luchas nocturnas lo destruyeron todo y todo lo esparcieron por los rincones.

¿Y de dónde el sofocante ambiente de lujuria, de dónde la loción corporal, de dónde el pelo en la almohada, de dónde tantos objetos cambiados de sitio por una mano femenina? Más de una vez, mientras yacía en las mojadas sábanas se me antojaba que por las habitaciones avanzaban sombras; las sombras de famélicas alumnas de secundaria, las sombras de mis ex mujeres se inclinaban sobre mí; mocosas seducidas abrían las ventanas, las novicias preparaban en la cocina nutritivas sopas, las siervas de Dios me sostenían la frente y con amables palabras me asistían en la piadosa labor de potar. Fotógrafas bellas como un sueño me sacaban fotos, enérgicas periodistas me realizaban entrevistas inquisidoras, era entre ellas donde debería encontrar el amor antes de morir, yo extendía los brazos y daba con la oscuridad. Alguien caminaba por la habitación, alguien yacía en mi cama y aullaba, aullaba con voz muerta.

Yo me acercaba la botella a la boca no mía, el vodka al principio no quería fluir y después fluía, fluía con un chorro azufroso, ardiente, a través de la boca reseca, a través de la garganta. Se agitaba entre el incendio, susurraba como un riachuelo que de repente crece tras las lluvias de San Juan; la transparente lámina era como un bisturí, fluía a través de las entrañas y cortaba las entrañas, el chorro de lava llameante atravesaba el desolado país, buscaba el lugar secreto, buscaba la bahía de la santa paz.

En algún lugar de mis entrañas, entre el diafragma, el corazón y los pulmones, entre el sistema respiratorio y el circulatorio, entre los pulmones y la columna vertebral, había un chakra negativo, un hueco anatómico, un agujero intramuscular, o quizás intraóseo, con forma de huso y volumen de medio litro. Yo era como un pesado armario de Kalwaria con un estante secreto vacío, cogía una llave plateada como un tapón, abría en mí mismo una oscura puertecita y colocaba debajo de mi corazón de madera medio litro de Zoladkowa Gorzka, y mi corazón empezaba a bombear sangre, y mis pulmones se llenaban de aire. Llegaba el alba, de la bahía de la paz se alejaban las oscuras nieblas, era ligero como una nubecilla y feliz como un convaleciente, tomaba otro trago bien medido, apoyaba el codo en la almohada y me quedaba mirando relajadamente al techo. Y mi mirada atravesaba el techo, y mi mirada atravesaba todas las bóvedas y todos los techos por encima de mi techo, y atravesaba el aire oscuro sobre Cracovia y sobre Varsovia, y atravesaba las nubes bajas y las nubes altas, y pasaba por el cielo celeste, por el cielo azul marino, y alcanzaba las esferas negras, y en el cielo negro como un negro Smirnoff o como un negro Johnny Walker, veía las constelaciones. Otra vez veía el cometa encima del monte Czantoria, y otra vez veía la constelación del Ángel Fuerte.

Padre mío celestial y padre mío borracho, y padre borracho de mi borracho padre, y todos mis borrachos tatarabuelos, y todos mis borrachos antepasados, así como todos los fatalistas no emparentados conmigo, los que habéis visto y sabéis dónde está la constelación del Ángel Fuerte, todos los que habéis nacido y muerto en su resplandor dorado-azul marino: ¡os saludo!

Estabais a mi lado, apenas os manteníais en pie, pero fieles a vuestra misión magistral y parental, estabais a mi lado; estaba a mi lado la abuela María, propietaria del matadero, estaba a mi lado el abuelo Jerzy, director de Correos, y estaba a mi lado el abuelo Kubica, un gran administrador, y mi padre, un jovencito soldado de la Wehrmacht, y mi madre, una estudiante de farmacia, y estaba a mi lado el doctor Swobodziczka. Todos estabais conmigo, y con manos temblorosas y dedos vacilantes me mostrabais las constelaciones y estrellas: la Estrella Polar, la Osa Mayor y Ursa Maior, y la Cabellera de Berenice, y Andrómeda, y las Pléyades, y un rastro de la Vía Láctea. El río balbuceaba, murmuraban los árboles, las montañas inamovibles ante vuestras palabras y respiraciones seguían como antes, y por encima de todo esto, a lo

largo y ancho de todo, estaba la constelación del Ángel Fuerte. En la oscuridad veía bien todas las estrellas que la delimitaban: siete estrellas señalaban su silueta vacilante, tres la cabeza flexionada, cuatro el sombrero deslizado hacia atrás, cinco estrellas brillantes dibujaban el brazo levantado, nueve delimitaban las alas y diez, llameantes como el vodka de naranja, formaban la botella tocando la boca sedienta y marcada con una estrella muy oscura. Debajo de sus pies: Centauro, la Serpiente Acuática y Libra; a la diestra: Leo, el Boyero y Virgo; a la siniestra: el Laúd; encima de él: la oscuridad.

CANCIÓN NAVIDEÑA

Estábamos sentados a la mesa, entremezclados con los suicidas, y las enfermeras no nos quitaban el ojo de encima. Simón Todo Bondad contaba por centésima vez su alucinación del año pasado, en la que en un trineo volador viajaba el arcángel Gabriel o quizás el mismísimo Dios. Los manteles de papel crujían como almidonados, ardían las velas, los suicidas estaban bellos y pensativos, pero a la cena de Navidad llegaban con las manos vacías, Dios mío, nos acordábamos de eso. Estábamos sentados a la mesa: Don Juan Ziobro, Fanny Kapelmeister, la Reina de Kent, Simón Todo Bondad, Colón el Descubridor, yo y el resto de los personajes un poco menos nítidos, o sea, el Terrorista Más Buscado del Mundo, el desdeñoso Rey del Azúcar, el anciano Trabajador Socialista Más Destacado y los suicidas. Las enfermeras no nos quitaban el ojo de encima, y como todas estaban ya con un buen puntillo de Nochebuena, nos escudriñaban aplicadamente, se nos quedaban mirando con el conocido aumento de atención del borracho.

Antes, en los tiempos de la antigua Polonia, antes de la caída del muro de Berlín, cuando no se separaba a los alcohólicos de los esquizofrénicos y los suicidas —hace tiempo, cuando yo resucitaba aquí por primera o tercera vez—, ¡la que se armaba cuando uno de los suicidas desaparecía sin dejar rastro, cuando se perdía en esos laberintos contruidos ya en los tiempos del emperador Francisco José! —o del zar Nicolás—. Enfermeras, enfermeros, doctores, celadores, limpiadoras, conductores de ambulancias, todos lo buscaban, ¡hasta las cocineras subían al desván por las escaleras de madera! Naturalmente, lo más probable era que estuviera colgando de la viga del techo o desangrándose en el cuartillo de detrás del tendedero, las venas abiertas con un trozo de cristal. Pero eso no ocurría nunca. El suicida extraviado no tardaba en aparecer, la mayoría de las veces permanecía inmóvil junto a la ventana más alejada, al fondo del pasillo; a través del intacto cristal semitransparente miraba los campos nevados, las paredes de ladrillo del cuartel austríaco —o ruso—, el humo oceánico que salía de los pijamas de los dementes —o de los hornos de la planta metalúrgica de Lenin—. Desde entonces siempre me han caído bien los suicidas, me han caído bien por la gravedad con la que observaban la hierba, un fragmento de muro, una nube azul marino.

A la cena de Navidad llegaban con las manos vacías, en pijama, en bata, uno de cada dos llevaba las muñecas vendadas. Las enfermeras de la unidad de suicidas que los traían eran bellas, morenas y endiabladamente nerviosas, por lo visto creían que sin moverse de su lado les sería más fácil impedir que el fragmento del muro, de la hierba o del cielo desapareciera de sus cabezas —típica, digámoslo claramente,

ilusión de juventud.

Llegaban con las manos vacías, pero nosotros estábamos preparados para recibirles. Juntábamos en una sola mesa todas las mesas de la sala de estar; si no hubieran tenido tableros de laminado inquebrantables como el granito, se habrían combado bajo el peso del alimento. Antes de nada, sopa de remolacha con patatas, después bacalao empanado, después sopas chinas de sabores variados, quesos diversos, puede que hasta seis tipos de queso, pepinillos en vinagre, palitos salados en cualquier cantidad, patatas fritas, cuatro latas de sardinetas, dos tarros de filetes de arenque enrollados, naranjas, mandarinas, manzanas, bollos, tortas y una caja de bombones. Cada uno lo que tuviera, lo que le hubieran traído, lo que se pudiera comprar en el quiosco de la planta baja. El doctor Granada, ya a mediodía, había compartido con nosotros pan de ángel, a cada uno le había deseado salud y todo lo mejor, después se había echado a los hombros el eterno abrigo de borrego, había subido al Ford Sierra y había partido hacia algunas totalmente prescindibles, inseguras y, desde nuestro punto de vista, puede que hasta inexistentes partes del mundo. Salud y todo lo mejor, repetíamos ahora con una seriedad infantil, los suicidas ni siquiera salud y todo lo mejor eran capaces de pronunciar, devolvían el apretón de manos de la forma más delicada del mundo, la imperceptible sombra de una sonrisa cruzaba sus románticos rostros. Comíamos en silencio, la cena prescindía de complicadas peroratas y vivos diálogos. Tan sólo el Rey del Azúcar, vestido con un llamativo chándal esmeralda, mostraba, como de costumbre, una lamentable despreocupación, aplastaba encima del plato el tercer sobre consecutivo de sopa china y con cierta infame habilidad vertía agua hirviendo de un cazo enorme como una mesita de noche sobre los elementos secos.

—La sopa es fundamental —decía el Rey del Azúcar—. La sopa es básica. Una sopa bien preparada es un asunto absolutamente esencial. La sopa hace el hogar, se podría decir. En nuestra casa, compañeros, de cena de Navidad, se servían cuatro clases de sopa. Así es —repitió triunfalmente—, cuatro clases de sopa: sopa de remolacha clara, sopa de remolacha con raviolis, sopa de setas y sopa de centeno fermentado. Aparte, por supuesto, carpa, lucio en gelatina, guiso de col con carne, trigo con pasas...

Nuestras cabezas y nuestros cuerpos enteros se inclinaban cada vez más abajo, la cenicienta cabellera de la Reina de Kent rozó el mantel de papel, Colón el Descubridor extrajo la traducción francesa del Nuevo Testamento enfundada en su pecho y comenzó a hojearla, otras dos enfermeras salieron, otras dos volvieron del cuarto de guardia; como si les devorara una insondable necesidad de constante paseo, deambulaban sin parar nuestros ángeles para acá y para allá, cada vez más encantados, tan sólo los suicidas permanecían inmóviles y derechos, a semejanza de un equipo olímpico concentrado para la salida.

—¡Qué falta de ingenio! —gimió el Terrorista Más Buscado del Mundo.

Pronunciar monólogos inoportunos era en cierto modo la especialidad del Rey del

Azúcar; quien fue en la reserva un pudiente empresario, en cualquier situación sabía decir algo inadecuado y, por si fuera poco, inconsciente de su propia desdicha, avanzaba y desarrollaba tesis arriesgadas, y cuando al fin se moderaba y comprendía la escala de sus meteduras de pata, llegaba lo peor: avergonzado, el obeso sesentón en chándal esmeralda rompía en un terrible llanto; a menudo no había manera de apaciguarlo durante un buen rato. Esta vez el llanto llegó pronto. El monólogo inoportuno ni siquiera había adquirido la plenitud de la inoportunidad, cuando los hombros envueltos en esmeralda se estremecieron. El Rey del Azúcar tosió, gruñó como un verraco, alguien de fuera de este mundo podría haber pensado que se había atragantado, pero no: aquello era un espasmo lleno de sentimiento trágico, en el tercer plato de sopa china goteaban las primeras lágrimas.

—¡Qué falta de ingenio! —repitió el Terrorista Más Buscado del Mundo, el desagrado burlón de su voz estaba teñido de una singular admiración.

—Nada de falta de ingenio —el Trabajador Socialista Más Destacado acudía el primero con el consuelo y daba a las embarazosas dialécticas del Rey del Azúcar un apoyo más o menos ficticio—, nada de falta de ingenio, simplemente un saber concreto. Saber y experiencia, yo, por poner un ejemplo —el Trabajador Socialista Más Destacado hábilmente simulaba que el ánimo y la satisfacción invadían todo su ser—, yo, por poner un ejemplo, cuantas veces empezaba a beber, tantas veces antes me preparaba una gran olla de sopa, preferiblemente sopa de col...

—Miente, miente por el bien de otra persona —esta vez en la voz del Terrorista Más Buscado del Mundo se oía una perezosa pero incommovible protesta—, usted mismo es una buena persona y por eso miente, sin embargo, miente usted en sentido universal. O se comienza a beber, o se guisa una sopa. O una cosa o la otra, como decía el filósofo.

—Yo tenía la intención de beber, ¿sí o no? —como a menudo les ocurre a los buenazos, el Trabajador Socialista Más Destacado fue sacudido por una repentina furia—. La necesidad de beber crecía en mí inexorablemente, ¿sí o no? Antes de que esa necesidad creciera en mí hasta el límite de lo irresistible, preparaba la sopa, ¿sí o no? Puede que no siempre ocurriera eso, pero ocurría con la suficiente frecuencia como para que conociera qué gran alivio supone ¡un sorbo de sopa, incluso fría! Porque el hambre llega raramente y dura poco, algunas veces uno ni siquiera sabe que tiene hambre, no sabe, por poner un ejemplo, que se despierta por la noche, que se levanta, va, abre el frigorífico; algunas veces uno ni siquiera sabe que se empina la olla, muchas cosas no sabe uno, pero el sorbo del caldo helado atravesando nutritivamente la garganta siempre es perceptible. También después —al Trabajador Socialista más Destacado con una viveza neurótica le volvió el buen humor—, también después, cuando uno vuelve en sí, la sopa es igual de imprescindible. A mí, por poner un ejemplo, en el proceso de volver en sí, lo que más me gusta es la fase de suplir la carencia de sales minerales. ¿Y qué es lo que mejor suple la carencia de sales minerales?

Sonó la música, Don Juan Ziobro extrajo del bolsillo la armónica y comenzó a tocar la melodía de *Jesús pequeñín*. El Trabajador Socialista Más Destacado habló todavía bastante; con voz cada vez más baja, al compás del villancico, pronunciaba el elogio de los caldos nutritivos de sales minerales. La quejosa melodía más la juiciosa parla era un dueto inconcebible, si yo hubiera inventado esta escena, sabría cómo describirla, pero estuve allí, lo vi, lo oí y me siento impotente. La sencilla música atravesaba la sala de estar, el cuarto de guardia y todas las habitaciones de la unidad de alcohólicos; por nuestras agujereadas cabezas pasaban versos sueltos. Don Juan Ziobro (en la reserva peluquero y además músico, como solía decir de sí mismo) tocaba villancico tras villancico, pero nosotros, cerebros arrasados, no sabíamos cantar, ¡oh! *Jesús pequeñín*, ni una, ni una entera primera estrofa. «Dios ha nacido, el poder se estremera», tocaba Don Juan Ziobro, «el fuego se hiela, el esplendor oscurece», más..., ni una palabra. Tal vez con este villancico, o tal vez con el de *Reyes del mundo, monarcas, ¿adónde os dirigís tan prestos?*, o tal vez con el de *En el día de Navidad toda criatura siente felicidad*, Simón Todo Bondad se puso a contar por centésima primera vez su alucinación del año pasado. Fue simplemente así, no me remito a la memoria agujereada, sino al cuaderno de cien hojas a rayas en que al día siguiente, el día de Navidad (aterrorizado por mi propio estado, por no acordarme de los villancicos más famosos, ni de nada), comencé a anotarlo todo, literalmente todo. Anoté entero el relato navideño de Simón, aunque no anoté exactamente durante qué villancico empezó a relatarlo (al fin y al cabo no tiene gran importancia, y no lo anoté porque ya al día siguiente no me acordaba), anoté, en cambio, como de un juego infantil sacada, la superposición de las voces: antes de que el primero acabara de hablar, el segundo empezó a tocar, antes de que el segundo acabara de tocar, el tercero empezó a relatar.

La Nochebuena del año pasado Simón Todo Bondad despertó de un sueño inesperadamente muy profundo, desde hacía años no dormía con un sueño profundo, el deseo de un sueño profundo es un deseo imposible en todo borracho.

—A mí personalmente me parece —decía Simón, y se enmarañaba el claro y lacio pelo, y pasaba por nosotros la vista eternamente asombrada de sus ojos vidrioazules—, a mí personalmente me parece que el alcoholismo se deja explicar por el insomnio, que es una función del insomnio. Porque más de uno se mamará mortalmente, más de uno como todos nosotros en los mejores tiempos, o de manera aún más considerable, se mamará, ¿y qué?

Y nada. Duerme. Duerme con el sueño de los justos borrachos, duerme doce, veinticuatro horas, duerme un día, dos. Tres días y tres noches duerme como un tronco y, mientras duerme, quema todo el mal de la borrachera. Y aquí uno sin sueño, y aquí uno insomne, habiéndose mamado como el diablo manda, no duerme nada o, lo que es peor, despierta después de dos o tres horas de un sueño sin reglas, sueño inconsciente, aunque superficial, sueño paradójico. Despiertas después de dos o tres horas y no estás sereno ni borracho, no te puedes levantar, pero tampoco puedes estar

tumbado, no cogerás con las manos temblorosas ninguna novela decimonónica para apaciguarte con la armónica lectura, no puedes leer, te deslumbra la luz y tienes miedo a la oscuridad, nada, la nada está a tu alrededor, es como si estuvieras dentro de la cáscara de la nada arremolinándose, en ningún lado ayuda, en ningún lado salvación, tan sólo tu mano, como un reptil infame, como un perverso anfibio, arrastrándose busca la botella, cautelosamente, cautelosamente puesta en la cabecera, y levantas la botella, y bebes con desesperación en el corazón porque sabes que ahora ya sólo cosas malas te estarán llegando. Y bebes en la nulidad, en la oscuridad, en la soledad, bebes para un pasajero y falso alivio, porque de todas las peores cosas la menos peor te parece otra hora de sueño sin reglas.

Así pues, cuando Simón Todo Bondad despertó de un sueño inesperadamente profundo, estaba asombrado por lo que le había pasado, a estas horas, en este estado, ¿de dónde tan profundo y tan pacífico sueño? Se levantó, se acercó a la ventana y abrió la ventana, era una helada Nochebuena, cerca del amanecer. El cielo estaba compuesto de miles de millones de botellas igualmente dispuestas, miles de millones de chorros de vodka escandinavo puro se vertían de miles de millones de abiertas y a la vez eternamente llenas botellas, una capa de alcohol de un centímetro lo cubría todo: la luna, las estrellas, la nieve; el cosmos olía a vodka escandinavo puro. El cristal tintineaba bajito, luego hubo un trineo volando como una aeronave, en el trineo estaba sentado Dios en chándal dorado.

—¿Por qué soy infeliz? —preguntó Simón.

—Así salió —respondió Dios—, así salió en las cuentas. Si no bebieras, serías más feliz, pero entenderías poco.

—No quiero entender. Quiero que no me tiemblen las manos y que el corazón no me dé brincos.

—En principio, es demasiado tarde —Dios se deslizó hacia atrás la gorra de béisbol dorada—, pero si quisieras, podrías. Cuestión del libre albedrío —Dios carraspeó—, cuestión del libre albedrío que ha sido descrita multilateralmente, mis exégetas me conocen mejor, en lo cual, por otro lado, no hay ninguna irregularidad, los exégetas han de saberlo todo. Yo lo sé todo, aunque todo no lo sé; no sé nada, por ejemplo, de mi subconsciente, lo que prueba claramente que lo tengo. ¿Tiene Dios subconsciente? Lo tiene. Lo tiene porque no tiene de él ni la menor idea, si tuviera alguna idea, no sería subconsciente... —Dios se interrumpió y se ensombreció visiblemente, llenos de amargura hubieron de estar sus pensamientos—. A cada paso, a cada paso esas paradojas agotadoras... Pero las cosas son sencillas, hasta la cuestión del libre albedrío es sencilla —Dios miró a Simón—. No tienes que estudiarlo, leer no es necesario. Aunque —Dios calló un instante—, aunque a Agustín podrías leerlo en alguna resaca más ligera... Básicamente ya es demasiado tarde, pero si quisieras, podrías. El esfuerzo es mucho menor de lo que te parece, la cosa está en que hay que asumir ese pequeño esfuerzo concienzudamente y realizarlo hasta el final. Cuando te sacude y cuando te dices «tengo que beber algo», piensa que no

tienes que hacerlo, dite a ti mismo que no tienes que hacerlo y cúmplelo: no te obligues a beber. Porque lo de «tengo que beber algo» significa que bebes por obligación, evita esa obligación, oblígate a la no obligación. No bebas al día siguiente. Sencillamente no bebas al día siguiente. No bebas al día siguiente ni por la mañana, ni a mediodía, ni por la noche. No tienes esa obligación. No bebas al día siguiente y con eso basta. Hasta ahora —Dios chasqueó los labios y el trineo avanzó lentamente—, hasta ahora. Nosotros por nuestra gracia nos encaminamos hacia otros puntos conflictivos del globo.

Esta vez Simón Todo Bondad (en la reserva estudiante de Derecho) contaba su encuentro con Dios, pero en las anteriores y diferentes versiones de esta historia en el trineo aéreo estaba sentado o bien el arcángel Gabriel, o bien San Nicolás, o bien una de Sus Majestades los Reyes Magos que se apresuraba hacia Belén por un camino poco habitual. Simón no estaba seguro, no antes del año siguiente —cuando se volviese loco, cuando se considerase una encarnación de Juan Bautista, cuando con míseros ropajes parroquiales, con calor, lluvia y tormenta cruzase Polonia augurando la Segunda Venida y el exterminio—, no antes del año siguiente adquiriría la firme certeza de que en aquel momento en el trineo estaba sentado un ángel, el mismo arcángel Gabriel que habló a Zacarías: tu hijo no beberá vino ni sidra y será lleno del Espíritu Santo.

El visitante celestial se alejaba y desaparecía en la perspectiva helada, y en Simón se deslizaba la suave avalancha de un movimiento bueno, fluía por él una amable corriente de nubes apacibles. Muy claramente sentía en su interior una gran conmoción y por primera vez pensaba que lo que había en él era santo. Aun si sólo oigo el movimiento de mi propia sangre, eso también significa que soy un elegido. Pero no fue el susurro de la sangre, no fueron los molestos saltos de la tensión sanguínea, no fue la rigidez de las entrañas anunciando un colapso, ni la asfixia, ni la fiebre, ni el tembleque. El Molino de Dios lentamente arrancaba en el corazón de Simón y él mismo entendía bien que ahora le esperaba un trabajo, que debía servir a las aspas celestiales y a las muelas angélicas que aparecieron en las profundidades de su alma.

Estábamos sentados a la mesa: Don Juan Ziobro, Fanny Kapelmeister, la Reina de Kent, Simón Todo Bondad, Colón el Descubridor, yo y el resto de los personajes un poco menos nítidos. Don Juan Ziobro, en la reserva peluquero y además músico, murió al cabo de unos meses, yo fui al entierro. Simón Todo Bondad se volvió loco, la cenicienta cabellera de la Reina de Kent en poco tiempo se redujo completamente a cenizas, Colón el Descubridor, en la reserva profesor de ciencias sociales, intentó volver a su antigua e inexistente vida, quizá lo consiguiera.

Sí señor: a la reserva, en la reserva, desesperadamente repito esas expresiones de soldado, nuestra vida antes del vicio era la vida en la reserva, teníamos en aquella vida casas sin derruir, nuestras madres estaban vivas, nuestras esposas, novias, hijos, estaban a nuestro lado. Solíamos comer, cenar, desayunar. Distinguíamos en aquella

vida los sabores de los platos, las estaciones del año y las horas del día. Nos acostábamos por las noches, despertábamos por las mañanas, trajinábamos por nuestros talleres aún no abrasados por los incendios. La ciudad legible y firme se erguía en una nube de palomas, el olor a café y a humo de combustión llenaba las calles, una mujer joven con un vestido amarillo se paraba delante de una vitrina, incluso si no era más que una ilusión: existíamos. Leíamos el periódico, nos pasábamos por las librerías, escuchábamos música, nos gustaban los helados cubiertos de chocolate, veíamos los partidos, cogíamos los tranvías. Pero todo aquello pasó, se perdió, desde hacía muchos años había una gran guerra, éramos soldados de un ejército autoproclamado, derrotado y cercado, no nos rendíamos pese al sentido común, desde hacía tiempo no existía la posibilidad de retirada, de nuestras casas no llegaban noticias, el oscuro anillo de fuerzas diabólicas se estrechaba implacablemente. Nos dormíamos con la frente apoyada en una trinchera cualquiera, nos despertaba el cañoneo del corazón, a saber el tiempo que hacía que no nos cambiábamos de uniforme, nos alimentábamos con cualquier cosa, sólo de milagro nuestras cantimploras estaban llenas todavía, el aguardiente cada vez más vil nos mantenía cada vez menos vivos. Don Juan Ziobro tocó una vez más la armónica, tocaba ahora la melodía de un desconocido y olvidado villancico, la he oído alguna vez, alguna vez alguien que estuvo conmigo la cantó y tocó al piano. ¿La cantaría mi abuelo el Viejo Kubica al cruzar el patio? ¿La canturrearás tú ahora mientras colocas en el blanco mantel un plato vacío? ¿Estará escuchando este villancico el gato, casi completamente negro, en el alféizar de la casa abandonada?

Lo oigo claramente como en un sueño: en esta música está el poder de la muerte que se aproxima y en esta música está el poder de detener la muerte que se aproxima, el verdadero poder del escritor de invertir el orden de los sucesos. En el cuaderno de cien hojas quiero finalmente escribir lo más difícil (una tarea digna de mi propia soberbia): la historia de un hombre que se levanta, repone las fuerzas y que de la arriesgada metáfora de la gran guerra sale íntegro y victorioso. Quiero ofrecer una literatura que libere de las debilidades y sea tan fuerte como la canción navideña de Don Juan. Tengo necesidad de salud y de todo lo mejor, de estar en paz, de agilidad de pluma, de ligereza de corazón. Don Juan Ziobro está tocando como si dentro de unos meses fuera a resucitarse a sí mismo, detrás de la ventana se ven los campos nevados, los oscuros muros austríacos o rusos, el calor de los hornos de la planta metalúrgica sube hasta la estrella de Belén. Estamos sentados a la mesa, entremezclados con los suicidas, y las encantadas enfermeras no nos quitan el ojo de encima. Bajo las blancas cofias de nuestros ángeles los cabellos caen descuidadamente, sus gestos tienen una fluidez adicional que nosotros conocemos muy bien, brillos muy benévolos se encienden en sus ojos. Las bellezas morenas de la unidad de suicidas se levantan e invitan las primeras al baile navideño.

CARTA ENVIADA DESDE LA UNIDAD DE ALCOHÓLICOS

(El principio del manuscrito, ilegible incluso para la destinataria, papel común, a cuadros, formato A4, pluma estilográfica, letra vacilante, tinta azul marino).

... desde hace cinco meses enteros. Cuando les digo que abandono mi funesto vicio por ti, me miran con desprecio. Cuando digo que abandono mi funesto vicio por nosotros, me miran con desprecio; entonces callo durante largo rato, porque sé qué es lo que esperan esas loqueras-fieras. Abandono el vicio por mí mismo —digo después de una supuesta reflexión y está bien que no adivinen qué es lo que siento cuando veo sus sonrisas de aprobación—. No saben lo que siento aunque deberían, al fin y al cabo son unas virtuosas en poner nombres a los sentimientos, y eso es lo que nos enseñan: a dar nombres a los sentimientos. Dicen que el alcoholismo es una enfermedad de los sentimientos. Los alcohólicos no saben ni definir sus sentimientos ni tampoco guiarlos. Eso, incluso, en este único caso coincidiría conmigo: no puedo nombrar ese mucho más que amor que siento por ti. Y estoy seguro de que mi vicio se me caerá como se le cae la piel a la serpiente. Dios mío, si alguna de las loqueras leyese esta frase, se quedaría petrificada de horror.

—Por sí solo no ocurrirá nada, nadie lo hará por ti, tienes que hacerlo por ti mismo.

—Sí señor, lucharé contra mi propia debilidad.

—¿Luchar? ¿Tú lucharás? ¿Contra quién? ¿Contra ese monstruo que es más fuerte que tú y que seguramente te vencerá? Tú tienes que rendirte. ¿Contra quién quieres luchar? ¿Contra Golota? Mira que el alcohol es como Golota, en el contacto con él no tienes posibilidades, tienes que rendirte de antemano.

Diálogos así se oyen en este lugar, sentencias así se alzan de aquí y viajan como plegarias hacia los nublados cielos de julio. Las palabras clave y las coletillas favoritas de las loqueras (el alcohol es como Golota, o el alcohol es como Tyson, o el alcoholismo es irreversible como una pierna amputada, o el alcoholismo es como la democracia), las comparaciones favoritas de las loqueras y una absoluta, total obsesión por la narración en primera persona. Yo, yo, yo. Guárdete Dios de decir «se». Guárdete Dios de decir «uno». Guárdete Dios de decir «el diablo». Guárdete Dios de utilizar el plural.

—Perdí el dinero, o sea, me robaron —dice Janek, extraviado en la vida, a quien, por su fuerte tendencia a ordenarlo todo, le llamamos el Trabajador Socialista Más Destacado— y entonces todo se inició.

—¿Qué es lo que se inició? —interrogan acaloradas hasta la incandescencia las loqueras, enfatizando la partícula impersonal «se».

—Se empezó a beber, se bebió —dice Janek, y ellas estallan en risas horribles y exclaman:

—¡Sebebió! ¡Sebebió! ¡Sebebió! Pero ¿quién bebió? ¿Bebió Sebebió? —un rugido de risa animal—. ¿Quién bebió?

—Yo bebí —dice Janek, avergonzado como un niño, y para su propia perdición añade—: Sí, uno bebió, bebió a más no poder, no podía uno con ese diablo; por ejemplo, hay que ver lo que se bebía con el vecino, bebíamos sin parar.

Las loqueras finalmente se ponen serias y con un gran fervor enseñan al Trabajador Socialista Más Destacado que en vez de «uno» hay que decir «yo», en vez de «el diablo» hay que decir «el alcohol», en vez de «solíamos beber» hay que decir «yo solía beber» y en vez de «sin parar» hay que decir «todos los días» y facilitar la cantidad, la fecha y el lugar. Y para acabar, las loqueras una vez más repiten con vigor: No «se bebió», sino «yo bebí».

Como puedes adivinar, por dentro discrepo de ellas enérgicamente, aunque soy consciente de que mi discrepancia yerra su objetivo, mis supuestos son otros, las loqueras desean llevar la realidad a la sobriedad, yo deseo llevar la realidad a la literatura, en algún punto —es de cajón— nuestros caminos se han de separar. Me doy cuenta de ello, pero de todas formas discrepo. Como es bien sabido —perero a solas—, la partícula impersonal «se» expresa a la persona y lo hace de manera más completa e imparcial que el «yo» desnudo y, por tanto, impotente al hablar de sí mismo. Hubo escritores que escribían así libros enteros, sus narraciones todo el tiempo eran conducidas por el «se»: se iba, se veía, se empezaba a morir. ¿Y la primera persona del singular? Me sumergí en su persona y su número hasta la cintura, hasta la coronilla. Estoy de pies a cabeza embadurnado y manchado de primera persona del singular. A pesar de las esperanzas de las loqueras, eso no es ninguna garantía de fiabilidad, ni de verdad ni de sincera desnudez. La primera persona del singular es un elemento de la ficción literaria. Dios mío, qué felicidad y qué instinto, anunciar precisamente ahora el final de la literatura y poder con la conciencia tranquila decir simplemente: yo.

Yo te he buscado durante toda la vida, he atravesado las calles Juan Pablo II, Pańska, Żelazna, Złota, el mundo entero, pero has sido tú quien me ha encontrado. Escribiste una carta, yo contesté y —entonces no lo notamos— nuestras cartas se lanzaron ya mutuamente en el abrazo definitivo, nuestras frases se entrelazaron, nuestras letras se enredaron la una en la otra, nuestras tintas se mezclaron tan

imperceptiblemente como se une tu sangre con la mía. Buscaba un amor antes de morir y he encontrado un amor que da vida. Un amor del que nada he leído en ningún poema ni en ninguna prosa. Un amor del que no sabía que pudiera existir en este mundo. He encontrado un amor tan fuerte como la canción navideña de Don Juan. Ala-Alberta, has venido a mí en el momento en que arrojaba la toalla. Sí, desde hace al menos dos años no tenía muchas ganas de seguir viviendo, me parecía que ya tenía, al menos a grandes rasgos, lo que había querido tener. Había escrito lo que había escrito y sabía que seguir escribiendo suponía una más o menos intensa repetición de las experiencias vividas. Uno escribe un libro y le parece que cuando el libro caiga entre la gente el mundo cambiará —y eso es, te lo aseguro, una gran ilusión—. Pero escribir sin la fe de que la escritura cambiará el mundo es impensable.

Estuve con bellas mujeres, bebí un mar de Zoladkowa Gorzka, trabajé duro y me revolqué en la holgazanería; escuchaba música (la música es lo que aquí más echo de menos), leía a los clásicos, iba a partidos de fútbol, rezaba en mi iglesia luterana y me parecía que sobre las cosas de este mundo sabía todo cuanto me fue destinado. Me parecía que estaba lleno, pero estaba vacío, era como una campana que resuena. (Como dicen las Escrituras: aunque dejara de beber, si no tengo amor, soy campana que resuena o platillo que retiñe). ¿Matarse? Ah, sí, pensé en el suicidio (toda persona normal al menos una vez en la vida ha pensado en el suicidio, escribió, creo, Camus, lectura de los tiempos en que tú aún no estabas en el mundo), pero pensaba en eso en las mismas categorías irreales en las que pensaba en el abandono definitivo del Zoladkowa Gorzka. ¡Cuánta reflexión dediqué a la posibilidad de dejar de beber Zoladkowa Gorzka! ¿Y qué? Y nada. Pensaba en la posibilidad de dejar de beber Zoladkowa Gorzka y tranquila o violentamente (más bien violentamente) seguía bebiendo esa bebida sin clase pero que entra bien. Pensaba en la posibilidad de matarme, pero tranquila o violentamente (más bien violentamente) seguía viviendo. Era mi vicio lo que me daba la esperanza de una pronta muerte, una muerte real. Como dice una de las prudentes loqueras de aquí (puesto que hay loqueras prudentes y loqueras necias, exactamente como las bíblicas vírgenes prudentes y vírgenes necias), pues bien, la prudente loquera Kasia dice que un alcohólico antes se refugiara en la muerte que admitir su impotencia frente al aguardiente. Un hombre de verdad puede morir por el vodka, pero «¡que no se atreva a embrutecerse!», como decía el difunto señor Trąba. Y yo estaba conforme, me preparaba para refugiarme en la muerte. Puede que no supiera describirlo tan exactamente como Simón Todo Bondad, que antes de huir de la unidad ya sabía, y no lo ocultaba, que tenía la intención de —llamémoslo así— huir definitivamente en una semana, un mes, o como mucho en tres años. Yo no conocía la fecha, me preparaba a ciegas. Pero cuando leí tu carta, cuando escuché tu voz, cuando te vi por primera vez, entendí que la negra cuerda que cada vez apretaba más mi cuello —con toda seguridad— se rompería. Entendí que ese hilo negro se deshilaría mucho antes de que mi corazón cayera en pedazos. Entendí que durante toda mi vida te había esperado a ti. (De ella, al menos durante veinte

años, tuve que esperar a que crecieras). Pero has llegado. Estás. (Sí. Ella está).

Cuando te vi por primera vez, no llevabas el vestido amarillo de tirantes. Llevabas una blusa negra y unos pantalones grises. Estabas sentada en la mesa y mirabas impaciente por la ventana de la cafetería del hotel. Llegué más de ocho minutos tarde. Te abracé tan fluidamente como si durante toda la vida te hubiera abrazado sólo a ti.

—¿Acaso nos conocemos tan bien? —preguntaste.

—Mejor —contesté, y de por vida estaré orgulloso de esta respuesta. Por supuesto, no te llamabas Ala-Alberta; tienes el nombre que siempre he querido que tuvieras, tienes los hombros que siempre he querido que fueran tuyos, tienes los ojos verdes, y tan verdes, tienes manos especialmente creadas para mí por Dios. Eres hermosa y prudente.

Yo soy feliz. Claro que del hecho de que soy feliz no puedo hablar aquí con nadie, este sentimiento no puedo confiarlo ni siquiera a mi loquera (como adivinarás acertadamente, es Kasia), este sentimiento feliz no puedo ni siquiera anotarlo en mi diario de sentimientos. Un alcohólico feliz inmediatamente despierta sospechas terribles, un alcohólico feliz ofrece un pronóstico flojo.

Un buen pronóstico lo ofrece un alcohólico que toca fondo, un alcohólico deprimido, un alcohólico desesperado. El alcoholismo debe de ser la única enfermedad en la que el malestar del paciente da esperanzas. Un verdadero alcohólico de pura raza tiene que estar en un persistente mono de vodka, bajo la persistente presión de la nostalgia de una botella de Zoladkowa Gorzka, en el bajón, en el infierno.

Echo de menos la música. El verano es nuboso, pero también hay días soleados, entonces, con una extraña fascinación, vago entre las casas de los dementes rodeadas de jardines salvajes. A veces desde detrás de las enrejadas ventanas se puede oír cantar. A mediodía los jardines se pueblan de multitud de esquizofrénicos y suicidas, se alza la monótona melodía de su balbuceo. Ayer, en la avenida principal, pasé al lado de un suicida que cargaba al hombro y apretaba espasmódicamente contra la oreja una enorme radio a pilas. Ya a unos pasos se pudo oír una narcótica, grave voz, y la famosa canción de la temporada sobre el chal de seda. Me acordé de Don Juan Ziobro, mi personaje preferido y una persona cercana, y otra vez sentí la penetrante sombra de la cuerda negra; Dios, déjame estar con ella el mayor tiempo posible.

Estábamos sentados en el café del hotel, tú tomabas té verde, yo tomaba una de las últimas cervezas en la vida (en la vida, no antes de la muerte). Estábamos sentados y nos mirábamos, y estas primeras miradas, este intenso observarnos se nos quedó tanto que después ya siempre fue así. Nuestras cabezas en la almohada siempre se volvían de frente, nos quedábamos mirando el uno al otro sin fin. Y todavía, yo todavía te veo desde aquí. Mi cabeza está vuelta hacia ti, y saber que tú también me ves, que tú también miras ahora en mi dirección, me da fuerzas. Me das fuerzas, que aquí de todas formas no puedo mostrar. Mi fuerza es mi secreto. Y una de las sentencias favoritas de las loqueras es: «Hay en ti tanto de enfermedad como de

secreto». Ésta es —estarás de acuerdo— una frase terrible, terrible. El alcohólico, según la exégesis de por aquí, puede vivir sólo a condición de dejarse destripar, más aún, de que siguiendo las indicaciones de los expertos se destripe a sí mismo. Tripas, intestinos, problemas, miedos, malos pensamientos y esperanzas débiles, pesadillas, entrañas incoloras: todo fuera. Tu Dios fuera, tu sexo fuera, fuera tus potas. (Sí señor, el tema de una de las confesiones clave es: «La historia de mis vómitos de borracho». Como puedes suponer, no sin regocijo y no sin satisfacción, plasmé en más de diez páginas la trayectoria de mis vomiteras: con gusto describí cómo potaba con el vodka de pimienta en tiempos de Gierek, con el vodka reglamentado cuando la primera Solidaridad, con aguardiente casero cuando el estado de guerra, describí detalladamente cómo mi cabeza se bamboleaba dentro de la taza del váter cuando Jaruzelski; desgraciadamente, en la parte final del ensayo, irrumpió cierta monotonía temática y también estética, ya que cuando Walesa y cuando Kwasniewski potaba exclusivamente con Zoladkowa Gorzka. *C'est la.*).

Espero no martirizarte con mi sobreabundancia (también la estilística). Escribo un poco como si escribiera desde Siberia o Lubianka, mientras que tú estás apenas a trescientos kilómetros de aquí. Hoy hemos hablado por teléfono, dentro de unos días vendrás de visita, iremos al Utrata. Dentro de unas semanas estaremos juntos para siempre.

Cuando digo que abandono mi vicio por ti, digo la verdad. Cuando digo que abandono mi vicio por nosotros, digo la verdad. Porque yo no existo sin ti, porque yo no existo sin nosotros. Mi yo ya no es singular. Dejo de existir cuando tú no estás, cada separación es como para no sobrevivir. (¿Recuerdas cómo llorábamos los dos en la Estación Central? ¿Cómo corrías junto al vagón?). No puedes estar más lejos que a unos cientos de centímetros de mí, después ya da igual si estás a un kilómetro o a trescientos de aquí. (A trescientos kilómetros de mis brazos). Después, de todas formas, hay un abismo y todo lo que hay dentro, muy... (El final del manuscrito, legible sólo para la destinataria).

EL DOCTOR SWOBODZICZKA

Yazco en la cama de mis padres, grande como un trasatlántico, deliro, aunque no sé qué significa delirar, siento el olor a alcohol, aunque no sé que éste es el olor del alcohol, el doctor Swobodziczka se inclina sobre mí. El licor en forma de aura luminosa irradia de su cuerpo por todos los chakras. Terrible, el doctor Swobodziczka es tan terrible como un chamán de novela de aventuras. Avanza por el centro, a semejanza del ángel de la destrucción, empuñando su maletín, supera los montones de nieve de un metro de altura como el mítico hombre de las nieves, se balancea a los lados como el Holandés Errante. Bebe terrible y temerariamente. Con él los suicidas no tienen la vida fácil.

Todavía hace un año o un mes podría haber escrito que el doctor Swobodziczka bebía como el Cónsul, todavía no hace mucho tiempo habría dado tal símil, pero ahora, que tengo la clara conciencia del final de la literatura, ahora, francamente, me retiro de esta conjunción efectista. En comparación con el doctor Swobodziczka, el Cónsul es un pálido personaje literario (lo cual no extraña: aquél era de carne y hueso, éste es un cuasi ente), y en cuanto a la escala de la propensión a la bebida, el Cónsul al lado del doctor Swobodziczka es como un adolescente aturdido con un vaso de vino al lado del Cónsul. El doctor mataba el gusanillo, ergo, se mataba a sí mismo incansable y sistemáticamente, y puede que por eso sintiese odio y desprecio por los suicidas. Su *samaunichtozenie*^[3] era laboriosa, metódica y armónica, ellos se mataban de pronto, desaliñadamente y de cualquier manera, en contra de toda poética. Sí señor: en los tiempos del doctor Swobodziczka los suicidas de Wisla no tuvieron la vida fácil. Sobre sus asfixiadas cabezas caían terribles maldiciones, el doctor les realizaba una brutal autopsia, colmaba de insultos el cuerpo que ya se estaba enfriando, seguía con el dedo la franja morada en el cuello del joven Oyermah y decía:

—Tienes suerte, macho, tienes suerte de estar muerto, porque creo que te mataría.

Junto a la cabeza del cadáver estaba sentado el negro pastor alemán, meneaba el rabo y esparcía la grisácea nieve de febrero, los restos de cerveza espumosa goteaban de su boca.

El doctor Swobodziczka marchaba firmemente por el sinuoso sendero de la ebriedad que conduce al infinito, estaba entrompado más o menos brutalmente las veinticuatro horas del día. Ingería hectolitros de alcohol puro, era gran conocedor del aguardiente casero del lugar, que era espeso, oscuro e inflamable como el queroseno, aceptaba apuestas a que sobreviviría a la consumición de seis botellas de aguardiente de ciruela en una noche, y ganaba estas apuestas, las ganaba de sobra, no sólo seguía

vivo, sino que se levantaba de la silla sin ayuda, aunque con cierta excesiva majestuosidad. Inflado de cerveza, el negro pastor alemán asomaba arrastrándose de debajo de la mesa de roble y con paso vacilante seguía a su amo.

Cómo eran las noches y las mañanas del doctor, bien lo sé: las pesadillas excesivas, las voces demasiado vociferantes, las apariciones demasiado palpables. Sin duda, la épica fantasmal era inaceptable, impaliable e insoportable, pues el doctor Swobodziczka, en su desesperación y en su impotencia, viendo que el registro homérico de su tormento nunca acababa, recurrió al medio de expresión definitivo. Recurrió a la morfina con el fin de calmar el dolor (ya que no con el fin de intensificar las sensaciones), recurrió a la morfina, aunque sabía que, mientras que con la primera inyección el tormento disminuiría bastante (aunque aparentemente), esta primera inyección después de algún tiempo, al rato, a decir verdad en seguida, comenzaría a exigir una segunda inyección, y que tras la segunda dosis, como mucho tras la tercera, vendrían pesadillas más excesivas aún, sonarían voces más resonantes, los fantasmas palpables lo rodearían en un estrecho círculo. El doctor Swobodziczka conocía esta simple aunque inexorable mecánica de la perdición absoluta, era un médico excelente, estaba seguro de que se las arreglaría, esta vez apostó contra sí mismo por esto (que se las arreglaría) y esta apuesta la perdió.

Mi madre era en aquellos tiempos una joven farmacéutica evangélica de Wisła, a menudo solía hacer guardias nocturnas y a las horas más oscuras, a las tres o las cuatro de la madrugada, la despertaba un largo timbrazo, golpes de pánico en la puerta y el grito ritual:

—¡Licenciada! ¡Licenciada! ¡Caso de emergencia que requiere una intervención inmediata! ¡Un caso que no tolera demora!

Tras la puerta acristalada se tambaleaba una silueta corpulenta, a sus pies estaba echado un perro. El doctor Swobodziczka con mano temblorosa le entregaba una receta en la que se observaba la fórmula mágica, regaladora de alivio, quizás incluso de euforia: «Morph. Hydr. 002». La voz se le quebraba de forma natural, el doctor no tenía que simular un habla espasmódica.

—Licenciada... En el Castillo ahora mismo se encuentra el primer secretario, el camarada Gomułka, de repente le entró un cólico terrible, unos dolores espantosos, el cabeza de estado se revuelve en medio del tormento, me llamaron... Usted entiende, un asunto de razón de estado...

La primera, o quizás, incluso, la tercera vez («Licenciada, en el Castillo actualmente se encuentra el primer ministro, Józef Cyrankiewicz, le dio un repentino cólico...»), había en ese osado pretexto cierto fondo de verosimilitud. El Castillo del presidente Moscicki, de antes de la guerra, realmente servía ahora como lugar de veraneo para los dignatarios de más alto nivel, en más de un crepúsculo vimos las cabalgatas de los Wolga y Chaika^[4] que avanzaban despacio por la carretera de Kubalonka, lejanas luces centelleaban en las carrocerías blindadas. Había pues cierta verosimilitud en lo de la proximidad de los líderes (increíbles séquitos marchando por

las boscosas laderas en una nebulosa mañana: los representantes de las autoridades centrales, asistidos por sus acompañantes, salen a coger setas), en lo de la proximidad e incluso en lo de una repentina dolencia del primer ministro o del primer secretario (aunque según la doctrina eran sobrehumanos, o sea, incorpóreos), pero pronto, cuando nos dimos cuenta de que según Swobodziczka, Gomułka y Cyrankiewicz (de ahí el doctor generalmente no bajaba) tendrían que vivir siempre en el Castillo y además sufrir de un cólico permanente, aunque alternado, pronto pues, incluso antes, todo quedó claro. El mismo Swobodziczka con el tiempo dejó de preocuparse por la verosimilitud de su versión de los hechos, mecánicamente pronunciaba la fórmula sobre el Castillo, el dignatario y el cólico, entregaba la receta, cogía las ampollas, se sentaba en un cercano banco en medio de la plaza Mayor, abría el maletín, sacaba una jeringuilla, con la aguja pinchaba el pantalón a la altura del muslo y realizaba a través del tejido una sutil y hábil inyección intramuscular. El gran doctor Swobodziczka: el doctor Morfina, el doctor Codeína, el doctor Aguardiente, el doctor Nadie.

Los habitantes de Wisła cantan hasta hoy canciones que elogian su arte médico, hasta hoy se pueden oír historias de pestes por él contenidas, de terribles enfermedades que espantaba por los cuatro vientos, de los infalibles diagnósticos que hacía sin error. Se consumía su alma, se debilitaba su cuerpo, su habla era cada vez menos clara, pero el arte médico permanecía intacto. El incendio del vicio lo arrasaba todo en él, salvo su capacidad. Con extrema dificultad se colocaba el estetoscopio, sin embargo, oía perfectamente el ratonil chillido de la enfermedad en el laberinto de las entrañas, el pulso le temblaba al extender recetas, pero recetaba exactamente lo que hacía falta. Cuando mandaba al hospital, es que el hospital era inevitable, cuando recomendaba un antibiótico, el antibiótico hacía efecto, cuando ordenaba durante medio año recoger corteza de roble, hacer infusión y tomarla todos los días, se daba por supuesto que la terapia ayudaría. Era un virtuoso de la cronología de la enfermedad. Dentro de siete días se apreciará una mejora, dentro de diez se pasará, dentro de dos semanas se habrá recuperado —decía—, y lo que decía, se cumplía: en siete días se apreciaba una mejora, en diez se pasaba, en dos semanas uno se había recuperado. Cuando Swobodziczka se jubiló (y duró muy poco su jubilación), cuando limitó su premortuoria estancia en el mundo a las visitas diarias a la fonda Piast, incluso allí se formaban colas delante de su mesa. Asistido por el negro pastor alemán, aparecía a las siete en punto de la mañana, de un trago vaciaba los cien gramos compensadores, los rebajaba con pequeños sorbos de cerveza; al perro, que montaba guardia debajo de la mesa, le echaba en un cazo de lata una generosa ración, levantaba la mano y con gesto señorial dejaba acercarse al primer paciente.

Yo enfermaba de todo. Enfermaba sin parar. Enfermaba furiosamente. Enfermaba obstinadamente. Me encantaban las visitas del doctor Swobodziczka, aspiraba el olor a medicinas y a alcohol, me recreaba en el pánico que el doctor invariablemente inspiraba a los de la casa. Se sacudía de los hombros el abrigo de borrego, en el dormitorio, aireado con gran esmero por mi madre, se encendía un cigarrillo, se

colocaba el estetoscopio y empezaba a auscultarme. Respirar. No respirar. Respirar hondo. Aspiraba las nubes de humo, tosía con una tos ronca y abismal de fumador empedernido.

—Bueno —decía—, la tos, otra vez la tos.

—Pero si él no tose, doctor —se entrometía mi madre, pálida como el papel y próxima a las convulsiones.

—No, él no, soy yo el que tose —Swobodziczka no interrumpía el examen—, toso y no tengo ni idea de qué hacer con eso, no se me pasa —con un gesto decidido se quitaba el estetoscopio. Iba a la mesa, sacaba el recetario—. Él empezará a toser dentro de dos días. Dentro de dos días le vendrá la tos. Y en siete más, o sea, dentro de nueve días, la tos se le pasará. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve —decía mi madre, en su voz se escuchaba claramente el alivio. El doctor me observaba atentamente.

—Nueve años, nueve años, ya es hora de empezar a mirar el mundo, ya es hora de empezar a apostar. Di, Jorge, cuáles prefieres, cuáles te gustan más, ¿las católicas o las evangélicas?

—Las católicas —contestaba sin vacilación, alado por la oportunidad de poder al fin hablar legalmente sobre mujeres—, las católicas, y sobre todo Ursula y Aldona.

—Tienes toda la razón —decía con total seriedad, y al rato añadía cierta misteriosa frase; en ella, había sobre todo una expresión, al parecer crucial, «los apetitos ecuménicos», que no sólo no entendía, sino que casi no oía; mi madre, como una pantera, se lanzaba hacia la mesa, me tapaba con su propio cuerpo, ahogaba las palabras del doctor con invitaciones, de tan cordiales, histéricas, para ir a la cocina, desde donde tras un buen rato llegaba el mítico sonido: el tintineo de las copas al ser extraídas de la vitrina.

La hipótesis de que el doctor Swobodziczka estaba acortando su propia vida y de que por esta causa sentía odio y desprecio por los suicidas —estoy convencido— él mismo nunca la habría confirmado. Con ninguna palabra, ningún gesto, por nada del mundo hubiese mostrado que en la desesperación de éstos veía su propio reflejo, cóncavo, pero en esencia real. Decía importarle exclusivamente el hecho de que nuestros temerarios siempre se fueran al interior de las montañas y al interior del bosque y de que allí se perdiesen, y allí, en inaccesibles espesuras, hallasen la conveniente rama de haya (bosques mixtos). Y es que deberían considerar la posterior fatiga de los vivos, y es que deberían, con el fin de facilitar todas las operaciones y procedimientos mortuorios, ahorcarse en una linde.

Un ejemplo, el joven Oyermah. A nadie se le hubiera pasado por la cabeza lo que ocurrió. Una semana antes estuve allí con mi padre; la casa luminosa y amplia en la colina, los edificios de explotación recién encalados, una granja avícola y otras riquezas. Los felices y acaudalados Oyermah fueron de los primeros por esta comarca en tener un televisor y por eso fuimos allí, hubo una transmisión televisiva del partido Górník-Tottenham (4-2 para el Górník). Estábamos sentados en un sofá afelpado,

bebíamos té, arriba el viejo Oyermah tocaba el piano, el joven veía el partido con nosotros, su mujer, bella como un ángel, con un vestido de pesado brocado, pasaba por la crujía de las habitaciones, el niño soñoliento jugaba quietecito en una alfombra esmeralda como el Orinoco, las gallinas cacareaban en el corral, el Górník ganaba 4-0. Después del partido fuimos a casa, estaba oscureciendo. Y en siete días se curó de la vida como por mano de santo. En siete días el joven Oyermah se volvió loco, mató a la mujer y al niño y se fue al interior del bosque en el monte Jarzęczabata, y allí se ahorcó en un sitio inaccesible.

El doctor Swobodziczka echaba pestes, lanzaba injurias, se secaba el sudor de la frente, amenazaba con que éste sería el último suicidio al que acudiera. En realidad era un poco extraño, a los suicidas no los soportaba, pero al final siempre estaba dispuesto a acudir a cada llamada, aparecía rápidamente, incluso en mitad de la noche. (Indudablemente, el insomnio favorecía su movilidad; el vicio, como diría Simón Todo Bondad, irremediabilmente lleva al insomnio, después el insomnio refuerza el vicio). Se podría suponer también, por ejemplo, que el doctor gustaba excepcionalmente de los viajes invernales a los valles más alejados, y es que en un trayecto así no puede uno prescindir de algo fuerte, ¿cómo, si no, se podría proteger de la congelación a la expedición de salvamento?

Acudía a cualquier sitio. Se hacía cargo de cada desgraciado, pero del joven Oyermah y de otros desesperados que colgaban de otros árboles se resistía a hacerse cargo. Maldecía y blasfemaba. Creo, y quiero creer, que había en él entonces, aparte del miedo, una particular profiláctica: maldecía a los que ya lo hicieron para que aquéllos en cuyos heridos corazones esta intención se hinchaba supieran que, si lo hacían, se expondrían a las malas palabras y al desprecio y a la terrible maldición del doctor Swobodziczka.

Sé que no quería ir porque ir le daba miedo. Le daba miedo la embaucadora tentación de la tierra amontonada que corta la respiración. Su alma estaba en cenizas, pero la chispa de la conciencia ardía, sabía que, a donde se volviera, podría marchar hacia el interior de los bosques mixtos en el Czantoria, el Stożek, el Barania y el Jarzębata. Veía bien cómo los senderos subían primero y bajaban del otro lado. El negro pastor alemán, enloquecido de desesperación, echa a correr de aquí para allá, finalmente encuentra el sendero que lleva sin pérdida a la fonda Piast, se sienta debajo de la mesa, bebe a lengüetazos la tibia cerveza del cazo de lata y espera en vano la venida de su señor salvador, amén.

LAS HIJAS DE LA REINA

Tras los periódicos recogía los libros; durante la cuidadosa y arrebatada lectura de los periódicos, de tanto en tanto, se despertaba en mí un cargo de conciencia intelectual por malgastar mi tiempo en cosas superfluas, por forrarme el cerebro de gacha periodística: echaba mano, entre trago y trago, de clásicos de todo tipo, abría, por ejemplo, por cualquier página *La profesión de fe del filósofo*, de Gottfried Wilhelm Leibniz, lo leía borracho, y borracho se me antojaba que lo entendía todo. Borracho leía *Moby Dick* o *La montaña mágica* y mi ebrio entusiasmo, al igual que mi ebria iluminación, era de largo e ilimitado alcance. Leía a Babel o a Mickiewicz, y borracho oía tan nítidamente cada frase que estaba dispuesto a escribir borracho continuaciones de los cuentos, a componer nuevas estrofas de los poemas.

Los clásicos, como siempre, yacían al fondo del campo de batalla. Recogía del suelo la *Summa teológica*, *Resurrección* y también una antología de poemas anglosajones; los recogía, estiraba las cubiertas e incluso si alguna hoja estaba doblada, la alisaba con la plancha; los recogía, desempolvaba, tersaba y de nuevo los colocaba en la estantería. Después de haber retirado los periódicos, después de haber ordenado los libros seguía limpiando, tiraba las colillas, fregaba los platos, cambiaba las sábanas, me agachaba sobre la bañera y lavaba con tanta furia como si quisiera castigarme a mí mismo por no tener una lavadora automática, y como si deseara con la calidad de mi lavado a mano superar al de una lavadora automática, como si una vez más quisiera probar la eterna verdad de que el hombre es más perfecto que la lavadora más perfecta. Porque el hombre sí es más perfecto que la lavadora más perfecta, no sólo una automática, sino hasta una lavadora controlada por un ordenador de última generación; el hombre, en general, es más perfecto que el ordenador más perfecto. Así es, es cierto, el ordenador puede superar al hombre en muchos campos —leí sobre esto entre anteriores pérdidas de conciencia—, por ejemplo, en una ocasión un ordenador venció al archimaestro de ajedrez Gari Kasparov y por ese motivo la humanidad, o al menos una considerable parte de la humanidad, cayó en el pesimismo. La victoria del ordenador en ajedrez parecía anunciar las futuras victorias de las máquinas, las consiguientes, inevitables y cada vez más absolutas y humillantes derrotas del hombre en la contienda contra las máquinas, y, efectivamente, de alguna forma puede ser así, puede ser que en más de una disciplina a más de un campeón el ordenador lo ponga de espaldas, pero en mi modesta, borrachina opinión, mientras no haya un ordenador que pueda beber más que un hombre, la humanidad no debería considerarse amenazada en sus principios. ¡No hay problema, yo, el maestro, yo, el maestro, extendiendo mis manos! ¡Ningún

problema, yo, el maestro, yo, el archimaestro, acepto el reto! ¡Dadme una máquina construida de manera genial, dadme un ordenador de yacimientos de inteligencia inusuales, que tenga una capacidad infinita, que sus halógenos brillen con la fuerza de mil soles, que sea tan grande como una casa burguesa de entreguerras, que esté programado para beber como un cosaco, que sea inmune a la dependencia, que tenga una tolerancia eterna al aguardiente, que tenga subsistemas especiales que le den un control absoluto de la situación, que tenga el cerebro potente como un horno Martin y que él escoja la bebida! Y poned entre nosotros una caja de la bebida que él haya escogido y que den la señal, y pronto veréis el triunfo del hombre y del humanismo. ¿Cuánto tiempo beberá conmigo codo con codo? ¿Un mes, dos, medio año? Y es que antes o después, al romper otra alba, antes o después, tras otro trago reparador, antes de que el vodka penetre mis huesos, antes de que pueda levantarme, entrar en calor, sonrosarme y pronunciar la primera inspirada idea, él se apagará, caerá, perderá la conciencia y potará todo su disco duro.

Más tarde, tendía en el balcón las prendas lavadas con más cuidado que en una lavadora automática, las tendía con igual cuidado, cuanto más cuidado se ponga al tender la colada, tanta menos fatiga después al planchar. Tras colgar la colada pasaba la aspiradora, cambiaba las cortinas, enceraba el suelo, sacaba la basura, tiraba las botellas, escrupulosamente revisaba una vez más todos los rincones, a ver si por casualidad en algún sitio quedaban todavía elocuentes huellas de mis postraciones, pero no, el orden reinaba en todas partes. Aireaba solícitamente todas las piezas, encendía una vela, encendía incienso, encendía un cigarrillo, me sentaba en el sillón, sentía la dureza dulzona de mis músculos fatigados, estaba satisfecho de la obra completada, me servía una generosa medida de vodka, me lo había ganado, después del trabajo duro tenía derecho a una pequeña celebración, me servía y sediento bebía, y perdía la conciencia, y recuperaba la conciencia en la unidad de alcohólicos. Estaba inclinado sobre el lavabo y escuchaba cómo Don Juan Ziobro hablaba de mujeres.

Don Juan Ziobro, en la reserva peluquero y además músico, solía mostrar con gran complacencia cómo se debe proceder con las tijeras de manera profesional. Efectivamente, las manejaba en el aire con una destreza inaudita, a primera vista no estaba claro en qué consistía la magia de su arte, sólo tras un rato de atención y gracias a sus impacientes pistas, un ojo ignorante lo distinguía: los divinos dedos del maestro impulsaban el movimiento de una sola hoja, la otra permanecía inmóvil, nadie, ni tan siquiera el doctor Granada era capaz de repetir el número y Don Juan Ziobro, lleno de orgullo, no revelaba el secreto.

Con las inseparables tijeras discretamente metidas en el bolsillo del pijama (la camisa del pijama desabrochada con atrevimiento, un fular anudado con fantasía al cuello), recorría con insistencia la planta de arriba abajo y a todas las pacientes y a todas las enfermeras les proponía continuamente servicios de peluquería. Las enfermeras rehusaban, sobre todo la enfermera Viola, que rehusaba con gran severidad, pero la Reina de Kent y Fanny Kapelmeister lucían bastante a menudo

rizos recortados con elegancia. El arte peluquero de Don Juan Ziobro realmente podía infundir entusiasmo, incluso las cuatro hijas de la Reina de Kent, que la visitaban todos los días, expresaban su franca admiración por algún nuevo peinado de su madre.

Las cuatro hijas de la Reina de Kent eran unas verdaderas princesas. Eran cuatro jóvenes y bellas mujeres, de veinticuatro, veinticinco, veintisiete y treinta años respectivamente, vestían con refinamiento, olían a los narcóticos perfumes Dune, Poème, Organza y Dolce Vita, respectivamente, las cuatro aparcaban delante del hospital sus propios coches: Ford Mondeo, Renault Laguna, Volkswagen Golf y Nissan Almera, respectivamente, y las cuatro estaban un día tras otro peinadas de modo impecable por los hábiles estilistas de Jean-Louis David. Don Juan Ziobro nada más ver a estas cuatro estrellas perdía el conocimiento. Si yo puedo decir de mí mismo, con la conciencia bastante tranquila, que estaba poseído por las mujeres, de Don Juan Ziobro habría que decir que estaba poseído por las mujeres de un modo absoluto, esclavizante, cocaíno-morfinomaniático. Al percibir cualquier elemento aun lejanamente relacionado con la feminidad, se animaba y a la vez desfallecía. Cualquier voz femenina, aunque fuera el gastado y bronco barítono de la limpiadora Poniatowska dejándose oír por el pasillo, le hacía saltar de la cama en seguida. Don Juan se levantaba bruscamente, espasmódicamente se arreglaba el fular, a la carrera se rociaba abundantemente con colonia y se dirigía hacia los cantos de sirena que le reclamaban.

Sin embargo, le intimidaban las cuatro bellezas que visitaban a diario a la madre. Si bien conocía a todas las mujeres que alguna vez habían puesto el pie en la unidad de alcohólicos, si bien se tomaba unas confianzas descaradas con las esposas, hijas, novias, que venían a vernos, si bien cortejaba a las enfermeras obstinada aunque vanamente, a las cuatro princesas, en cambio, las miraba con disimulo, se deslizaba furtivo por su lado, saludaba sin gracia, ni siquiera intentaba iniciar una conversación. Estaba claro que ninguna de sus famosas entradas, tan inspiradas como espesas («Francamente, nunca hasta ahora había visto a una mujer con unas cuartillas de tan buena raza», solía decirle a la estupefacta limpiadora Poniatowska, quien, para colmo, calzaba unas ortopédicas botas hasta el tobillo), pues bien, claramente ninguna de sus famosas frases seductoras en este caso podía pasarle por la garganta, tan sólo torcía una sonrisa de través, trapaleaba pasicorto nerviosamente por el pasillo, entraba en la sala y de la sala se iba corriendo, se tumbaba e inmediatamente saltaba de la cama. Le sacudían deseos contradictorios; por un lado, con todo el corazón y toda su desenfrenada lascivia deseaba una presencia lo más larga posible de las cuatro encarnaciones del absoluto femenino, deseaba con toda el alma que la visita se prolongara lo máximo posible; por otro lado, deseaba que la visita acabara cuanto antes. Invariablemente, pues, en cuanto se marchaban todos los familiares, y en cuanto se marchaban, en particular, las cuatro princesas, Don Juan Ziobro, encendido por la belleza gozada desde lejos, animado y con un gran vigor, procedía a

importunar a la Reina Madre. Por medio de la madre intentaba acercarse a las hijas, la interrogaba sobre los detalles de sus vidas, sus entretenimientos infantiles, sus muñecas y juegos preferidos, y que cómo se criaron, y que si fueron buenas estudiantes; preguntaba por los maridos (todas estaban casadas), preguntaba si eran pudientes y responsables y si por casualidad alguno de ellos no empujaba el codo demasiado a menudo, preguntaba si las «infantas» eran felices, dónde vivían, por qué llevaban ésos y no otros nombres (Katarzyna, Magdalena, Ewelina y Anna, respectivamente), y también si podía telefonar a las «respetables hijitas» el día oportuno para felicitarlas por su santo y que qué le aconsejaba, eventualmente, la respetable mamá de «cuatro mozas tan graciosas» en el caso de que al llamar, en vez de la encantadora voz de la festejada, en el auricular se oyera el hostil barítono de un hombre.

—En ese caso hay que colgar sin decir nada —respondía la Reina de Kent con una voz invariablemente incolora, y eso era todo lo que decía.

Y es que la Reina Madre, la Reina de Kent, era un puñado de ceniza andante. De hecho, ni siquiera se podía decir nada definido sobre su aspecto, quizás en otros tiempos fuera igual de bella que sus hijas, pero ahora su cara, sus ojos, su pelo, sus hombros, manos y piernas, todo se había reducido a ceniza. De ceniza se cubrieron las huellas de la belleza anterior, la ardiente mirada se apagó, la piel adquirió un matiz gris, perdió sensibilidad.

La Reina de Kent (en la reserva licenciada en Farmacia) era una persona sumamente tímida. Había sido sumamente tímida de niña, había sido sumamente tímida en primaria y secundaria, había sido sumamente tímida en la universidad. Su padre, un autoritario farmacéutico con propensión a la tiranía, primero propietario de una farmacia privada, después director de una estatal, con su autoridad boticaria agravaba la timidez de su hija. Si tenía esta timidez otras fuentes, no lo sé ni podré saberlo. Me centro ahora en el método de superar la timidez conocido por la Reina de Kent y por mí, es decir, en el licor de menta.

El futuro marido de la Reina de Kent estudió Farmacia con ella, a primera o tal vez a tercera vista se enamoró de su narcótico comedimiento. Ella huía, no cogía el teléfono, callaba en su presencia como una tumba. Pero él se quedó atrapado sin remedio en la red de sus miradas furtivas, en la nube de su virginal aroma, en el torbellino de su oscuro cabello.

Después de la graduación, ella trabajó en la farmacia del padre y el licenciado enamorado hacía lo imposible para encontrarse cerca. El padre (el Viejo Rey de Kent) se olía lo que se estaba cociendo y lo mandaba a paseo de vacío. El licenciado, por cierto, tenía realmente mala suerte, al menos seis veces seguidas apareció en la farmacia cuando su antiguo dueño sufría un tormento de impotencia al no ser ya el propietario de su propiedad. Sólo a la séptima vez dio con el momento en que el viejo farmacéutico se había entregado a la ilusión, carente de toda crítica, de que todo seguía como antes y se mostraba magnánimo con el mundo, se mostraba magnánimo

con el fatal pretendiente.

—Haced lo que queráis —dijo, y de nuevo se sumió en las quimeras de la privatización.

Pero el viejo no se arrepintió de su decisión, el futuro yerno resultó ser un farmacéutico extraordinariamente ágil, y el licor de menta que preparaba a base de alcohol farmacéutico, según una antigua receta, era una exquisitez. Cuando la Reina de Kent un día de su santo tomó una copa (la primera copa de alcohol en su vida), la asfixiante red de timidez se disipó, desapareció el eterno miedo a no se sabe qué.

Él se declaró, ella se tomó una copa del licor de menta y dijo sí. Hicieron el amor, por primera vez, en la camilla de la farmacia durante una guardia nocturna, antes ella había tomado una copa de licor. Después hubo más antes: después, cuantas veces hacían el amor, tantas veces antes ella había tomado una copa de licor. Al año tomaba una copa de licor también cuando no hacían el amor, a los dos años tomaba una copa de licor siempre que se presentaba la ocasión, a los tres años tomaba una copa de licor a cada rato libre. A los cuatro años él ya no preparaba licor según la antigua receta. A ella no le importó mucho, hacía cierto tiempo que prefería el alcohol puro.

Se habían casado dos años antes (en su fase de tomar licor siempre que se presentaba la ocasión). Ella, dando tragos al alcohol farmacéutico, parió a cuatro hijas, él la seguía queriendo. Era tierno, atento, le iba cada vez mejor, traía desde el extranjero medicinas raras, tras la muerte del suegro se convirtió en el director y, tras la caída del comunismo, en el propietario de la farmacia, cuidaba de las hijas, cuando crecieron las dotó generosamente, por otra parte, las cuatro se casaron muy bien.

La Reina de Kent seguía bebiendo alcohol puro, un día volvió la timidez, pero ya no era la antigua lacia red de timidez, ahora eran unos oxidados barrotes de hierro. Por las mañanas se asomaba al espejo, pero estaba tan lejos que no conseguía vislumbrarse a sí misma, no veía el torbellino de su oscuro cabello reducido a ceniza.

—En ese caso hay que colgar sin decir nada —despachaba las interrogaciones de Don Juan, y él bajaba la cabeza, volvía a la habitación, se tumbaba en la cama y tocaba en la armónica quejasas melodías.

EL ENTIERRO DE DON JUAN

El cementerio en el que enterramos a Don Juan Ziobro estaba situado en una pintoresca colina, se tenía desde allí una agradable vista de los valles, de los bosques mixtos, de toda la cordillera de los Beskidy. Durante un buen rato los sepultureros permanecieron en torno a la tumba abierta cantando y tocando diversos instrumentos.

Don Juan Ziobro, peluquero y además músico —como solía presentarse—, procedía de una familia prodigiosamente dotada para la música. Todos sus hermanos, hermanas, primos, primas, todos sus cercanos y lejanos parientes, estaban increíblemente dotados para la música, todos tenían un oído casi sublime, cantaban con bellas voces y, probablemente, sabrían tocar cualquier instrumento del mundo. Algunos de ellos llegaron lejos en su arte, por ejemplo, una cantante muy popular en aquella temporada era prima lejana de Don Juan. Gran fama le dieron unas estilizadas baladas gitanas de los Balcanes, cantadas con una excelente voz grave, osados vestuarios y una belleza fascinante. Ella en persona apareció en el entierro con cierto e incluso considerable retraso. Ya habíamos empuñado los mangos de las palas, ya nos disponíamos a cubrir con tierra el ataúd fragante a alcohol desnaturalizado, cuando abajo, en la curva del sendero pedregoso, emergió un colorido séquito. Al frente caminaba la muy popular cantante de aquella temporada, llevaba un vestido negro con un escote inaudito, y detrás de ella avanzaban, ataviados con gusto de papagayo, cuatro instrumentistas: el guitarrista, el saxo, el trompeta y el percusionista. El inaudito escote no indignó a nadie, al contrario, era muestra de la gravedad y el respeto que ella, por lo visto, sentía por su lejano y caído pariente. Todos conocíamos ese vestido, era uno de sus atuendos más osados; la muy popular cantante de aquella temporada aparecía con ese vestido en los recitales y festivales más importantes, en la televisión, en las salas y los auditorios de música mejor considerados del país y de Europa. Llegó a la tumba abierta, y se inclinó, se santiguó y sus músicos, casi al instante, sin afinar los instrumentos, empezaron a tocar, y en seguida se dejó oír su gran éxito, conocido por todos, sobre el chal de seda.

A partir de la segunda estrofa todos los parientes de Don Juan, prodigiosamente dotados para la música, comenzaron a acompañarla en el canto, los que llevaban instrumentos se unieron a sus instrumentistas y fluyó desde la colina del camposanto la sublime canción sobre el chal de seda, sobre la inabarcable pena, el amor, la desesperación y el fin de todas las cosas, y se pudo oír también en el otro mundo, en el paraíso celestial, allá, donde entre almas de mujeres benévolas, discretamente desvestidas, estaría el alma extasiada de Don Juan Ziobro.

No estuve allí, pero sé cómo murió Don Juan Ziobro, sé qué le dolía. Los que tras

forzar la puerta encontraron su cadáver, hablaron de un extraño detalle. Y es que en el piso, según relataban, aunque moderado, reinaba el típico desorden de un piso de borracho, pero entre el desorden una cosa saltaba especialmente a la vista. Era un montón de calzado que casi llegaba al techo. Todo un rincón del cuarto lo llenaba una montaña de babuchas, zapatillas deportivas, chanclas, zapatos de piel, de lona, sandalias, botas de agua, de nieve e incluso zuecos que aún recordaban las pasadas erupciones de la moda.

Sólo alguien muy ingenuo, algún despreocupado abstemio, por ejemplo, podría pensar que era un síntoma más del caos de un borracho, que Don Juan solía simplemente durante el trance aguardentoso descalzarse y arrojar como fuese el calzado al rincón; al fin y al cabo, los borrachos que se descalzan metódicamente son una rareza, la mayoría de los borrachos se descalza sin ningún cuidado. Ciertamente, pero primero: Don Juan Ziobro pertenecía precisamente a aquella borracha minoría que se descalza metódicamente, y segundo: era un hombre que en general rehuía el caos, y es que era peluquero y músico, y tanto un peinado elaborado como la armonía musical son lo contrario a todo caos.

Don Juan Ziobro, por ejemplo, a diferencia de la mayoría de los borrachos, no sacaba cosas de casa, al contrario, acumulaba cosas. No vendía ni tiraba sus antiguos objetos; en su armario seguían colgando los trajes estalinianos, alguna de las piezas de la vajilla heredada de sus antepasados databa de principios de siglo, el anillo de su única boda continuaba en el fondo del cajón, aunque Don Juan Ziobro no estaba ya tan seguro, como diez años atrás, de qué cajón se trataba.

Así es, no sólo durante los últimos tiempos Don Juan Ziobro había bebido alcohol desnaturalizado, si lo hacía no era por su caída, sino por mero gusto. (Por cierto, el cóctel desnaturalizado lo preparaba según una singular receta, ¿cuál?, lo contaré en seguida). De manera que Don Juan Ziobro era un hombre caído de un modo singular, era un alcohólico paradójico, pues ¿qué alcohólico, si no uno paradójico, tendría en su armario pares de zapatos suficientes como para, arrojándolos, ocultar finalmente esa terrible cosa, esa cosa que estaba en el rincón de su habitación?

Sé muy bien que la misteriosa pirámide de zapatos no era signo de caos alguno, estaba destinada a ahuyentar o, al menos, ocultar esa cosa que hedía a mierda; era signo de un terrible miedo, era el resto de la lucha definitiva, el campo de batalla sobre el cual seguía flotando la nube del crematorio. Lo sé, porque una vez oí, como ahora tu llanto, Don Juan, y veo tus ojos, que son como dos cráteres de pavor abiertos en el cráneo. Cuando en algún momento volviste en ti, seguías aún sin creértelo, y alcanzaste la botella que estaba en la cabecera y apuraste el resto y te dormiste con el último sueño borracho de tu vida.

Así es, en los periodos entre las últimas estancias en la unidad de alcohólicos, Don Juan tomaba exclusivamente alcohol desnaturalizado, aunque, eso sí, preparado

de una forma sutil y refinada. Nada de rebajarlo ordinariamente con agua del grifo, nada de eliminar el color episcopal con lejía Ace —cosa tecnológicamente terrorífica—, nada de añadir tres frasquitos de gotas de menta para dotar a la bebida de una muy mísera apariencia de licor de menta.

Primero, Don Juan Ziobro preparaba café de cereales. Echaba bastante, y lo cocía un buen rato, y al final, para que adquiriera la densidad del alquitrán, el color del ébano y la potencia de una locomotora, añadía una cucharada de miel de la mielada, cuatro de Nescafé y dos bolsitas de azúcar de vainilla. El moca así confeccionado lo mezclaba con el alcohol desnaturalizado, es decir, vertía una botella de alcohol desnaturalizado en el cazo con café de cereales que, enriquecido previamente con los ingredientes mencionados, tenía que ser enfriado hasta la gelidez. (La trivial pregunta de por qué el café tenía que ser enfriado hasta la gelidez no pienso contestarla). Con un cucharón de madera removía el cóctel durante tanto tiempo que caía en un particular trance de remover y hasta empezaba a parecerle que nunca dejaría de hacerlo. Cuando Don Juan Ziobro pensaba que tal vez jamás terminaría de mezclar el alcohol con el café de cereales, interrumpía su actividad, sacaba del cazo el cucharón de madera, le pasaba la lengua y paladeaba el sabor, muy insulso todavía. Seguidamente, ponía encima del cazo un colador casi totalmente desollado de esmalte, y después forraba su interior con gasa esterilizada. Ahora llegaba la temporada de los cítricos. Con una precisión natural para un peluquero y músico, y al mismo tiempo asombrosa para un borracho de manos temblonas, Don Juan Ziobro cortaba por la mitad dos hermosos limones escogidos con sumo cuidado de un mostrador. Estaba contento de su obra y durante mucho rato (aunque sin llegar al trance) observaba las cuatro idénticas mitades de la fruta sobre la mesa. Encima del colador forrado de gasa exprimía el zumo de cada una de ellas de una forma extremadamente metódica. La gasa la estrujaba con gran delicadeza, y estrujada la tiraba donde fuese, puesto que el tiempo de lo extremadamente metódico, el tiempo de lo metódico en general, había acabado.

De todas formas, casi lista la bebida, le quedaba removerla una vez más y, gracias a Dios, la última. De todas formas le quedaba verterla con máximo cuidado (lo hacía con ayuda de un embudo completamente desollado de esmalte azul) en la botella de Johnny Walker que guardaba por motivos sentimentales, pues le recordaba el debut en sus brazos de cierta estudiante del último curso de instituto.

De todas formas aún le quedaba esperar. Una espera dramática a que el licor del sabor más exquisito, e incomparable, guardado en la nevera, se pusiera oscuro y profundo como el mar cubierto de hierba enmohecida.

Y el último sorbo de esta bebida, precisamente, tomaba Don Juan, cuando en algún momento volvió en sí y aún seguía sin creer que estaba viendo lo que estaba viendo, que sentía el olor que sentía. Se durmió por un instante, y cuando despertó, aquello del rincón del cuarto se veía aún más claro, se veía tan claro que a Don Juan, incluso, le parecía ver cómo debajo de aquella piel cubierta de cerdas palpitaban unas

entrañas cancerosas. Y hubo un hedor, un hedor insoportable. Pero cuando Don Juan Ziobro terminó de entender que lo que estaba viendo (claramente distinguía la punta de un dedo llamándole) no era una aparición, mostró valentía y decidió defenderse. Puesto que sabía que la botella estaba vacía, decidió lanzar la botella de recuerdo contra la diabólica criatura. Pero cuando su mano (con movimiento cauteloso y reptante) empezó a arrastrarse por el suelo, en vez de dar con la botella sentimental, dio con una babucha de andar por casa, y Don Juan Ziobro lanzó primero una y después la otra babucha. Y fue precisamente en ese momento cuando un miedo terrible le erizó el pelo. Entonces lo dominó una verdadera insania, pues tras lanzar la segunda babucha contra la diabólica criatura se sintió como un soldado al que le faltara munición, le horrorizó que no quedaran más babuchas que lanzar porque se le metió en la cabeza que las dos primeras habían surtido algún efecto, que sólo con babuchas se sobrepondría al mal, que sólo las babuchas eran proyectiles eficaces, que lo diabólico sucumbiría bajo el cañoneo del calzado. Con un esfuerzo sobrehumano se levantó de la cama, y se arrastró hasta el armario lleno de toda clase de zapatos, entonces comenzó espasmódicamente a arrojar a la criatura las babuchas, y cuando se acabaron las babuchas, tiraba las chanclas, y cuando se acabaron las chanclas, tiraba las zapatillas deportivas, y después agarraba cualquier zapato que hubiera en el armario, y era tal el raudal de zapatos, eran tantos, que al final le dieron a Don Juan la victoria, aunque fue una victoria, literalmente, en el último segundo. En el último segundo, el último botín tapó el último fragmento de la piel palpitante y cubierta de cerdas. Don Juan Ziobro sintió cierto alivio, puede que incluso una pizca de paz viniera a su tembloroso corazón; jadeaba horriblemente, y quizás el terrible y físico cansancio ahogase el miedo, aunque fuera por un instante. Cerró la puerta de la habitación en la que debajo del montón de zapatos agonizaba el mal, o ya no estaba o, al menos, estaba enteramente tapado. Fue a la cocina, encendió la luz, encendió un cigarrillo y ojeó los rincones. Todo estaba en su sitio, no se movía nada, no merodeaba nada, no chascaba nada. La nevera, la vitrina, el fregadero, el hornillo de gas estaban como durante siglos. En la vitrina, como en la época del yugo moscovita, estaba el televisor en blanco y negro Yunost. Don Juan Ziobro levantó la mano, y presionó el principalísimo de los botones, la pantalla al rato se volvió luminosa como una mina de mercurio, sonó la voz de una cantante muy popular en aquella temporada, toda en rayos mercúricos, en un escenario invisible cantaba la canción sobre el chal de seda. Una horrible tristeza atravesó el corazón de Don Juan.

Aún era posible salvarse, aún era posible ir al 24 horas, aún era posible telefonar a una de sus actuales mujeres, aún era posible pedir una ambulancia, pero él ya posiblemente no quisiera. Apagó el televisor, estaba sentado en la cocina y fumaba. Sé que tenía miedo y sé que algo le dolía. ¿Quizá buscara en el botiquín un válium, un persen o una aspirina? No, no había nada allí, acaso un envoltorio vacío de Rutinoscorbina, dos pastillas de vitamina C, remedios demasiado débiles para la resurrección. Bebía agua fría del grifo, seguro, giraba la llave, bebía ávidamente y se

secaba los labios. ¿Quizá quisiera comer algo? Pero en la nevera había sólo tres cubitos de caldo de pollo, resecos como el esparto, y un único, pero a cambio casi intacto, tarro de mermelada de fresa. ¿Quizá creyera...? Así es, creyó que cuando tomase una olla de caldo nutritivo, que cuando supliese su carencia de sales minerales, se sentiría mejor. Así es, creyó que si despacio, cucharadita a cucharadita, se comía el tarro de mermelada de fresa, el azúcar, la glucosa y las vitaminas le devolverían las fuerzas. Y apagó el cigarrillo, y comenzó a preparar la última cena, y los que forzaron la puerta así le encontraron: estaba en el suelo y su boca estaba lacrada con un sello blanco-fresáceo.

JUEVES, 6 DE JULIO DE 2000

El Rey del Azúcar —en la reserva, pudiente empresario— anunció a los alcohólicos reunidos en la sala de fumadores que en su diario de sentimientos comentaba la sensación de alivio que había experimentado al defecar. Esta confesión causó perplejidad, sobre todo entre las alcohólicas. Las risillas de aprecio masculinas se entremezclaban con los femeninos gruñidos de escándalo.

—Tenemos que llevar diarios de sentimientos y esto es un razonamiento irrefutable —se defendía el Rey del Azúcar—, tenemos que mantener completa sinceridad y esto es un razonamiento irrefutable. Lo hacemos para aprender de nuevo a nombrar nuestros sentimientos, habilidad que habíamos perdido como consecuencia de abusar de las bebidas espirituosas, y lo hacemos para aprender a dirigir nuestros sentimientos, habilidad que habíamos perdido también, y esto es un razonamiento irrefutable...

—Sin embargo, describir el estado del alma tras haber defecado me parece inadecuado —le interrumpió sin convicción Fanny Kapelmeister, en la reserva maestra de historia.

—Fanny, a ti hay que volverte al principio de la terapia —mofa y veneno resonaban en la voz del Rey del Azúcar—, no distingues entre la esfera espiritual y la esfera de los sentimientos. Y eso que el doctor Granada, y eso que la enfermera Viola, y eso que el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol, a coro con sus loqueras, te han metido tantas veces en la cabeza que son esferas diferentes. Me temo que tendré que plantear tu caso ante la comunidad esta noche.

—Muy bien —Fanny alzó la cabeza y con este único gesto se transformó de la estropeada liliputiense cincuentona que parecía ser en la alta y autoritaria morena de unos treinta que en realidad era—. Muy bien, pero antes di, antes anuncia a la comunidad de esta noche que hoy, 6 de julio del año 2000 contando desde el nacimiento de Cristo, después de haber cagado, sentiste alivio.

—No tengo necesidad de decirlo porque lo he anotado —contestó el Rey del Azúcar, y añadió una reflexión lapidaria que dolorosamente me hizo pensar en el más allá—: Cuando se anota algo, no hay que hablar de ello. En la comunidad hablaré de otra cosa —agregó con voz amenazadora.

Pero por la noche, cuando nos reunimos todos en el comedor para hacer, como todos los días, el balance de nuestras vidas, el Rey del Azúcar no tomó la palabra, no dijo ni pío, de hecho no resolvimos aquel día, ni ningún otro día, la cuestión de si el estado del alma después de defecar es digna o indigna de ser anotada en el diario de sentimientos. La única polémica que esa noche tuvo lugar fue la del teléfono. (Si es

que se puede llamar polémica a aquel raquítico intercambio de opiniones). Fanny Kapelmeister, aquel día inusualmente excitada —tal vez la devorase un terrible mono de vodka, tal vez no quisiese permitir la vergonzosa discusión sobre el tema que ya sabemos, tal vez tuviese miedo del Rey del Azúcar, tal vez la hubiese turbado algún desaconsejable contacto con aquel mundo—, total, que Fanny Kapelmeister, inusualmente excitada ese día, levantó la mano.

—Con el tiempo he entendido —dijo—, he entendido por qué no podemos ver la televisión, ni escuchar la radio, ni jugar al dominó ni a otros juegos de salón, con el tiempo lo he entendido, pero que el teléfono se desconecte después de las 21.00 no lo entiendo.

—El teléfono se desconecta después de las 21.00 por el bien de los pacientes —a la entonación inconscientemente profesoral de la voz de Fanny Kapelmeister, la enfermera Viola respondía con la entonación conscientemente reforzada de la enfermera jefe—, algunos de los pacientes quieren dormir, otros quieren trabajar en silencio, escribir...

—¿De qué silencio me está usted hablando? —Fanny Kapelmeister sufrió una vez más una transformación, esta vez de una solícita paciente se metamorfoseó en una zarina-serpiente—. ¿De qué silencio me está usted hablando y de qué dormir, si a las 22.00 se empieza a limpiar el pasillo, lo cual suele ir acompañado de estruendo, y a las 22.30 vamos todos con las boquillas personales al cuarto de guardia para soplar en el alcoholímetro, de qué silencio...?

Fanny Kapelmeister calló de repente y se puso rígida, lo que por un instante tuvo toda la pinta de un clásico ataque de epilepsia, pero no, Fanny se quedó estupefacta y calló porque de pronto había comprendido la mismísima esencia de su destino. ¿Qué es lo que siente una persona que cada noche hace cola en el alcoholímetro con una boquilla personal en la mano? ¿Qué es lo que siente? No siente nada de particular, sobre todo si antes no ha tomado nada, a no ser que sí haya bebido algo: entonces siente miedo. Sí, pero ¿qué es lo que siente una persona que cae de pronto en la cuenta de que cada noche hace cola entre varias decenas de alcohólicos, los cuales uno detrás de otro se acercan para soplar en el alcoholímetro? Pues bien, esta persona —como Fanny Kapelmeister— puede quedarse pasmada, puede convertirse en una estatua de sal. El cráneo de Fanny Kapelmeister lo llenaba una multitud de alcohólicos. Disciplinadamente formaban una fila y soplaban en el alcoholímetro con tal fuerza que parecían expulsar todas las ideas fuera de su cabeza. Fanny callaba y se sentaba despacio, aunque en este sentarse suyo había más de caída inerte en la silla que de sentarse. Simultáneamente, al tiempo que Fanny se dejaba caer, desde el lado opuesto de la mesa se levantaba, cual el segundo platillo de una invisible balanza, el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol.

Fanny Kapelmeister calló como si una vez más, esta vez en piedra, se hubiera transformado. Tal vez quisiera agregar algo, tal vez quisiera decir lo importante que puede ser para un alcohólico una conversación telefónica aunque sea de un minuto,

tal vez quisiera alegar el correspondiente párrafo de la carta de los derechos del paciente, tal vez quisiera recordar una cosa que pudiera ser el cierre de este capítulo, a saber, que el único aparato telefónico disponible para los alcohólicos en la unidad funcionaba con fichas imposibles de conseguir desde hacía años, por lo cual, de todas maneras, casi nadie lo utilizaba; tal vez tuviera otros argumentos, pero más bien no, o incluso con toda seguridad no. No había en su cabeza nada más que la multitud de alcohólicos haciendo cola en el alcoholímetro.

Fanny veía claramente el espectro de sí misma haciendo esa cola y pensó que la persona cuyo ritual nocturno llega a ser el de soplar en el alcoholímetro, quizá realmente no debiera tener ningún derecho aparte del derecho de soplar por la noche en el alcoholímetro. Entre tanto, el terapeuta Cuasi Moisés, alias Yo el Alcohol, se había levantado del todo y dijo en voz muy baja:

—Según el reglamento, el teléfono debe estar disponible para vosotros los alcohólicos entre las 7.00 y las 21.00. Así ha sido y así será, o quizá no lo sea, porque estoy viendo que hay que considerar la posibilidad de una total eliminación del teléfono en la unidad. Y es que aquí no se trata —hizo una leve inclinación en dirección a la enfermera Viola—, no se trata del silencio en su, por así decirlo, audible o inaudible aspecto. Vosotros os tenéis que silenciar interiormente, apaciguaros. Debéis mecer vuestros atormentados nervios no para el sueño, sino para una tranquila vida en el futuro. Y todo lo que viene de aquel mundo, hasta una llamada, os puede irritar. Yo diría que una llamada, sobre todo una llamada, puede irritarlo a uno, yo mismo sé lo irritantes que pueden ser algunas llamadas. Así que, como digo: de 7.00 a 21.00. Después, el silencio nocturno, el auricular descolgado, trabajo sobre uno mismo, apaciguamiento. Apaciguamiento infinito, hasta llegar a un apaciguamiento absoluto. Así es, apaciguaros, en verdad os digo: apaciguaros, pues si no os apaciguáis, yo, el alcohol —el terapeuta Cuasi Moisés, alias Yo el Alcohol, seguía hablando en voz muy baja, pero extendía los brazos para darse una apariencia dragontina—, si no os apaciguáis, yo, el alcohol, os aplastaré.

El apaciguamiento era el objetivo de nuestras vidas, nuestra plegaria y nuestro Dios (o también, en dialecto local: la fuerza superior, comoquiera que se entienda). El apaciguamiento era nuestra Tierra Prometida, a la que nos conducían las loqueras bajo la dirección del terapeuta Cuasi Moisés, alias Yo el Alcohol. El doctor Granada libraba con nosotros disputas filosóficas sobre la vida y la muerte, la enfermera Viola y otras enfermeras hacían lo que suelen hacer las enfermeras: administraban sueros, complejos de minerales de los que había sido completamente enjuagado el exánime cuerpo, mientras que las loqueras nos conducían a la Tierra Prometida del apaciguamiento. Las mismas loqueras estaban desde hace ya tiempo asombrosamente apaciguadas, estaban apaciguadas profesionalmente, eran unas virtuosas del apaciguamiento. Les bastaba con un vistazo para reconocer nuestro grado de apaciguamiento, para determinar al milímetro el camino que aún nos separaba de la Tierra Prometida del apaciguamiento absoluto. Y el terapeuta Moisés, alias Yo el

Alcohol (la primera parte del nombre la merece por su liderazgo, no por su religión), era perspicaz ya en el grado de lo divino. El terapeuta Cuasi Moisés, alias Yo el Alcohol, sin duda, se había encontrado en la cumbre de la montaña con el Dios del apaciguamiento, y el Todopoderoso le había entregado todo el saber sobre el apaciguamiento. El terapeuta Cuasi Moisés, alias Yo el Alcohol, miraba al hombre y así hablaba al hombre deficientemente apaciguado: ¡hombre, apacíguate! Y el hombre en seguida se apaciguaba.

Recuerdo como si fuera ayer, exactamente al detalle, mi encuentro cara a cara con el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol. Ocurrió exactamente el jueves, 6 de julio de 2000. Lo recuerdo exactamente porque ese día estuve escribiendo los primeros párrafos del diario de sentimientos del Terrorista Más Buscado del Mundo, en la reserva conductor de camiones de fruta con destino al este. El Terrorista Más Buscado del Mundo me contó la historia de su vida muy por encima, hablaba deslavazadamente y no había forma de escucharlo con atención; en este caso no se podía ni pensar en el dictado, ni siquiera en un dictado inconsciente, por no hablar ya de su propia escritura. Me resistía a la idea de escribirlo todo por él, no sólo mecánica, sino también espiritualmente, no quería encarnarme en la figura de este narrador conductor de camiones de fruta con destino al este. Me resistía, pero el Terrorista Más Buscado del Mundo me ofreció un frasco de colonia Polo Sport y sucumbí ante la tentación. Todas las colonias y los desodorantes estaban terminantemente prohibidos en la unidad de alcohólicos, pero es que a mí, durante una de las estancias, empezó a martirizarme la obsesión de que todo mi cuerpo y todo mi chándal caro habían sido impregnados por el olor de los pijamas dementes.

Alrededor de la unidad de alcohólicos, entre exuberantes y salvajes jardines, estaban, levantadas en ladrillo, las casas de los enajenados. Justo a mediodía los jardines se poblaban de la bulliciosa multitud de esquizofrénicos y suicidas, ataviada con pijamas a rayas. Nubes con el olor de sus pijamas blancos y azules y de sus cuerpos harinosos, espesas y amarillas como el jabón Lagarto, flotaban sobre el jardín; no pude ahuyentar la idea de que una de estas nubes me había rodeado y ceñido.

Recibí de las temblorosas manos del Terrorista Más Buscado del Mundo el frasco de colonia Polo Sport, me prometí usarla muy discretamente, o de tal forma que no me alcanzara el insuperable olfato de la enfermera Viola, quien a una distancia de decenas de metros (tan sólo —insisto— con el olfato) era capaz de determinar con qué alcohol, alimenticio o no alimenticio, había tenido uno contacto (externo o interno). Acepté el frasco, lo escondí en un escondrijo que no voy a revelar y, a cambio, me encargué de llevar un diario de sentimientos ajenos.

El 6 de julio, a las cuatro y media de la mañana, estaba sentado a la mesa de la habitación de trabajos escritos y en una blanca hoja A4, en la esquina superior izquierda, marqué la fecha: 6-VII-2000.

«Ha concluido la primera semana de estancia, son las cinco y media de la

mañana. Está lloviendo. Dentro de media hora sonará la trompeta que anuncia la diana. Estoy sentado en el cuarto de silencio escribiendo el diario de sentimientos. Actualmente siento desesperación en el corazón. ¿Cuál es el estado del alma de un hombre que se despierta a principios de julio en la unidad de alcohólicos y sabe que va a pasar aquí todo el verano? La lluvia, afuera, me deprime y a la vez me alivia. Me deprime por el motivo de que si llueve hasta el domingo, entonces el domingo, cuando venga mi novia, no sabremos dónde meternos. Y me alivia porque si hiciera calor, me darían todavía más pena las vacaciones que he pagado y desaprovechado por beber como un poseso. No pararía de imaginarme que estoy tumbado en la playa con mi novia y mi desesperación sería aún mayor.

»Ayer en la comunidad nocturna despedimos a los que se marchaban. Les tenía envidia y quería ser uno de ellos. Czesław, el sin techo, que iba a pronunciar el discurso de despedida en último lugar, en vez del discurso leyó un poema escrito por él mismo. Cuando acabó, la enfermera Viola le dijo que debería repetir toda la terapia desde el principio. Menos mal que no sé escribir poemas».

De repente me sentí cansado. Sentí que escribir para los alcohólicos sus confesiones, redacciones y diarios de sentimientos en general me agotaba, y en particular sentí que escribir el falso diario de sentimientos del Terrorista Más Buscado del Mundo superaba mis fuerzas. Llevaba un tiempo sospechando, y ahora adquiriré una total seguridad, que el incesante esfuerzo por imitar el estilo simplón de los alcohólicos repercute en mi propia exquisita frase. Seguir deslomándome en componer oraciones simples y sintácticamente tambaleantes hubiera sido pernicioso para mis trabajos y —repito— no me alcanzaba el ánimo. Podría, en verdad, subir el precio de mis servicios de escritor, pero entonces los alcohólicos, de todas formas pobres como ratas, acabarían siendo completamente insolventes, y al fin y al cabo los honorarios que ellos me pagaban, o bien en monedas de cinco zlotys, o bien en cigarrillos, o bien en otras cosas, eran mi única fuente de ingresos. Escogí una salida más noble, decidí escribir más suelto, decidí no pisotear la garganta de mi canto y no moderar mi ímpetu individual; sin embargo, al final tenía la intención de redactar un texto de tal manera que, filtrando la exquisitez estilística y las intromisiones eruditas, pareciera un auténtico manuscrito alcohólico garabateado con dificultad por una mano temblorosa.

«Soy conductor de profesión, en los últimos años he trabajado en una empresa de transporte de fruta al este. El trabajo era peligroso, pero rentable. También había que beber mucho y en diversos sitios. Un camión con fruta no puede esperar demasiado. Un camión con fruta no puede estar parado una semana ni durante la carga, ni en el camino, ni en la frontera. Para hacer que la cosa adelantase, para mover la cosa, tenía que invitar a vodka a los mozos de carga, a los mozos de almacén, a los policías, a los aduaneros y a los receptores de la fruta. Y los invitaba y bebía con los mozos de carga, con los mozos de almacén, con los policías, con los aduaneros, y bebía con los polacos y con los rusos. Mi jefe —el gerente de la empresa de transporte de fruta al

este— sumaba a mi sueldo el dinero destinado a comprar el vodka necesario para abrir el camino. Era un buen hombre, aunque no bebía nunca. Tanto más siento haber hecho lo que hice. Y lo que hice fue volver de Rusia la última vez completamente borracho. En el hecho mismo no había nada especial, ya había ocurrido antes. Pero esta vez, al volver de Rusia en estado de embriaguez, sentí el deseo de ir (¡en seguida!, ¡en seguida!) a conversar con el jefe, de volver un poco en mí a través del aura de sobria cordialidad que emanaba este hombre, y llamé a la puerta del despacho del gerente, y entré, y me senté en el sillón, y entablé una conversación que no recuerdo.

»El jefe, al verme en tal estado, me sirvió un café. Tomé el café de un trago y sentí náuseas. Tuvo que ver el hecho de que afuera en la calle hubiera una helada muy fuerte y de que en el despacho del jefe hiciera mucho calor, la diferencia de temperaturas tuvo que sentarme mal. El jefe me estuvo hablando con cordialidad, pero yo, sin reparar en que mi comportamiento podría ser tomado por descortés, me incorporé, porque pensé que me daría tiempo. Por desgracia no fue así. Me levanté y sentí que me sacudía un espasmo interno, y una pota espumosa salió de mí, y de cabo a rabo llené de vómito el mapa de la zona fronteriza polaco-rusa abierto en la mesa. El jefe miraba estupefacto los pardos chorros de mi pota cruzando el Bug, dejando atrás, con la velocidad de un camión embalado, los pasos fronterizos de Brześć, Medyka, Terespol, pasando la frontera ilegal con la habilidad de un contrabandista, inundando las atalayas fronterizas y los escondrijos matuteros, irrumpiendo en los suburbios de Sokółka, desbordando el mercado de Bobrowniki, fluyendo por Siemiatycze.

»Y el olor orgánico de mi pota se extendió por el despacho y, ahogado por la pota, la pestilencia y la vergüenza, mi cadáver se desplomó a los pies del jefe.

»¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Por qué me ha pasado a mí precisamente? ¿Cómo explicar el hecho de que, queriendo mostrarle al jefe mi especial benevolencia espiritual, le mostrara el infame contenido de mis vísceras? En general, el problema consiste en lo siguiente: ¿cómo conciliar la hondura de un alma ebria con el bajío de un cuerpo borracho? ¿Cómo explicarlo y cómo acordarlo? ¿Cómo unir, para empezar, la sublime elevación del alma con una terrible vomitona? ¿Con qué negro hilo unir la fantástica y creativa levedad con la sábana negra de sudor al día siguiente? ¿Qué relación hay entre el valor y la osadía nocturnos y el pavor, el terror matutino? ¿Acaso yo, en la reserva conductor de camiones de fruta con destino al este, llamado por los compañeros el Terrorista Más Buscado del Mundo a causa de mi gusto por las vestimentas militares, acaso formulo preguntas triviales a las que podría contestar cualquier médico, o quizás incluso cualquier estudiante de primer año de Medicina? Me avergüenza dar rienda suelta a mi soberbia de manera tan descarada, pero no. Yo formulo preguntas de orden superior. Escribo este tratado novelístico del vicio no para contestar, sino para formular preguntas. Y por una trascendental coincidencia los últimos capítulos de este tratado los estoy escribiendo en la unidad de alcohólicos.

Puesto que mi jefe, como es natural, al ver mi vomitado cadáver a sus pies, me trajo aquí de inmediato...».

De repente (¡de repente!, ¡de repente!), noté en mi hombro el suave tacto de una mano y me dominó tan horrible pánico que no sólo dejé de escribir, sino que detrás de la última frase no puse ni el punto. Sabía que todo iba a salir a la luz, que mi falsa obra había sido desenmascarada. Sabía que el que estaba tocando mi hombro y estaba detrás de mí era el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol. Sabía que estaba asomado por encima de mi hombro, que desde hacía un rato seguía el recorrido de mi pluma, que estaba leyendo lo que había escrito. Me di la vuelta en la silla y vi su ancho y amigable rostro y no tuve el valor de mirarle a los ojos. Temblaba como un azogado, notaba, palpablemente notaba que después de semanas otra vez volvían, sin venir a cuento, todos los síntomas del cuadro de abstinencia: terror, sudoración, náuseas, insomnio, alucinaciones. El terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol, me observó con atención, una vez más echó un vistazo a la hoja escrita, que ni siquiera intenté tapar, después de lo cual me miró y dijo:

—Veo que te has apaciguado, veo que trabajas sobre ti mismo e intentas apaciguarte. Eso está muy bien. El apaciguamiento, un apaciguamiento absoluto es el fundamento de todo.

Con un gesto cordial, aunque apaciguado, me dio una palmada en el hombro e igual que había entrado, sin un ruido, abandonó el cuarto de trabajos escritos. Mecánicamente, con movimientos de Gólem, me levanté de mi sitio, saqué del bolsillo un paquete de cigarrillos, salí del cuarto de silencio y me dirigí al extremo opuesto del pasillo. Al abrir la puerta del cuarto de fumadores, me llegaron las últimas intervenciones de la eterna disputa sobre si existe y de qué naturaleza es la relación entre el alma y la fisiología.

LA ALAZANA FUCHS

Es una helada noche de antes de la guerra. Mediados de enero del año 1932 o 1933. En la parte del mundo en la que mi abuelo, el Viejo Kubica, está ahora bebiendo una copa más de vodka Baczewski, las heladas y la nieve apretarán aún por mucho tiempo. El voluminoso abrigo de borrego se había deslizado de sus hombros, el Viejo Kubica lleva una camisa blanca de cuello alto y un chaleco negro, no tiene frío, la sangre circula por las venas animosamente, de algún sitio, sin embargo, irradia un dolor, encima del corazón o encima de los pulmones hay un hueco intramuscular o intraóseo, una herida sin posible cura.

En la taberna El Tordo reina la oscuridad, tan sólo un delgado haz de luz viene del quinqué, tan sólo la incandescente puerta de hierro fundido en la estufa de cerámica se enrojece como la señal del dios de la guerra, tan sólo detrás de los cristales el resplandor de la blancura. El dueño de la taberna coloca vasos en los estantes, atisba el oscuro rincón. El Viejo Kubica está sentado inmóvil, o más bien, está inmóvil durante un cuarto de hora, tras un cuarto de hora se puede observar un pequeño movimiento del brazo, se oye el tintín del cristal, la cabeza se inclina hacia atrás. El abuelo, el Viejo Kubica, está bebiendo y no sabe qué hacer. Espanta los pensamientos sobre las deudas, sobre la hacienda, sobre la abuela Zofia, espanta los pensamientos sobre los niños. No piensa en absoluto en su yegua preferida, la alazana de masculino nombre Fuchs. Piensa más bien que por la mañana tendrá que matar a un comerciante de Ustroń al que hoy ha vendido la yegua alazana de nombre Fuchs.

—Señor hacendado, éste es el caballo más bello que haya visto, éste es el caballo más bello del mundo —repetía el comerciante desde hacía más de medio año—. Señor hacendado, la alazana del mariscal Piísudski no puede ni compararse con la vuestra. Yo, señor hacendado, os pagaré cualquier precio, con ese dinero podréis construirs una nueva casa.

El Viejo Kubica se reía, acariciaba la crin del caballo, escuchaba su trapaleo, su bufar y sus relinchos, echaba la cabeza hacia atrás: el gesto de un director de orquesta seducido por los infalibles tonos, el gesto de un borracho apurando el cáliz del deleite.

Hoy por la mañana le temblaban las manos, le palpitaba el corazón, el sudor fluía de su frente, en la cabeza le zumbaban persistentes pensamientos: «Todo está perdido, todo en vano, todo para nada. Me vendrán los alguaciles y habrá que agarrar e irse de la casa con la parienta y los críos».

En la estancia donde dormía quizás hiciese un grado o quizá cinco bajo cero. Estaba de pie junto a la ventana, olas de frío y calor le traspasaban alternativamente,

apoyaba la frente en el cristal con un velo de escarcha, miraba el patio vacío delante de la casa, miraba al comerciante que se acercaba por el sendero barrido cuidadosamente por mi padre de diez años.

—Se ha levantado temprano —susurró para sí mismo el Viejo Kubica, y por un momento pensó que la gente que se levanta temprano, se lava con agua helada, desayuna huevos revueltos con tocino, bebe café caliente, después engancha los caballos al trineo, se abriga con pieles y marcha en el total silencio y la blancura, no menos de diez kilómetros, de Ustroń a Wisła, debe de ser feliz, será que nada debe de dolerle. «¿Y por qué no engancho y me marchó para donde lleve el viento?». Mi orgulloso abuelo hizo una mueca desabrida, estaba enfadado consigo mismo por concebir tales ideas de comadre. «¿Marcharse para donde lleve el viento? ¿Para dónde iría? —sonrió agriamente—, será para la taberna».

—Sí —murmuró—, lo más lejos llegaría a la taberna de Ustroń.

El comerciante estaba en la puerta y sin gran convencimiento abría los brazos sonriendo con complicidad.

—Señor hacendado...

—Vale —le interrumpió mi abuelo—, tanto como habíais dicho y veinte zlotys más.

El otro sin pensarlo se metió la mano en el pecho.

—Y una cosa más —la cuidada mano del comerciante quedó suspendida debajo del faldón de la abrigada chaqueta de paño—. El dinero hoy, el caballo mañana. Mañana venid a la misma hora.

El comerciante quiso decir algo más, pero la mirada del abuelo tuvo que ser tal, que no dijo nada. Con indolencia y ya menos viveza hurgaba en el pecho, al final sacó un fajo de billetes.

—Los veinte zlotys los añadiré mañana —hablaba con voz tan mísera, como si la soñada y por fin consumada transacción de pronto le hubiera dejado de interesar—. Os creo, señor hacendado, vos, señor hacendado, sois conocido por vuestra honradez en toda la comarca.

—Hasta mañana —dijo Kubica y, descuidándose del comerciante, salió el primero de la estancia.

Delante de la casa se inclinó, levantó un puñado de nieve y se frotó la cara. El comerciante lo veía inmóvil en el centro del patio, veía sus cejas y su frente cubiertas de nieve; no se acercó, incluso se desvió un poco del sendero barrido. Cuando hubo considerado que estaba ya a una distancia segura, dijo:

—Adiós, hasta mañana por la mañana.

El Viejo Kubica no ve nada, nada oye. No oye los cascabeles del tiro comercial que se aleja, no ve a los niños camino del colegio. Por encima de las chimeneas de las chozas se levanta el humo, de lejos llega el retumbar de la leña retazada, desde el bosque del monte Ochodzita alguien llama: ven, ven, ven. Un gato casi completamente negro está cruzando sigilosamente en oblicuo el patio.

—Hay que hacer algo, pero ¿qué? —se dice a sí mismo el abuelo—. Hay que hacer algo...

Mira a su alrededor con mirada extraviada, aunque lo suficientemente consciente como para eludir la puerta del establo. Al fondo del patio ve un abeto apoyado en la pared, todavía hace dos semanas colgaban de él manzanas y caramelos. Hubo Nochebuena y pasó, aunque habría sido mejor si no hubiera habido Nochebuena.

No fue capaz de recitar la oración, no fue capaz de cantar villancicos. Casi nadie en la mesa abrió la boca, los niños estaban a punto de llorar. El corazón era como una piedra que estalla en una fogata. La abuela Zofia sirvió la col a medio cocer. La olla, cubierta de un esmalte celeste, con el apenas templado alimento desequilibró la balanza a favor de los espíritus malignos. Uno de ellos lo poseyó: se inclinó sobre el mantel, cogió con las manos la fatal vajilla y la lanzó contra la pared de enfrente, en la que estaba la imagen de Martín Lutero ejecutada según el cuadro de Cranach, y la vela en la mesa se apagó, y el retrato de nuestro reformador cayó al suelo. Y ya todos huían —mi padre siempre contaba lo de las grandes huidas del Viejo Kubica—, ya todos iban lanzados, atravesaban corriendo el zaguán, el oscuro patio, apoyaban la escalera en la entrada del desván del cobertizo, subían con agilidad, uno detrás de otro como un destacamento de bomberos bien entrenado. Él volcaba las sillas, volcaba la mesa, volcaba la vitrina. Descolgaba de la pared la escopeta y llamaba a mi padre de diez años. Cruzaban el corral, el abuelo llevaba la escopeta al hombro, la botella en la mano y cantaba el villancico:

Tarde y noche alegre nos dé Dios

Tarde y noche alegre nos dé Dios

Primero al señor de la casa

Primero al señor de la casa

También a la señora

También a la señora

Y a todos sus moradores bienamados

Y a todos sus moradores bienamados.

Bebía de la botella y su bella voz sonaba por los valles. Mi padre también intentaba cantar, pero un miedo más fuerte que la helada de treinta grados lo penetraba por completo, la sombra de aquel miedo quedaría en él para siempre. Aquel día de Nochebuena del año 1932 o 1933 mi padre, que tendría nueve o diez años, tenía miedo de que emergiera de la esquina un ángel camino de Belén. Tenía miedo

de que en algún sitio muy cerca hubiera un ángel que equivocara el camino o que decidiera descansar un momento del vuelo. Cada Nochebuena el cielo estaba lleno de ángeles de vuelo sesgado de golondrina, cada Nochebuena los ángeles estaban en los campos, sobrevolaban los tejados, más de una vez se dejaba oír el susurro de alas y cantos corales. Mi padre tenía miedo porque estaba seguro de que el Viejo Kubica dispararía contra un ángel. Pronto saldrían a la esquina de la casa, allí, debajo del manzano nevado, aparecería el ser de alas blancas y mi abuelo sin pensarlo se arrancaría del hombro la escopeta, y casi sin apuntar dispararía y acertaría.

Y en el ala del ángel aparecería una sola gota de sangre, y esta única gota tendría tal poder, que cuando cayera en el suelo todo se incendiaría y todo ardería. Todo, incluso la nieve. Pero atravesaron todo el corral y todo el vergel y no ocurrió nada, el miedo iba cediendo poco a poco, los movimientos del Viejo Kubica se hacían cada vez más pesados, ya no cantaba, ya no buscaba al hacedor del mal a quien matar. Volvía a su helada estancia, ponía la botella en el suelo junto a la cama de hierro y se quedaba dormido.

—Hay que hacer algo, pero ¿qué? —piensa mi abuelo, mira el árbol apoyado en la pared y recuerda el pagaré que había firmado justo después de Navidad, y recuerda el instante de vacilación antes de haber puesto la firma. ¡Él! Él, que nunca vacilaba, que no solía tener dudas, antes de depositar la temeraria firma no sólo tuvo un momento de duda, sino que además no sacó de su duda ninguna conclusión. Échale a que el diablo le enturbió el seso, échale a que Dios le castigó porque en vez de estar en la mesa de Nochebuena rezando y cantando, se puso a lanzar contra la pared la olla de col apenas templada. «¿Toda la hacienda por una olla de col, y para colmo fría? ¿Cómo me hacéis la cuenta, Señor Dios?» preguntaba sin convencimiento. Dios, con todo el convencimiento, dejaba de contestar y el Viejo Kubica en lo hondo de su alma estaba conforme con la cuenta divina, al parecer la olla de col fría había sido la proverbial gota que colmó el vaso de su vehemencia.

Va al astillero y con las dos manos ase el mango del hacha con la que tal vez mate mañana al comerciante de Ustroń. Cómo lo va a matar exactamente, aún no lo sabe, pero sabe que lo va a matar. Nunca le han interesado los pormenores y ahora le interesan tanto menos. No se plantea si usará la escopeta, el hacha, el martillo, lo que pille a mano, usará eso, porque siempre ha usado lo que pillaba a mano, y si no pilla nada a mano, lo hará con las manos mismo. ¿Qué hará con el cuerpo del comerciante asesinado? ¿Cómo lo hará? No hará nada. Dejará el despojo en el sitio y se irá a la taberna. Se quedará en la taberna como cada mañana, aunque ese excepcional día esperará a que vengan por él los gendarmes. Cuando vengan, irá con ellos. El Viejo Kubica ase el hacha y al pensar que mañana sobre el mediodía se lo llevarán los gendarmes, siente por fin alivio.

—Sí, los gendarmes —susurra para sí mismo, y sin saber que parafrasea un verso aún desconocido, añade—: Los gendarmes son siempre una posible solución.

Mi abuelo recorta ahora por encima las ramas del abeto y ya sabe qué va a hacer

esa mañana. Prepara un trozo de cristal, papel de lija y un pequeño serrucho: va a tallar del abeto diferentes objetos, en primer lugar cortará al menos cuatro mezcladoras. El abeto tiene hermosas, estelares ramificaciones y las mezcladoras, que recuerdan unos bastones de esquí en miniatura y sirven a la abuela Zofia para remover en las ollas recubiertas de esmalte celeste, vendrán de perlas. Durante una o quizá dos horas el abuelo trabaja con gusto, palpa la madera resinosa, el aroma a abeto apacigua sus atormentados nervios, sus manos están tranquilas. Delicadamente, retira la corteza de una rama y empieza a cantar, primero sin coherencia, como una orquesta que afina los instrumentos, después cada vez más armoniosamente, como unos músicos tocando la obertura de un festín. Tras dos semanas de silencio, mi abuelo otra vez empieza a cantar y ahora es como si con su canto se uniera a nuestro coro, al coro de los alcohólicos.

En los pasillos de la unidad todas las voces y todas las melodías del mundo se entrelazan y a veces distingo claramente en esa nostálgica polifonía la antigua melodía serrana que hace unas decenas de años el Viejo Kubica cantaba en el patio nevado. La melodía es la misma, aunque la letra es diferente, él se inclina sobre el descortezado, desnudo y escurridizo tronco de abeto y parece que inspirado canta lo que le viene a la mente:

No estás, no estás y ya nunca estarás

en el estanque, en el estanque el cisne nadará.

¿Acaso canta la canción a la muerte del comerciante de Ustroń, a quien matará mañana? ¿Acaso a la partida de la alazana Fuchs? ¿O a su propia partida en compañía de los gendarmes? ¿Acaso canta sobre mí? ¿O sobre ti? No estás, no estás y ya nunca estarás. Pero no, tú sí estás. Yo estoy. Estoy porque no elijo la muerte. El Viejo Kubica, teniendo que elegir entre la falta de la botella en la cabecera o la muerte, hubiera escogido la muerte. Yo escojo la vida y el Viejo Kubica en la taberna celestial (la copa se la llena un ángel) bebe a mi salud. «Abuelo —le digo—, padre borracho de mi borracho padre, abuelo, estuve en el mismo patio nevado, la botella me aguardaba en la cabecera, el mismo sudor negro me inundaba, palpitaba mi corazón y temblaban mis manos. Pero escojo la vida, a mi lado tengo un amor tan fuerte como tu canto, es él lo que me da la salvación. Nuestro vicio, que a ti te mató, de mí se desliza como el pellejo de la serpiente; he vencido y contigo comparto mi victoria, escribo sobre ti y escribo sobre mí, no sólo para mostrar que la verdadera prosa alcohólica no acaba en la muerte: acaba en la vida, la cual no se sabe cómo acaba».

Tras una hora, o tal vez tras dos horas de trabajo, el Viejo Kubica de repente salta

de su sitio. Parece que ha decidido hacer inmediatamente lo que iba a hacer mañana, parece que va a enganchar los caballos al trineo y a galope, a galope tendido, precipitarse envuelto en una nube de nieve a Ustroń, el hacha bajo sus pies. Pero no, el Viejo Kubica salta de su sitio porque le pasa lo mismo que siempre nos pasa a nosotros: llega el momento en que uno tiene que tomar algo. Y mi abuelo, provisto ya del saber y de la seguridad de que en un instante va a tomar algo, cosa que aporta un gran alivio, se echa a los hombros el voluminoso abrigo de borrego y va a la taberna. Se sienta en el rincón más alejado y pide el vodka más caro, Baczewski. Paga las consecutivas botellas y a todos los que tanto de día como ya al anochecer quieren sentarse con él, les dice:

—Hoy no te sientes conmigo. Siéntate más allá.

La única persona que ese día puede poner su copa al lado de la suya es el doctor Swobodziczka. Por la noche el doctor aparece en la taberna tarde, vuelve de ver a alguien a quien ha aliviado el dolor (mañana de madrugada el dolor se le pasará, dentro de tres días se le pasará la fiebre, dentro de cuatro días se le pasará la debilidad, dentro de cinco días me pasará por aquí yo mismo), vuelve de ver a alguien a quien ha aliviado un dolor de agonía, o tal vez un dolor que da vida. Primero, sin una palabra, le da la mano al Viejo Kubica, después se sienta, observa atentamente.

—Lo has perdido todo —a saber si lo pregunta o si lo afirma.

El Viejo Kubica calla.

—La fortuna es cosa que se adquiere, dentro de un año lo recuperarás todo, dentro de dos tendrás más.

El Viejo Kubica calla, con fluido movimiento coge la botella, pero el doctor cubre su copa con la mano.

—Se me ha ocurrido no beber —dice con un tono que no pretende ser el de pedir disculpas.

El abuelo, con gran dificultad, vuelve hacia el doctor el rostro transfigurado, las facciones borrosas.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta con voz alterada—. ¿Cuánto tiempo? ¿Un mes? ¿Hasta el Viernes Santo? ¿Un año?

—Se me ha ocurrido no beber ya nunca —el doctor habla ahora aliviado, de su voz ha desaparecido el tono de culpabilidad—. Por la mañana me desperté y decidí no beber, pero no tenía a quién decírselo, porque de todas formas nadie me hubiera creído. Puesto que, como sabes muy bien, Paweł, a un borracho sólo le puede entender en todos los aspectos otro borracho, traté de decírselo a los hermanos de vicio, pero todos estaban ya bebidos. Se me ocurrió entonces que a un borracho que ha decidido por los siglos de los siglos despedirse del aguardiente, lo puede entender sólo otro borracho que también haya decidido despedirse del aguardiente. Desgraciadamente, durante todo el día en nuestra parte del mundo no he encontrado a uno de éstos. Veo, Paweł, que llego a ti también demasiado tarde —el doctor levantó ligeramente la mano con que tapaba el abismo de la copa—. Lástima, sí, es una

lástima. Porque yo estoy seguro de que ésta es una idea única y grande. Después hubiera habido un tercer borracho que quisiera despedirse del aguardiente, después un cuarto, un quinto, un centésimo y un milésimo. Se hubiera formado todo un ejército internacional de borrachos dándose apoyo en el no beber. Si hoy no hubieras bebido, Paweł, habríamos pasado a la historia como los fundadores de un movimiento universal. Pero así es una lástima...

—Lástima, ¿de qué? —pregunta el abuelo Kubica con la voz aún más alterada. No se está enterando de todo lo que dice el doctor, pero aun así, lo poco de lo que se está enterando le causa estupefacción.

—Lástima de Polonia —dice con amargura el doctor—. Lo que me da más lástima es Polonia. Polonia podría ser la primera, pero así otra vez América nos tomará la delantera.

—América —repite mecánicamente el abuelo y se acuerda de América, de la que había vuelto hacía diez años, y se acuerda de la Jennifer, la de los ojos verdes, la hija del pastor, con la que fue dos veces de paseo. Iban por un sendero entre campos de maíz inagotables, en el horizonte se veía el Mississippi, grande como un océano, mi abuelo no entendía lo que le estaba diciendo la hija del pastor, la de los ojos verdes, pero deseaba que la Jennifer le confesara sentimientos intensos, que le persuadiera a quedarse para siempre, que le hablara sobre la casa de madera de los dos, desde cuyas ventanas se vería la gigantesca corriente del Mississippi.

—Lástima de Polonia —repite el doctor—, lástima de la vida, lástima de nosotros.

—Así o asá, acá o en otro sitio, en Polonia o América, estamos perdidos —dice el abuelo, y ve cómo la mano del doctor no sólo se rinde y deja de impedir el paso, sino que incluso elocuentemente acerca la copa vacía a la botella de Baczewski casi llena.

Y el abuelo le sirve al doctor, y los dos beben, y los dos dicen: «¡Salud! ¡Salud!».

La balanza otra vez se desequilibra, esta vez no a favor de los espíritus malignos, esta vez a favor del infierno. La última copa colma la medida y sobrepasa la medida, el Viejo Kubica siente que el vodka le hace estallar los sesos.

—América, América —el estertor y rastros de espuma aparecen en las comisuras de su boca. Sin embargo, se levanta con inesperada agilidad y con paso igualado se va hacia la salida. Olvida el abrigo, que envuelve la silla como una cabaña de pastores demolida por la ventisca. En camisa blanca de cuello alto y chaleco negro mi abuelo va andando a través de la nieve hacia su casa. La helada colma la medida y sobrepasa la medida, y el Viejo Kubica empieza a gritar, empieza a aullar. Terrible, terrible es su aullido, está aullando como aullaba yo cuando aparecieron en mi piso los mafiosos en compañía de Alberta Lulaj, la poeta de tez morena.

¿Cuándo pasó aquello? No ha pasado nunca. Si la literatura no existe, es porque no existe aquel pasado y no existen aquellas historias. Sólo el presente existe —

avanzada la noche de enero del año 1932 o 1933—. Mi abuelo se tambalea y aúlla como un animal de matadero. Ellos ya de lejos oyen su aullido. Ellos ya huyen, ya van lanzados. Corriendo atraviesan el zaguán, el oscuro patio, apoyan la escalera en la entrada del desván, suben con agilidad, uno detrás de otro como un destacamento de bomberos bien entrenado. Cuando el Viejo Kubica entra pesado en el patio, no se oyen ni las respiraciones, él mismo calla y vuelve en sí. Está de pie en el mismo sitio en el que estuvo por la mañana, está de pie en el mismo sitio, aunque no se pueda estar dos veces en el mismo sitio. El Viejo Kubica parece que está leyendo lo que yo escribo, porque dice, como si repitiera tras de mí:

—Es impensable sumergir dos veces la cara en la misma nieve. Impensable, o tal vez, rayos y truenos, ¡pensable!

Está de pie en el mismo sitio y se dirige por el mismo barrido sendero hacia el astillero, con el mismo gesto ase el hacha. La puerta de madera del establo se abre y se cierra, y ahora reina un silencio horripilante. Un minuto, dos, tres, cinco minutos de silencio, después, quizá cerca o quizá lejos, se oye un ahogado golpe, quizás el caballo dio con la pezuña en el suelo, quizás estalló un lejano pino en la ladera del Ochodzita. Más silencio, unos segundos más de silencio y en seguida sonará la satánica percusión, y se abre la puerta del establo, se oyen redobles, alguien intenta tocar un violín desafinado, alguien aporrea acero contra acero, se oyen risas y aullidos enloquecidos y se oye el grito de mi abuelo, el Viejo Kubica. Está en la puerta del establo, la sangre empapa su camisa blanca y su chaleco negro, con una mano empuña una antorcha, con la otra sujeta en su hombro la cabeza de la alazana Fuchs boquiabierta, cortada con el hacha. Y camina, aprieta el paso, camina cada vez más deprisa, corre, se tambalea al correr, un rastro de sangre y fuego marca sus vacilantes pasos. Después se ve ya sólo la trémula marca de la llama subiendo por la pendiente, cada vez más alta. Hay que quemar el bosque, hay que quemar la nieve, hay que quemar el mundo. Y en un instante, fuego, un gran fuego en las montañas nevadas, es como si del ala de un ángel hubiese caído una gota de sangre. No estás, no estás y ya nunca estarás. En el estanque, en el estanque el cisne nadará.

SENTIMIENTOS INTENSOS EN LA ORILLA DEL UTRATA

Estremecimientos atraviesan en zigzag nuestros cuerpos, estamos sentados en un banco de piedra en la orilla del Utrata, yo digo: molino en el Utrata; tú dices: molino en el Lutynia. Somos una pareja como sacada de una égloga pastoril. Hace bochorno, cada hora caen violentos chaparrones, nos levantamos, entramos en el bosque cada vez más oscuro. Vienes los domingos. Sobre las once espero en la verja del hospital, bajas de un tren de cercanías y corres por el andén. (Ella está). El sendero de arena entre las casas de los enajenados lleva al Utrata. Pongo en una gruesa capa sobre el banco la *Gazeta Wyborcza* de toda la semana, tenemos toda la vida por delante, siete horas enteras, no se puede pasar toda la vida sobre una desnuda piedra.

Como última costumbre de mi anterior estancia en la tierra, compro en el quiosco de la unidad la *Gazeta Wyborcza*, la leo, o más bien la hojeo con bastante impaciencia. ¿Qué ocurrirá en aquel mundo? No ocurre nada. Muere gente.

Por los jardines salvajes vagan los difuntos, su lenguaje es inhumano e inhumanos son sus gestos, tan sólo los blancos y azules pijamas de hospital les dan una apariencia humana. Caminamos a lo largo de la valla, del otro lado se acerca uno de los difuntos, saca espasmódicamente las manos a través de los barrotes de hierro y grita:

—*How do you do?*

—*Okey, I'm fine* —contesto mecánicamente.

De pronto su cara se ilumina, la expresión cadavérica de un hombre que murió de dolor cede ante la viva y ágil fisionomía de un jubilado profesor de física o de genética.

—Pero, dígame —dice el muerto resucitado con voz clara y ligera—, ¿qué pasa en Polonia? ¿Qué pasa en el mundo? ¿Qué noticias hay?

—Nada especial —contesto con una perplejidad natural en mis circunstancias—, no sé mucho, sólo lo de los periódicos —le muestro el tocho de la *Wyborcza*—. ¿Qué noticias? No tengo ni idea de qué le podría interesar... Francia ha ganado la Eurocopa, se ha estrellado un avión de pasajeros, Walesa no tiene posibilidades...

—*How do you do?!!* —grita el otro con voz desfigurada, su cara se vuelve gris y de nuevo se convierte en la máscara mortuoria de un horrible tormento; aprietas fuerte mi mano, aligeramos el paso, detrás aún se oye una clara y ligera voz:

—Dígame, ¿qué pasa en Polonia? ¿Qué pasa en el mundo?

Estamos solos, absolutamente solos, así que podría decir: estamos en el verano de la vida, estamos en la única estación en que se cumplen las intenciones más secretas.

Nos adentramos en el oscuro bosque, pasan al lado esquizofrénicos y suicidas, se acaba el sendero, el cielo oscurece, andamos entre las matas mojadas que nos llegan hasta la cintura, nos abrazamos como nunca nadie en la tierra se ha abrazado. Señor Dios, aprendo la libertad con ella, mi corazón aprende a latir, respiro, soy, porque ella es. ¿Qué problema: la chaqueta abandonada sobre la hierba mojada? ¿Qué problema: el pantalón arrugado y húmedo? ¿Qué problema: ir descalzos y subir descalza al cercanías? Ven, ven, ahora sí. Sobre tu piel cae la sombra de una hoja y una gota de lluvia. Ya no tengo miedo. Alguien en mí ha dejado de tener miedo. No tiene miedo. No teme que aquí, donde perdidamente nos abrazamos, aparezca de pronto un imprevisible enajenado muerto o que nos halle el rastro un escuadrón de loqueras. No temo a la semana que viene, porque sé que dentro de una semana la veré correr por el andén, no temo a la futura vida porque sé que ella estará hasta el final de la vida. No temo a la pesadilla en la que mi abuelo Kubica está corriendo, la cortada cabeza de caballo al hombro, su ropa ensangrentada, lleva una antorcha encendida, quiere incendiar los congelados bosques del Ochodzita. Aún puedo oír las lenguas de fuego, pero ya no siento miedo. Alguien en mí no teme a los verdosos océanos de Zubrowka, a los pardos lagos de Zoladkowa Gorzka, no teme a los transparentes ríos de alcohol puro: está ya en la orilla.

No temo a los libros por escribir, no temo, al despuntar el día en la unidad (en el gabinete de silencio), completar las últimas frases del poema novelesco, de las que se desprende claramente que al narrador lo salva el amor. No había planeado en la trama una peripecia tan dichosa.

—Te quiero, pero no lo había planeado —dijiste, y levantaste la vista por encima del Utrata y más aún, por encima del bosque y del aire vibrante sobre Okecie.

—¿Y qué habías planeado?

—Tenía la intención de verificar las habilidades de las que inconscientemente alardeabas.

—¿Tras la verificación?

—Tras la verificación tenía la intención de despedirte.

—Estás hablando mi lenguaje.

—No, eres tú quien habla mi lenguaje.

—Entonces, ¿ahora quién está hablando, tú o yo?

—Nosotros, hablamos nosotros. Nunca hubiera pensado que el plural pudiera ser excitante.

—Yo tampoco había planeado este amor, a decir verdad, tenía la intención... Bueno, da igual qué intención tuviera.

—No sólo hablas mi lenguaje, también tienes idénticas intenciones.

—Ahora tengo intenciones serias, pero antes temía, tenía miedo.

—¿De qué tenías miedo?

—Suponía, en realidad estaba seguro, que te enamorarías de mí y que otra vez me dedicaría al penoso y molesto ritual de ahuyentar.

—Fui yo quien estaba segura de que tú te enamorarías y de que yo tendría otra vez los rituales problemas.

—Yo te advertí, ten cuidado, te lo dije ya en la primera conversación, ten cuidado, no podrás con esto. Te tenía por una señorita atolondrada.

—Te tenía por un frívolo seductor. Francamente, te tenía por un verdadero hijo de puta sin alma. Y en un reflejo de solidaridad femenina, por muy débil que fuera, tal vez incluso quería castigarte. O al menos no tenía nada en contra de que sufrieras, aunque sabía que no sería por mucho tiempo, estaba segura de que sufrirías poco tiempo y pronto te consolarías en otros brazos. Pero tú nunca estarás ya en otros brazos. Si lo haces, nos enterrarás a los dos.

—Nunca te engañaré. Nunca te mentiré. Antes hubiera dicho que en mis circunstancias son frases completamente suicidas, todavía hace un año hubiera dicho eso, pero olvidé aquel lenguaje. Perdí mi lengua, o tal vez me liberase de su cadena, tal vez mi lengua bajase de sus ampulosas alturas.

Todavía hace un mes iba a describir en este capítulo mi red privada de celdas de desembriagamiento, esas que llevaban mis sucesivas o simultáneas novias. Ya había inventado, incluso, sus rimbombantes nombres: Bárbara la Corredora de Bolsa, Juanona el Espanto de Tworcki, la Falaz Estrella de Cine, la Uruguaya Futbolista, Juanita Catástrofe. Apunté esos nombres en fichas, pero una mañana reciente (pesadas nubes sobre la unidad de alcohólicos) presencié el gran incendio de todas mis fichas, se quemaron todas las carpetas, apuntes, nombres. Los prototipos de los personajes se redujeron a cenizas, no ha quedado nada de ellos porque o no había nada en ellos, o eran demasiado inflamables, que para el caso es lo mismo. Ardieron todos mis exquisitos cuadernos a rayas sin márgenes, ardió el archivo de ideas que tenía en la cabeza, se acabó la literatura. Dejé de escribir el tratado sobre el vicio, o más bien perdí el incentivo para escribir sobre el vicio, sólo podía pensar en ti. Mi cabeza y mi corazón los llenaba un sentimiento intenso, de los que no sabía que pudiesen ocurrir. Si el amor es todo lo que existe, ¿cómo llamar a esta nuestra superexistencia?

Todavía hace unos días quería escribir el discurso de despedida que pronunciar antes de abandonar la unidad de alcohólicos: ¡Queridos colegas alcohólicos! ¡Estimado señor doctor Granada! ¡Viola, enfermera de las enfermeras! ¡Respetable señor terapeuta de dos nombres! ¡Y vosotras, apaciguadas y encantadoras loqueras! Abandono mañana estos muros que antaño levantaron constructores rusos o austríacos, salgo de aquí con el corazón liviano. Hablo de muros rusos o austríacos porque en mi liberado cerebro reina cierto embrollo de cosas. Cracovia se me superpone a Varsovia, Kobierzyn a Tworcki, el Vístula se mezcla con el Utrata, Iwazskiewicz con Gombrowicz, el humo oceánico de las chimeneas de la planta de Sendzimir (antes de Lenin) se une a las nubes de olor a pijamas dementes. Aparte de

una cosa, que no revelaré, no hay ahora en mi mente nada cierto, sin embargo, quisiera hablaros de una cosa, pero no de aquella que no revelaré; quisiera deciros algo completamente diferente. Pues sin importar las caras que ponga, sin importar lo burlona que sea mi risa, sin importar qué frases anotara en mis apuntes consumidos por el fuego, sin importar todo tipo de apariencias, sabed: os venero, respetables prototipos, os venero con mi más sincera veneración de autor, ya existíais, pero en el cordial fervor de mi narración existís aún más. Os saludo, sombras de mis personajes, en cualquier tiempo y en cualquier lugar hilaré sobre vosotras historias que corten la respiración...

Todavía ayer quería escribir el discurso de despedida, pero hoy al amanecer perdí la habilidad de componer primorosas peroratas. Perdí esta habilidad y con gran alivio pensé que ahora quería describir las viejas *Gazeta Wyborcza* sobre el banco de piedra a orillas del Utrata, los jardines vacíos al alba, en los que dentro de unas horas entrarán los difuntos, tu blusa negra sobre la hierba alta y mojada.

El domingo sobre las once estoy en la puerta del hospital, en el amplio bolsillo del chándal caro, enrollado, descansa seguro otro capítulo, en principio puedo escribir aquí, en principio no puedo.

—¿De qué manera el hecho de escribir sobre la bebida influye en tu beber? — preguntó durante una de las primeras sesiones Kasia, la loquera.

—De ninguna manera, porque cuando bebo no escribo y cuando escribo no bebo. Son dos cosas diferentes.

—No, no son dos cosas diferentes. No hagas como si no entendieras la pregunta.

—Entiendo la pregunta y la contesto. El autor no es el narrador y el narrador no es el autor: es lo que enseñan en los más altos niveles de iniciación polonística, y tienen razón. Si yo construyo un personaje, e incluso si es un personaje basado en mí mismo, incluso si bebe como yo y como yo se llama Jorgito, aun entonces ese personaje no soy yo, ¡por Dios!

—No estoy de acuerdo. El narrador siempre eres tú, viene de tus pensamientos, nace en tu cabeza.

Quería haber dicho que no todo lo que nace en mi cabeza tiene relación conmigo, quería haber citado una vez más la frase de Franz Kafka: «Apenas si tengo algo en común conmigo mismo» (creo que la he citado mil veces), quería simplemente haberme defendido de la prohibición de creatividad personal que estaba gestándose en la cabeza de esta encantadora loquerita-miopecita, pero me resigné. La prohibición, como es bien sabido, engendra la conspiración, y la conspiración suele ser muy creativa.

—He oído que estás escribiendo aquí un libro sobre el beber —Kasia alargaba innecesariamente el camino a la inexorable conclusión.

—Desde hace un tiempo estoy escribiendo sobre el amor.

—De todos modos, no escribas de momento sobre el beber. Déjalo para después. Porque después, ¿sabes, Jorgito?, después no tendrás más ganas de escribir sobre eso.

Después, quién sabe, tal vez no tengas ganas, en general, de escribir. Y es que en la vida no se puede ser sólo escritor, hay que ser también compañero, amigo, trabajador, padre, amante, playero, Dios sabe qué.

—Dios sabe —dije, y otra vez callé, y seguía callando porque, ¿qué es lo que podía haber dicho? ¿Dar una respuesta digna de grafómano: que cuando no tenga más ganas de escribir, no tendré más ganas de vivir? Callé, pues, durante un buen rato, pero después me sobrepuse, interrumpí el silencio y dije—: Cuando escribo no bebo, si escribiera todos los días, igual no bebería ninguno. No se trata aquí de otra cosa, éste es el objetivo de la terapia, éste es, como diría el Rey del Azúcar, un razonamiento irrefutable.

—Escucha, Jorgito, tú perteneces a la categoría «paciente difícil». Un paciente difícil es aquel que posee en algún campo habilidades destacables y, si se encuentra aquí, no sólo no es capaz de renunciar a sus habilidades, sino que, es más, las utiliza para defender su alcoholismo. Tuve aquí una vez a un alcohólico que en la reserva era abogado y él, en defensa de su alcoholismo, pronunciaba alegatos tan convincentes, tan bien fundados y finalmente tan bellos, que casi me convenció. Lloraba de admiración por sus discursos y con esfuerzo considerable me repetía una y otra vez que este hombre cumplía, como dos y dos son cuatro, con todos los requisitos, que no había que dejarse embaucar por su inocencia porque él tenía, sin duda, los seis síntomas básicos del alcoholismo. Otro alcohólico que paró aquí hace unos años, en la reserva urólogo, en vez de tratar su propio alcoholismo y concentrarse en eso, se ocupaba maniáticamente de los otros alcohólicos y trataba sus dolencias urológicas, o al menos respondía a sus consultas.

Sentí unas irresistibles ganas de decir con superioridad, y sin reparar en la verdad, que las consultas urológicas no son lo mismo que la literatura, pero me contuve: no se pueden decir mentiras ni con lícitos fines polémicos, ni en defensa del oficio, ni siquiera en defensa propia; las consultas urológicas pueden ser una gran literatura.

Además, Kasia, en alguna medida, tenía razón: yo ya no quería ser sólo un escritor, yo ya sólo quería estar contigo. Pero puesto que nadie, ni Kasia, ni el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol, ni el doctor Granada, ni el mismísimo Dios, me ha ordenado que eligiera entre la literatura y tú, sigo escribiendo, aunque ahora lo hago con discreción. Si Dios, en cambio, me ha hablado por boca de la loquera Kasia y si ha sido él quien me ha ordenado que eligiera entre el alcoholismo y la literatura, entre la curación del alcoholismo y escribir un libro, entonces me inclino humildemente, pero digo: Señor Dios, muy frágil es la enviada que has escogido para tus palabras, muy frágil para tan empedernido borrachín como yo era.

La loquera Kasia me observaba con perspicacia, sin embargo, yo resistí su mirada, a medida que pasaba el tiempo ella se relajaba visiblemente y yo me relajaba invisiblemente (debería ser al revés). Yo he levantado la cabeza, ella la ha bajado y ha dicho con una voz muy apaciguada:

—De todos modos, ni yo ni ninguna otra persona va a controlar tus notas.

Eso no me preocupaba. Si un escuadrón de loqueras registraba la taquilla de un alcohólico, se hacía exclusivamente para encontrar alcohol en el tubo de dentífrico, Zoladkowa Gorzka en el bote de champú, válium bajo la suela del zapato. Libros y folletos antialcohólicos, formularios, redacciones, confesiones y diarios de sentimientos salían volando, los amarillentos manuscritos de los alcohólicos, sin una gota de alcohol, no le interesaban a nadie. Pero, por supuesto, el mero hecho de que alguien se atreviera a hablar de controlar o no controlar mis papeles despertó en mí una repugnancia extrema y decidí escribir con discreción.

Y cuando durante el coloquio sobre el tema «¿Cómo explicaba y justificaba mi beber?», cuando durante este coloquio una de las loqueras (da igual su nombre) me arrancó el cuaderno con los apuntes y comenzó a hozar con la vista en mi letra, decidí —por si acaso— encerrarme en la total clandestinidad.

Me levanto a las cuatro de la madrugada, sobre los jardines dementes se levantan las neblinas, sigilosamente me introduzco en el cuarto de silencio y sigilosamente escribo. El domingo, con el manuscrito listo, enfundado en el pecho, espero a la entrada del hospital. Sobre las once corres por el andén, vamos por nuestro sendero, nos sentamos en el banco de piedra a la orilla del Utrata. Al final de la tarde pasas segura un capítulo más por la entrada atestada de guardias. Subes en el tren de cercanías WKD, llegas a la Estación Central, allí tienes el trasbordo al expreso Intercity, allí estás ya fuera de peligro. (Hace años, o quizás hace unos meses, casi adiviné: estabas a trescientos kilómetros de aquí). Ahora también es de noche, la oscuridad envuelve el pabellón de alcohólicos. Estoy sentado en mi habitación de cinco personas y leo tus cartas. Tú estás sentada en el compartimento, y si no fuera porque estás muy cerca, diría sentimentalmente: estás cada vez más lejos. Pero no: ella está. Ella está sentada junto a la ventana, mirando a las llanuras que se desplazan planas y lejanas, estira en las rodillas el vulgar papel de cuadros (el pantalón verde de verano está ya casi seco) y descifra fluidamente la letra vacilante: «Estremecimientos atraviesan en zigzag nuestros cuerpos, estamos sentados en un banco de piedra en la orilla del Utrata, yo digo: molino en el Utrata; tú dices: molino en el Lutynia...».

LA INENARRABLE HUIDA DE SIMÓN

Ha caído la noche sobre la unidad de alcohólicos, completamente derrotado yace el ejército, el pasillo alumbrado por una bombilla; duermen. (Pero uno de ellos no duerme, él ve la libertad tras la niebla). Simón Todo Bondad se despierta de un ligero sueño de alerta, se levanta, saca de debajo de la cama un saco encerado y sin un ruido, para no despertar al compañero dormido, empieza a recoger sus cosas. A Simón Todo Bondad no le gusta el compañero dormido, lucha contra este sentimiento, constantemente se repite: ama a tus enemigos; constantemente recuerda los doce pasos de alcohólicos anónimos, pero la hostilidad sigue en su corazón. El compañero dormido ronca y Simón no puede dormir por las noches. El compañero dormido tomó prestados de Simón diez zlotys y Simón sabe que nunca más volverá a ver ese dinero, aunque sobre todo ahora que ha decidido huir, cada céntimo valdría su peso en oro. El compañero dormido utiliza el mechero y el bolígrafo de Simón sin pedir permiso y Simón no tiene por dentro suficiente fuerza para llamarle la atención. En cambio, el otro, sin ningún corte, sermonea a Simón para que cierre el armario y barra mejor la habitación cuando le toque. En esos momentos, la hostilidad no sólo está en el corazón de Simón, sino que todo él se convierte en hostilidad.

—¿Qué es la hostilidad? —preguntó en una de las conferencias el terapeuta Moisés, alias Yo el Alcohol—. ¿Qué es la hostilidad? —repitió, y cuando el silencio en el auditorio llegó a ser insoportable, anunció y después dictó a los abatidos alcohólicos la definición de hostilidad—. La hostilidad es —escribía unánime e indolentemente el ejército medio muerto—, la hostilidad es la furia —escribía con los demás Simón Todo Bondad—, la hostilidad es la furia hacia alguien o algo.

Simón relejó la frase apuntada en un ordinario cuaderno de sesenta hojas, se esclarecieron sus pensamientos y sintió inquietud. En opinión de Simón, si es que éste supiera expresar su opinión, un excesivo esclarecimiento de ideas lleva al nerviosismo. Saber algo hasta el final significa no tener ya ningún margen de conocimiento en la materia dada, y cuando uno no tiene ya ningún margen se siente incómodo; uno entonces se siente como si se le hubieran acabado los cigarrillos. No «uno», sino «yo, Simón», no «se», sino «yo, Jorgito». Y no «siente», sino «bebe»...

¿Tendrá razón la loquerita-zorrita de Kasia? ¿Acaso perdí de verdad las ganas de escribir sobre la bebida? ¿O tal vez perdí las ganas de escribir porque he perdido las ganas de beber? Escribía y competía con mi escritura sobre el beber, sobre el deshabituarse al beber, y he perdido, ¿o quizás he ganado la carrera? ¿O quizá me

haya ocurrido lo mismo que a Marcel Proust? *Pourquoi pas? Why not? Warum nicht?* En Marcel Proust —tesis que recuerdo de una conferencia de Jan Błóński de hace veintiocho años—, en Marcel Proust, el tiempo perdido del protagonista es el tiempo recuperado del narrador. Conmigo pasa casi lo mismo: yo, el narrador Jorgito, no sólo recupero el tiempo perdido del protagonista Borracho, sino que encuentro además lo que él ha buscado en vano desde la primera frase. Recupero también el tiempo despilfarrado y bebido de los otros personajes. Entre mis personajes y yo a menudo hay diferencias muy pequeñas (ninguna contradicción con lo que se diga en otro lugar de este poema). Entre yo y yo también hay pequeñas sutilezas, a lo mejor por eso se da incluso una situación inversa: a lo mejor el Borracho es el narrador y Jorgito en vano busca un amor antes de morir, y como resultado el uno al otro se la trae floja.

O sea, que no Don Juan Ziobro, sino Yo, Don Juan Ziobro. No el doctor Granada, sino Yo, el doctor Granada. No la enfermera Viola, sino Yo, la enfermera Viola. *Und so weiter.*

No hablo lenguas extranjeras, pero las loqueras tienen sobre mí un efecto tan fuerte, que a veces lo siento: en cualquier momento empezaré a hablar lenguas extranjeras. Mi alemán dormido desde la infancia se despabilará, mi ruso escolar, oral y escrito, llegará a ser perfecto, mi inglés nunca estudiado en condiciones será *very fluently*. Cosas mayores que un repentino hablar lenguas extranjeras ocurren en la unidad de alcohólicos.

Simón Todo Bondad mira los rostros de los compañeros de armas reunidos en el auditorio y ve cómo después de una semana, tres semanas, después de un mes, los rostros se deshinchon y ennoblecen, las narices palidecen, los ojos adquieren brillo. El Trabajador Socialista Más Destacado está desconocido. Todavía no hace mucho tenía la cabezota inflamada como una farola, las blancas greñas en desorden, la ropa desaliñada, las manos temblorosas. ¿Y ahora qué aspecto tiene? El rostro delgado, moreno, viril, la canosa cabellera abundante, una elegante camisa de franela a cuadros rojos y negros, sus manos cogen la taza de café de cereales con un gesto férreo y preciso. El Trabajador Socialista Más Destacado parece ahora el hermano mayor de Clint Eastwood. Los alcohólicos recuperan la vista, el oído y el habla. El Terrorista Más Buscado del Mundo, *for example*. No sé si lo he mencionado: una dificultad añadida para registrar las caóticas historias del Terrorista era el hecho de que hablaba con un ronco e ininteligible susurro. La famosa voz de Jan Himilbach en fase de completa atrofia, las cuerdas incineradas. ¿Y ahora? ¿Después de algunas semanas? Ahora el Terrorista Más Buscado del Mundo no sólo habla de forma que se le entiende, el Terrorista Más Buscado del Mundo habla de tal forma que inmortalizar su habla es tarea primordial. Me para en el pasillo y confidencialmente me susurra al oído:

—No te preocupes, Jorgito, no te preocupes, todavía encontrarán cura para nuestra enfermedad. Para el mal francés sí la encontraron.

—Si tras apenas unas semanas los graduados de esta universidad son capaces de

pasar del mutismo y la apatía a formular tan elevadas frases, entonces yo —se susurra a sí mismo admirado Cristóbal Colón el Descubridor—, entonces yo, a partir de hoy, en el apartado de estudios, estoy dispuesto a empezar a poner dos licenciaturas acabadas: la filosófica y la alcohólica.

O el Rey del Azúcar. Escribo poco sobre él porque no me cae muy bien. Pero él también tiene un rasgo conmovedor: es muy sensible a la belleza de la naturaleza y a la suerte de los animales sin hogar. Todo el ejército de alcohólicos es casi sin excepción sensible a la belleza de la naturaleza y a la suerte de los animales sin hogar. A la hora crepuscular, por los campos se ven sombras errantes: los alcohólicos recogen flores silvestres. Las piernas afectadas por la polineuropatía les llevan a los prados que transpiran entre las casas de los dementes. En las mesillas de noche se encuentran abundantes ramos, el aroma de acianos, manzanillas y mimosas llena la unidad como un gas lacrimógeno. Asfixiados por el llanto, por el olor, duermen. En las casas de los dementes toda la noche arden luces anaranjadas, detrás de los muros se oye la cháchara de los gatos. Los incontables gatos tienen una buena vida en la clínica de los paranoicos. No puede uno asomarse a la ventana, enrejada o sin enrejar, sin observar a la horda gatuna cruzando de pabellón en pabellón, del forense al de neurología. Aquí hay más gatos que alcohólicos, esquizofrénicos y suicidas juntos. Y en el fondo del alma dura del Rey del Azúcar hay un gran amor hacia los gatos. Todas las noches, a escondidas, el Rey del Azúcar envuelve en un pedazo de *Gazeta Wyborcza* los míseros restos de la bazofia hospitalaria y furtivamente se dirige hacia la unidad de consultas externas. A su encuentro, de detrás de un muro de ladrillo, sale un gato casi completamente negro, el Curita. Es casi completamente negro, sólo bajo el cuello le blanquea un contorno, es verdad, como si fuera un alzacuellos. La respuesta a la pregunta de si el Rey del Azúcar y el Curita mantienen una cordial familiaridad no está clara, y no está clara porque por el bien del Rey del Azúcar no quiere ser negativa.

El Curita se come los restos de las heladas salchichas, sin entusiasmo olfatea el jirón de pollo medio crudo y durante un rato, como por distracción, le deja al Rey del Azúcar cogerlo en brazos. Detrás de los turbios cristales, los pacientes de neurología, inmóviles como difuntos, miran a un hombre grandote con un chándal esmeralda que acaricia y achucha al animal, aprieta la cara contra el pelaje negro y llora, las lágrimas caen por el pelo peciento. Cosas nada alegres recuerda el Rey del Azúcar, la vida arruinada, las fiestas desperdiciadas, las mujeres perdidas. ¿Cuándo fue la última vez que el Rey del Azúcar cogió en sus brazos a un gato? ¿Cuando la ocupación alemana? ¿Cuando Stalin? Después me parece que no.

La ritual escena de la comida y del llanto se repite cada noche. Sin embargo, desde hace unos días ya no. El Curita ha desaparecido, a la hora acordada no sale de detrás del muro de ladrillo. El Rey del Azúcar ha dado la vuelta a todo el terreno, a todos los pabellones, a través del oscuro bosque ha llegado incluso al Utrata. Del Curita ni rastro.

Nos da cosa burlarnos abiertamente de la desesperación infantil del Rey del Azúcar, le lanzamos, en cambio, cómplices miradas de fariseo, él nos arroja una mirada de sus pupilas muertas como los guijarros del Utrata y grita:

—¡El gato qué! ¡El gato qué! ¡El gato para qué va a mirar por el hombre, si tiene guaras aquí por todas partes! El gato solo no se hará una paja, ¡y esto es un razonamiento irrefutable!

No le tengo mucho cariño al Rey del Azúcar, pero lo admito: la diferencia entre él y yo es pequeña. La diferencia entre Simón Todo Bondad y yo es fundamental. Simón huye.

Desde el punto de vista de seguir bebiendo Zoladkowa Gorzka, el razonamiento de Simón es irrefutable. Si Simón hubiera acabado la carrera en la facultad de alcohólicos, si hubiera asistido asiduamente a las conferencias y los coloquios, si hubiera llevado religiosamente el diario de sentimientos y escrito todas las confesiones y redacciones, si hubiera aguantado, le sería mucho más difícil beber que tras la huida. Tras la huida de la facultad de alcohólicos el beber no sólo es más fácil, tras la huida el beber es una necesidad superior, y al fin y al cabo, ¿por qué necesidad huye uno? Por una necesidad superior.

Acabar la facultad de alcohólicos y seguir bebiendo parece una falta de tacto. ¿Qué dirá la gente? Este cualquiera, dirán, mira que ha estado en la facultad de alcohólicos, y después de acabarla, venga a beber, éste ya está muerto. Aunque la gente es la gente, la gente más de una vez me ha visto como un cadáver hediondo y yo, el cadáver, he sobrevivido, y ellos han sobrevivido. La gente es la gente, pero ¿qué dirían los espectros que desde hace años convocaba con mi beber de más y más botellas de Zoladkowa Gorzka? ¿Qué dirían rodeándome con su estrecho círculo? ¿Qué diría mi ángel de alas verdes con silueta de luchador? ¿Qué diría mi abuelo, el Viejo Kubica? ¿Qué diría mi supuesto compañero de la escuela dominical, oloroso a colonia de especias?

Sentía que me atravesaban olas de calor y frío, apoyé la frente en el cristal velado por la escarcha y vi cómo bajo una piel cubierta de cerdas palpitaban entrañas cancerosas.

—Venga, huye, huye cuanto antes —tenía la voz muy parecida a la del supuesto Pepito Cieslar, el mismo tono amistoso de un médico de familia, el timbre un poco diferente, más de pito, pero hablaba amistosamente. Lo escuchaba y no sentía frío—. Venga, huye, puedes irte en cualquier instante a donde te lleve el viento.

—Yo me quedo. Simón Todo Bondad huye.

—Bueno, muy bueno —creo que soltó una risilla espasmódica—, yo me quedo, él se marcha. Hablas como, con perdón de la comparación, un miembro del bureau político: Camarada, nuestra causa ha fracasado. Usted se marcha, yo me quedo.

—Ni una palabra sobre el régimen caído. Me dan ganas de vomitar sobre el antiguo régimen, o sobre cualquier reflexión acerca del antiguo régimen.

—Ni una palabra sobre el antiguo régimen... Bueno, mejor todavía. Ni una

palabra sobre el antiguo régimen, porque tú simplemente no sabes decir nada con pies ni cabeza sobre el antiguo régimen. Sólo eres capaz de hacer chistes fallidos de que Solidaridad te ha quitado a cierta tetona con vestido amarillo.

—Así es, Solidaridad me quitó a cierta, como dices, tetona con vestido amarillo, por lo cual actualmente siento un profundo agradecimiento hacia este sindicato.

—Este asunto nos es conocido. Hablando eufemísticamente: ahora el lugar del vestido amarillo lo ha ocupado una blusa negra... ¿Digo bien?

—No te importa una mierda.

—El vestido amarillo y otros lascivos atavíos, ciertamente, no me importan nada. Pero la blusa negra me importa, la blusa negra me importa mucho, la blusa negra me importa casi tanto como a ti te importa el sindicato Solidaridad: siento por ella agradecimiento.

—¿Tú? ¿Por ella? ¿Tú sientes agradecimiento por ella? ¿Por qué, si se puede preguntar?

—Porque te has desembriagado. Si es que ha sido por ella por quien te has desembriagado... Y si no por ella, al menos su mérito para que te desembriagaras es primordial. Te has desembriagado bella y definitivamente y con gran estilo. Te has desembriagado como Luis Figo cuando lleva un balón. Estás por fin sobrio y por fin, por fin se puede negociar contigo.

—¿Qué se supone que se puede negociar conmigo?

—¿Cómo que qué? Que sigas bebiendo, eso es lo que actualmente está en el diabólico juego.

—Me temo que por mí no vale la pena molestarse. Soy consciente, por supuesto, de que encomendarte a mis compañeros de armas sería no ya inadecuado, sino criminal, pero aquí mismo encontrarás sin dificultad a unos cuantos, como diría el doctor Granada, pájaros dispuestos a continuar el vuelo espectral.

—¿A quién me encomiendas? ¿A estos infelices con el seso completamente sorbido por el aguarrás? Seguramente verás que casi todos tus, como pomposamente los llamas, compañeros de armas están mal de la cabeza. ¿No lo ves? Además, ¿cómo es que de repente hay en ti, encarnación mía de la virulencia de antaño, tanta bondad? Lo sé, decidiste aceptar una lección de humildad y eres humilde, sólo que ni tú mismo te crees tu humildad. Pones el culo porque eres humilde, y ésa es la peor clase de puterío.

—Yo también estoy mal de la cabeza.

—Tú no, tú, al contrario. Incluso aquí, en este lugar, por otro lado intelectualmente ayuno, las loqueritas-princesitas alaban tu destreza cerebral. De eso también quería hablar contigo.

—¿De qué? ¿De las terapeutas o de mi cabeza?

—De las dos cosas. En cuanto a las princesitas, toma a la que te guste. En este caso al menos entiendo tu humildad y tu benevolencia. Te gustan, por eso aguantas con comprensión su picoteo: tirad de la cisterna, cepillaos los dientes y lavad los

calcetines, si es que la unidad es nuestra pequeña casa y todos nosotros somos una pequeña familia... Bueno, o mejor todavía... Sesenta tíos como toros medio borrachos son, según la loquerita-princesita durmiente, «una pequeña familia». Tienes que desearlas mucho para aguantar todo esto... Está bien, toma a la que quieras... Será como antes: ninguna se te resistirá. ¿Recuerdas lo bueno que solía ser? Y en cuanto a la cabeza, pierde cuidado, está a salvo, tu tarro también está salvado, borracho afortunado, tienes todo lo que a un escritor polaco le hace falta para la gran obra.

—Si mi cabeza no estuviese mal, no te oiría ni te vería.

—De todas formas, me oyes mal y me ves mal. Tómame algo, me oirás y verás mejor.

—No lo haré. Lo sabes. Lo sabes y por eso estás aquí.

—Pues sí, me preocupa un poco, pero sin exagerar. No lo harás ni hoy ni ahora... Pero dentro de un tiempo..., un año..., dos..., beberás.

—No beberé. En verdad te digo, Satán, no beberé.

—No soy Satán, soy tu ángel de alas verdes con gorra de béisbol dorada. Además, la cuestión de mi identidad no tiene gran importancia... ¿Y si pasa algo? Si pasa algo, ¿tampoco beberás?

—Nunca ningún tipo de acontecimientos visibles ha tenido influencia en mí. Bebía porque bebía. Nunca he bebido porque haya pasado algo. Como mucho mi beber estaba acompañado de algunos acontecimientos. Por ejemplo, bebí durante el derrumbamiento del muro de Berlín, pero no bebí a causa del derrumbamiento del muro de Berlín.

—¿Y si ocurre algo especial?

—Por ejemplo, ¿qué?

—Supongamos... Supongamos que la blusa negra desaparece de tu vida.

—No hay fuerza humana o inhumana tal que sea capaz de separarnos. Eso también lo sabes y te revuelves de una manera lamentable.

—¿No beberás?

—Eres la medida de mi verdadera caída. Tu casa no está en el abismo, tú vives en la trastienda de una licorería. Mi ángel eternamente resacoso, mi Satán que se arrastra como un gusano ambarino de la botella de Zoladkowa Gorzka.

—No te postres a ti mismo, Jorgito. Mejor un diablo de botella que ninguno. Yo también lamento mi suerte, preferiría ser el diablo de Fiodor Mijailovich Dostoievski o de Thomas Mann, pero me ha tocado ser el diablo de Jorgito. Lo lamento, pero lo acepto, está visto que cada uno tiene el autor que se merece.

—Cada uno tiene el demonio que se merece.

—Te digo: mejor un diablo de botella de Zoladkowa Gorzka que ninguno. Además, el Zoladkowa Gorzka tampoco estaba mal, a veces estaba realmente sabroso. Por ejemplo, en invierno, a las cuatro de la mañana, ¿recuerdas cómo directamente de la botella atravesaba la garganta con una marcha divina? ¿Recuerdas

aquella beatitud desarmante que te dominaba delante del 24 horas?

—Me dan ganas de potar.

—No te pongas bravucón con el vómito. Sobre el comunismo, el sello de la pota, sobre los análisis y las acusaciones del comunismo, el sello de la pota, tu pasado borracho y lujurioso también rematadamente sellado con la pota. Rematadamente, ¿o quizá no tanto? Algunas cosas se podrían volver atrás.

—¿Qué cosas podríais, señores azufrosos, volver atrás?

—La pota, por ejemplo. Podríamos precavernos de las vomiteras. Y también del insomnio, de los sudores, del temblor, de la aprensión y de las alucinaciones.

—O sea, ¿qué...? —indagaba con obstinación digna de mejor causa, pero con astucia.

—O sea, que sería como hace veinte años. Por la noche te mamarías como una bestia, por la noche experimentarías un gran alivio, puesto que habías convertido el experimentar alivio en la norma de tu vida, hasta muy tarde te bañarías en la corriente del puro alivio. Después, un sueño profundo, y por la mañana, nada. Por la mañana, buen apetito, huevos revueltos con tocino, un baño frío y caliente, un paseo, ni rastro de malestar; por la tarde, lectura... ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien. Recuerdo muy bien todo lo que había entonces, lo que había antes y, sobre todo, recuerdo todo lo que hubo después. Nunca lo olvidaré y precisamente por eso...

—¿Por eso no beberás, aunque estuvieras, como antiguamente, libre del yugo de las vomiteras?

—No beberé.

—Tú mismo no te crees tu luterana obstinación. Puesto que sabes que no beberás, ¿por qué sigues aquí? Venga, ¡huye! Piensa, dentro de unas horas podrías estar donde quisieras: en Sopot, Wisła, Jarocin...

—Yo me quedo. Simón Todo Bondad huye.

—¡Pero déjame ya en paz con ese inútil! ¡Si es que esta huida suya es puro kitch y mera grafomanía! ¿Para qué de noche, si se puede de día? ¿Para qué por la ventana, si las puertas y la entrada están siempre abiertas? ¿Y por qué precisamente por la ventana del cuarto de fumadores, si en otras salas tampoco hay rejas? Y es que de aquí no hay ninguna necesidad de huir, de aquí se puede salir en cualquier momento. A cualquier hora del día y de la noche uno puede echarse el petate a la espalda, decir en el cuarto de guardia: «Hasta la vista», y de verdad: hasta la vista. Nadie preguntará siquiera adónde ni por qué. Y si alguien es más débil de espíritu y si pasar al descubierto por la puerta abierta de la unidad de alcohólicos supera sus fuerzas, que vaya a la ciudad, que en un bar cercano se meta una cerveza y dos o cuatro copas de vodka, que vuelva y que con osadía sople en el alcoholímetro. Ya está: tienes, macho, 1'5 miligramos, y un cuarto de hora para recoger tus bártulos. Hasta la vista. ¿Para qué ir con sigilo por la noche, si de todas maneras nadie vigila? ¿Para qué engalanarse con la vestimenta de un gran fugitivo, si nadie persigue? ¿Y por qué

huye? ¿Cuál es su motivación? ¿Porque el compañero dormido ronca? ¿Porque el fugitivo siente una sed poderosa de licor? ¿Porque vuelve a toda espantada carrera a su anterior encarnación? ¿Por lo primero, lo segundo y lo tercero? Huye y ¿qué es lo que hará? ¿Irá en taxi al garito Casa del Ángel Fuerte? ¿A un 24 horas? ¿Se fortalecerá con algunos latigazos, subirá en ascensor a la duodécima planta, abrirá la puerta y se preguntará admirado quién se habrá hospedado allí durante la ausencia del anfitrión? ¿Quién habrá estado aquí mientras yo no estaba? ¿Y bebiendo de cuando en cuando, ordenará el desbarajuste de las cosas? ¿Pondrá en su sitio llaves, libros, discos, lápices, fotos y vasos? ¿Pasará la aspiradora por la moqueta, cambiará las sábanas, las cortinas, dispondrá la colada? ¿Echará una dosis excesiva de detergente Omo-Color? ¿Lavará la ropa maculada y después cuidadosamente la tenderá en el balcón, muy cuidadosamente, porque cuanto más cuidado se ponga al tender la colada, tanta menos fatiga después al planchar? ¿Y al acabar la faena se servirá una generosa medida de Zoladkowa Gorzka, y la beberá y se dormirá, y recuperará la conciencia en la unidad de alcohólicos? Yo, tu ángel de alas verdes, no puedo seguir un ritmo tan arrebatador y lo afirmo: esto es muy flojo. Muy de papel y molesta es la huida de Simón. Si tienes al menos un poco de instinto, no te metas en ese papel y no la narres. Hazme caso de una vez, ahora no te estoy tentando, sino que te doy un consejo de colega: no narres la huida de Simón. No la narres. Y no exageres esa infantil fe en el tiempo recuperado, no se puede recuperar no sólo el tiempo, sino ni siquiera el dinero perdido, y menos por medios literarios. Tú mismo has calculado con tu propia mano que durante los últimos veinte años has bebido dos mil trescientas ochenta botellas de vodka, dos mil doscientas veinte botellas de vino y dos mil doscientas cincuenta botellas de cerveza; al convertirlo a vodka (según la proporción: medio litro de vodka igual a dos vinos, igual a diez cervezas). Al convertirlo a vodka, pues, como he dicho, durante los últimos veinte años has bebido tres mil seiscientos cinco botellas de vodka, al convertirlo a la moneda actual te ha salido que te has bebido bastante más de setenta mil zlotys. Y todavía hay que añadir taxis, propinas, aperitivos, las carteras, bolsas, bufandas, chaquetas, los guantes y los documentos perdidos, recibos de estancias en celdas de desembriagamiento, monstruosas facturas por las étlicas conversaciones telefónicas, intereses, penalizaciones, multas y fulanas de pago. Y todavía hay que añadir, al menos, dos años más de beber, porque tú, Jorgito, no empezaste a beber en el Año de Dios de 1980, cuando se formó la primera Solidaridad, tú, Jorgito, empezaste a beber en serio en el Año de Dios de 1978, cuando un polaco ascendió a la silla de San Pedro, lo cual, por cierto, teniendo en cuenta tu protestantismo, es pura coincidencia. Así que, calculando muy por encima, te has bebido en la vida, Jorgito, al menos mil kilos de los viejos, una suma más bien irre recuperable para un pringado lleno de modestia de fariseo. Para poder recuperarla tendrías que ganar con este poema, cuyos fragmentos te estoy dictando, los mencionados mil kilos de los viejos. Pues sí, si me escucharas, si anotaras todo fielmente, este dinero en apariencia gigantesco podría no ser una ilusión. Si te

esforzaras, podrías ganarlo, podrías vender bien nuestra obra común, podrías despegar y podrías, piénsalo, seguir bebiendo. Pero solo no escribas. Solo no escribas, Jorgito. Te conjuro: no escribas. Que la postiza huida de Simón se quede sin narrar.

Simón Todo Bondad camina por el pasillo iluminado por una bombilla, abre la puerta de la sala de fumadores, se acerca a la ventana sin enrejear y lanza a la hierba el petate, después se sube al poyete y salta suavemente. Es una cálida noche de agosto, un avión desciende para tomar tierra en Okęcie, huele a aciano, manzanilla y mimosa. Simón Todo Bondad está caminando entre casas de ladrillo, ve el resplandor naranja, oye el estruendo del tren de cercanías, un gato casi completamente negro cruza el césped. Detrás de Simón, lentamente, camina el ángel de alas verdes, caminan las sombras de los muertos en pijamas azules y blancos. Van detrás de él, son cada vez más. No me tientes, Satán.

EL ETERNO DESPERTAR

Y mi vicio se deslizaba de mí como la piel se desliza de la serpiente, en la pared se vislumbraban las últimas sombras de las palpables apariciones, ella estaba a mi lado, me cogía de la mano, yo sentía en mí un primaveral acceso de fuerzas. Todavía hace medio año me preparaba para un desenlace diferente, en el silencio de mi alma tenía la certeza de que escribiría hasta el final el oscuro protocolo de mi vicio, de que pondría el punto final en el húmedo papel y con la ayuda de unas pequeñas dosis de Zoladkowa Gorzka, ya muy pequeñas, yo solito me mandaría al otro barrio. Calculé que para la meta me faltaban, como mucho, cinco botellas, dos litros y medio para el último suspiro, estaba completamente convencido de eso. Al margen de un cálculo exacto, que no aproximado, existían también una posibilidad y una esperanza más: no se excluía, es más, era realmente probable que hubiera entregado el alma sólo a la tercera botella. (En ese caso las dos restantes se las habría dejado a mis sepultureros, a los asistentes a mi banquete fúnebre).

Pero ahora (ahora, ¿cuándo?, ¡ahora!, cuando ahora vienes corriendo hacia mí con la blusa negra y el pantalón verde), ahora no había silencio en mi alma, ahora mi corazón bullía como las más grandes cataratas del mundo.

Tantas veces he querido describir la historia de un hombre que se levanta de su caída, tantas veces, tan incontables veces, y cuando por fin, por una impenetrable coincidencia, yo mismo me estaba levantando de la caída, cuando una mano, visible o invisible, me estaba sacando del ancho agujero, no sabía seguir el paso de mi propio levantarme. No soy capaz de presentar mi propia liberación como una convincente sucesión de acontecimientos, no sé ofrecer la historia evolutiva de mi propia resurrección, tan sólo ofrezco estos versos epifánicos, pero es que también mi resurrección ha sido como una epifanía, ha sido como un haikú, ha sido como un verso tan contundente como el rayo.

Durante decenas de años bebí como una bestia impura, durante decenas de años estuve borracho como una bestia impura y en cuestión de unas horas, sin mérito, me he desembriagado. ¿Sin mérito? No, rechazo cualquier coquetería. Mi mérito fue mi desesperación, mi mérito fue mi plegaria, mi mérito es mi amor.

Todavía hace medio año, o tal vez hace una semana, nadaba muy hondo bajo el hielo en un lago congelado, el agua se espesaba a causa de las agujas de nieve; por encima de mi cabeza, cada vez más fría, se apretaban las placas de hielo. No había ni pizca de luz. Yo era un despojo rígido como un témpano y estaba decepcionado por la estereotipada trama de mi propia agonía, todo sucedía tal como mil veces he leído: cerré mis párpados cada vez más ateridos y empecé a recordar toda mi vida echada a

perder; sin embargo, la buena fortuna quiso que comenzara recordando el fútbol y que recordara todos mis goles metidos en la infancia, y vi el estadio del Start de Wisła y el amarillo balón húngaro que entraba tras mi chut en la portería, y en todas las porterías trazadas improvisadamente en los Błonia de Cracovia, y recordé el gol metido de cabeza en el prado que hay delante del albergue en Markowe Szczawiny, y recordé todos los goles metidos en la sala de gimnasia en Powązki. Recordé todos mis sueños, pesadillas y delirios futbolísticos, y ya había flexionado inconscientemente la pierna derecha en el sueño agónico, como si quisiera dirigir por última vez la pelota fantasmal a la fantasmal portería, y mi talón había tocado la congelada línea lateral del último círculo, cuando tomé impulso, así es, comoquiera que suene, y sé que suena cutre: tomé impulso. Pero repito: estaba decepcionado de la trama de mi agonía y la trama de mi salvación no resultaba ser mejor, también era simple como una novela de folletín.

Toqué con el pie la línea lateral, tomé impulso y al principio despacio, después cada vez más veloz, empecé a ascender y tras un breve instante ya lo sabía. Sabía que atravesaría los estratos más sombríos, que por mí mismo traspasaría las placas congeladas. Y nadé y crucé, y estoy. Y estoy entre espaciosos campos de agosto, y tú estás conmigo.

Al atardecer, en el porche con amplias vistas tomaremos té. Nuestras almas nunca se alejarán de aquí y aquí nunca se quedarán dormidas.



JERZY PILCH (Wisla, Polonia, 1952), es uno de las más importantes escritores y periodistas polacos. Los críticos han comparado el estilo de Pilch a Witold Gombrowicz, Milan Kundera o Bohumil Hrabal. Su obra ha merecido premios tan importantes como el de la Fundación Kocielscy. Entre sus novelas destacan *Confesiones de un autor de clandestina literatura erótica* (1988), *Otros placeres* (1995), *Mil ciudades tranquilas* (1997) y *Casa del Ángel Fuerte* (2000) que obtuvo en 2001 el Premio Nike, el más prestigioso galardón literario de Polonia.

Notas

^[1] Bolitas de masa de patatas y harina que se sirven en la sopa. (*N. de la T.*) <<

[2] Hospital psiquiátrico cercano a Varsovia. (*N. de la T.*) <<

[3] En ruso: autoaniquilación. (*N. de la T.*) <<

[4] Marcas de coches de fabricación soviética. (*N. de la T.*) <<